

Rafael Barrett

A partir de ahora
el combate será libre



Lectulandia

A partir de ahora el combate será libre es una recopilación de los mejores artículos de Rafael Barrett seleccionados por Santiago Alba Rico. Escritos al calor de la batalla, los textos que forman esta antología constituyen una de las cimas de la ensayística en español. Pocos autores de nuestro tiempo resultan tan actuales como Barrett. Sus escritos aúnan la crítica social, el sentido del humor y la compasión con una brillantez desbordante que lo sitúa en la estela de autores de la talla de Swift o Chesterton. Pero, más allá de su indiscutible calidad, los ensayos de Barrett tienen una dramática vigencia que es también la de las injusticias que se esforzó en denunciar.

Lectulandia

Rafael Barrett

**A partir de ahora el combate será
libre**

ePub r1.0

Titivillus 26.09.17

Rafael Barrett, 2008

Selección de textos y estudio preliminar: Santiago Alba Rico

Fotografía de cubierta: Julián Muñoz Álvarez

Diseño de cubierta: Ana Clara Martínez Ramos & Pablo Mozuc

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Santiago Alba Rico

Rafael Barrett, la sombra en llamas

Aceptamos mansamente una vida angosta entre la economía y la policía porque, por mucho que se estreche el cerco a nuestro alrededor, siempre hay un pequeño territorio en el que nos sentimos grandes y un círculo de malvados en el que nos sentimos buenos; y porque, incluso resignados a nuestra pequeñez y nuestra maldad, ni la economía ni la policía consiguen sofocar toda grandeza y toda virtud. Con una ingenuidad que confirma ya nuestra autonomía, creemos que, de las fuerzas que no podemos controlar, unas conspiran contra los hombres y otras a favor de la humanidad y que, transversales o sigilosos, automatismos de justicia de muy lenta maduración gestionan entre los dientes la victoria; creemos que, como en los viejos cuentos de hadas, al final prevalecerá la razón, resplandecerá la verdad, recobrará el héroe su auténtica naturaleza, aunque no sea al cabo de diez páginas sino después de diez siglos: cada vez, por ejemplo, que vemos crucificar a Espartaco en la postrera escena de la película de Kubrick, nos queda la convicción, dos mil años más tarde, de que los esclavos *en realidad* triunfaron sobre los romanos.

Lo mismo nos sucede a los aficionados a la literatura. A San Francisco no lo fabricó la Iglesia; tampoco a Borges la junta militar argentina. Creemos que la historia de la literatura, desarmada e imprescindible, cultivada en los espacios dejados en barbecho por el poder, es más justa que la historia de las sociedades y que todo ocurre siempre ahí como en el famoso episodio de la vida de Dostoievski: hay siempre un amigo que lee a escondidas la novela que acaba de terminar el autor exhausto sobre la cama, un crítico honesto llamado de urgencia que reconoce la grandeza de la obra y un público naturalmente juicioso, no obstante los prejuicios de la época, que la demanda sin saberlo desde toda la eternidad. Creemos, aún más, que este espacio de autonomía auto(eu)regulada dispone automáticamente de los medios para imponer su justicia; que ahí nada —ni texto ni artífice— queda a medias, interrumpido, oculto o virtual; que ese espacio consiste, siguiendo a Sartre, en una suma de puras actualidades simultáneas, sin residuos ni vectores despuntados. Pero de nada vale creerlo; no es verdad. Hay un número finito, pero incontable, de mundos posibles tronchados a cada instante; y en muchos de ellos, como quería Fourier, hay autores más grandes, obras más largas, vidas más completas. No es que nunca hayan triunfado la razón, la verdad y la naturaleza en la historia; dos o tres veces ha ocurrido; el problema es que ese no era *el final*; y si todos los milenarismos (de Joaquín de Fiore a los testigos de Jehová) han querido hacer coincidir la prevalencia de la razón, el resplandor de la verdad y la restauración de la naturaleza con el fin del mundo es porque, de seguir el mundo, un instante más tarde ya se habría restablecido la sinrazón, la mentira y la violencia. Y los ácaros. La autonomía es un hilo y está enredada entre cuchillos. Hay gobiernos, bacilos, aludes, manitas invisibles que derriban por todas partes cosas y hombres; hay torbellinos de envidia verde, cotizaciones de bolsa, descarrilamientos y vendavales (como el que desprendió la rama que mató absurdamente a Von Horbath mientras paseaba por París); y en medio de todas estas fuerzas, la autonomía es tierna, frágil, vulnerable, como las cañas

pensantes de Pascal. Sería muy bonito, y quizás muy justo, que el genio inmunizase contra la leucemia, protegiese de los incendios, acorazase contra las balas. ¿Es que nunca ha habido genio *suficiente* como para poner de acuerdo a los elementos, los microbios y los hombres? ¿Para intimidar al mismo tiempo al cáncer y al ejército?

¿Es que ninguna autonomía ha sido nunca tan excelsa como para *merecer* tanto? Lo cierto es que, por mucho que nos impresione más la muerte de Scorza que la del comerciante de vinos que viajaba con él en el asiento de al lado (como homenaje espontáneo y cruel al trabajo fuera del mundo), lo cierto es que los escritores mueren también como perros, a destiempo y sin sentido. A Esquilo le cayó una tortuga en la cabeza, liberada desde el cielo por las garras de un águila que quería descascarillarla contra las rocas. A García Lorca lo fusiló la Guardia Civil; y sus poemas, lejos de salvarlo, fueron probablemente la causa de su muerte. Podemos consolarnos pensando que, de haber sobrevivido, habría dejado de escribir o habría empezado a escribir peor. Pero es mejor, más justo, más eficaz, no engañarse y recordar que, como la propiedad, *la historia es un robo* y que la Guardia Civil nos robó decenas de obras que habrían mejorado nuestra estancia en este mundo. Y que no hay más consuelo que leer las que nos quedan.

Rafael Barrett (1876-1910) murió demasiado pronto como Kissinger murió — cuando muera— demasiado tarde. La experiencia paraguaya que le hizo bueno y grande fue quizás la rendija por la que penetró su muerte precoz; y la experiencia que le hizo bueno y grande es también, paradójicamente, la que le mantiene sumergido en la sombra desde hace noventa años. La autonomía es un hilo enredado entre cuchillas cruzadas heterónomas. Así son las cosas: se empieza a ser bueno y a escribir bien y se contrae, por eso mismo, la tuberculosis. Se empieza a ser bueno y a escribir bien y, por eso mismo, la obra se hunde en el olvido.

Ese fue el destino de Barrett. Reivindicado por Roa Bastos, explotado por Galeano, citado alguna vez por Benedetti, a pocos autores se les ha infligido mayor desproporción entre sus méritos y su fortuna. ¿Por qué? ¿Fue el carácter de su obra, corta e indefinible, expulsada hasta del estante de los inclasificables en el que abrevan los esnobs y los pedantes? ¿Su desvinculación de España, donde no había producido nada, que le salvó de la triste, mohosa (aparte Valle-Inclán y Machado) generación del 98, pero le privó de un campo de resonancia colectiva? ¿El hecho de que defendiera desde la periferia del capitalismo la suerte de los pobres, los esclavos y los yerberos? En sus memorias de 1944 Pío Baroja, que no lo apreció y que recuerda un breve encuentro de cuarenta años antes, cierra su semblanza con estas palabras: «Para mí fue uno de esos hombres que pasan como sombras fugaces y en los cuales no se fija uno bastante para recordar su silueta». Y también: «Barrett fue para mí como una sombra que pasa. Barrett debía de ser un hombre desequilibrado, con anhelos de claridad y de justicia. Tipos así dejan por donde pasan un rastro de enemistad y de cólera»^[1].

Barrett no aceptó mansamente las injusticias (de la economía y la policía) y creyó al mismo tiempo en la potencia del genio y en la autonomía de la literatura; y la conjunción de estas dos cosas tiene mucho que ver sin duda con su destierro de los cánones y las editoriales. Este *dandy* hispano-inglés arrastrado al anarquismo condujo sus «anhelos de claridad y de justicia» a través de una escritura prodigiosa forjada casi de un golpe en apenas siete años de combustión americana. Hasta tal punto su estancia en Paraguay (y lateralmente en Argentina y Uruguay) absorbió su vida anterior y la borró de toda memoria que el propio Pío Baroja se refiere a él como el «amigo americano de Maeztu». Pero Barrett había nacido en Santander en 1876, hijo de un diplomático inglés y una aristócrata española, y durante veintisiete años había paseado su sombra de «Apolo romántico» por los salones y las tertulias del Madrid finisecular sin conseguir que casi nadie le reconociese un cuerpo, ni siquiera para disparar sobre él. Del período más largo y superfluo de su vida sabemos poco, aparte esta historia dolorosa de su fallido duelo por calumnias que le llevó el 24 de abril de 1902 a apalearse en público al duque de Arión, presidente del Tribunal de Honor que le había declarado indigno de batirse con su agresor^[2]. Sabemos que había cursado estudios de ingeniería; que había acumulado una vasta cultura de amplísimo espectro en la que las matemáticas y la ciencia —como puede apreciarse en esta selección— ocupaban un lugar de privilegio; que había frecuentado el trato de los jóvenes del 98 (Maeztu, Valle-Inclán, Manuel Bueno, Ricardo Fuente); que se había gastado «algunos miles de duros traídos de provincias» en alimentar ostentosamente una imagen de elegancia y cosmopolitismo; y que, cuando en los primeros meses de 1903 decide trasladarse a la Argentina, debe ser un hombre deshecho, económicamente arruinado y socialmente despreciado, y esto de un modo tan notorio como para hacer verosímil la noticia de su suicidio, publicada poco antes de su partida por cinco periódicos de Madrid.

En *Memoria del fuego*, Eduardo Galeano data en 1908, en Asunción, capital del Paraguay, el siguiente comentario: «Quizás él había vivido en el Paraguay antes, siglos o milenios antes, quién sabe cuándo, y lo había olvidado. Lo cierto es que hace cuatro años, cuando por casualidad o curiosidad Rafael Barrett desembarcó en este país, sintió que había llegado a un lugar que le estaba esperando, porque este desdichado lugar era su lugar en el mundo»^[3]. Barrett, pues, llegó al Paraguay en 1904 y allí, casi al mismo tiempo, empezaría a vivir y a morir. «Paraguay (...) el único país mío, que amo entrañablemente, donde me volví bueno», escribe a su mujer Panchita en diciembre de 1908. A Barrett el Paraguay le sirvió, no sólo para hacerse bueno y grande, conocer el dolor ajeno y trasuntarlo en frases como chispas de yunque, sino también —e inseparablemente— para enterrar España, en la que hubiese querido quizás no dejar siquiera esa «sombra», esa «silueta» que vio pasar fugazmente Baroja. En correspondencia, claro, España lo enterró a él. En sus artículos y glosas, España es tratada con desapego o indiferencia, cuando no con desprecio político (salvo los bandoleros y exiliados), sin más pasión o compromiso

emocional que Francia o Inglaterra, cuyas lenguas y avatares conocía muy bien y a las que hace constantes referencias. Pero Barrett no sólo enterró España en Paraguay; también se enterró a sí mismo. Este hombre que con tanto ardor había defendido en Madrid su honor agraviado, deja de ocuparse de sí mismo apenas pone el pie en las vastas y apacibles (y terribles) tierras del país americano: dureza, altanería quizás, y lirismo de acero, pero ninguna frase intimista, introspectiva o autocomplaciente. Incluso en sus cartas privadas del último periodo de su vida, enfermo de muerte y separado de su familia, se trata a sí mismo como el hombre menos desgraciado de cuantos ha conocido (me gusta mucho ésa escrita desde su encierro de deportado, con dos pulmones en los que no cabía ya ni el aire para un suspiro: «Mi panchita —no anchita sino estrechita—, mi chita —no *itá* dura sino carne rica— te amo, te lamo, clamo por tu amor y reclamo: 6 huevos y 3 naranjas»^[4]).

Pero Barrett no fue al Paraguay, como dice Galeano, «por casualidad o por curiosidad». Tras un año en Buenos Aires, dedicado a la divulgación matemática y al periodismo^[5] y a gastar las últimas salvas de su personalidad española en desplantes y lances de honor, en octubre de 1904 fue enviado al Paraguay por el periódico bonaerense *El Tiempo* para cubrir como corresponsal el levantamiento liberal que amenazaba, desde el campamento de Villeta, al gobierno dictatorial de Asunción. En esa ciudad entró Barrett el 24 de diciembre codo a codo con las huestes revolucionarias convertido en uno de sus hombres, convertido ya —más exactamente— en el rebelde que aún no era, en el glosador iluminado, febril y subversivo que iba a ser enseguida, demasiado justo y razonable también para el nuevo gobierno y para los que vendrían después. A partir de ese momento y en una relación directamente proporcional, todo lo que adquirió por un lado (el amor de Panchita, el hijo, una patria de veras, un estilo con genio en la punta) lo fue perdiendo por otro (la fortuna, la posición, la salud, la libertad varias veces, la gloria); y en medio de este extraño *potlach* de autonomías, Barrett bombeó sin descanso (a razón, a veces, de 300 artículos por año) siempre menos textos de los que inundaban su cabeza, a sabiendas de que tenía los días contados para salvar el desahuciado esquife («Frugoni tarda años en contestar a las cartas, y en mi estado un año es una enormidad, ¡un imposible! Es como si tratándose de otro tardase treinta»^[6]). Y sólo dejó de bombear frases al mismo tiempo que su corazón, en 1910, a miles de kilómetros de América, sin ganas y sin protestas, en un diciembre de Francia antiparaguayo y frío.

Barrett nació con veintisiete años y murió con siete. Es fácil emparentarlo en la imaginación con el Lord Jim de Conrad: un joven prometedor avergonzado por un error que nadie recuerda acaba haciendo el héroe en una selva lejana por pura cabezonería. Barrett disolvió en el Paraguay las «cosas malas» de su pasado madrileño, pero hay algo muy digno, y no sólo literariamente, en el itinerario de su fuga. En su selva, como en la de Lord Jim, había criaturas que defender y bellezas que enderezar. Francisco Corral tiene razón: Barrett llegó al Paraguay como un hombre de su época y con las marcas de su origen, muchas de ellas compartidas con

los europeos —y españoles— de su generación: exaltación individualista, ideal del individuo superior, fetiches de la nación y la raza, elitismo intelectual, rebeldía puramente literaria^[7]. Pero todos estos rasgos que compartía con los intelectuales de su tiempo, todos estos valores recibidos de su tiempo, fueron a chocar contra una realidad *de todos los tiempos*, la miseria y el dolor, y en la vertiente —que él supo reconocer muy bien— propia de su tiempo, que sigue siendo, por desgracia, el nuestro. También, por supuesto, con su propia miseria, que le royó hasta los huesos y le fundió espiritualmente con los campesinos y los obreros, a los que acabó dirigiendo encendidas y elaboradas conferencias, al final de su vida, en salas semiclandestinas cerradas por la policía. Este choque, que lo convirtió en escritor, viró también su destino, hasta el punto de invertir casi geométricamente la trayectoria de los otros miembros de la generación del 98, a la que pertenecía por edad: mientras sus famosos coetáneos derivaban (salvo Valle y Machado) de la revolución a la reacción, Barrett comenzó rodeado de caballeros y acabó sólo querido por —casi— dinamiteros.

La contradicción entre la alta cultura a la que estaba destinado por nacimiento y formación y el batacazo deslumbrante de su experiencia paraguaya, entre su fe en la ciencia y en el progreso técnico y su ardor justiciero en un medio desprovisto de todo, entre su elitismo intelectual y su voluntad de clase, literariamente es resuelta por Barrett mediante estas joyas talladas en dinamita, de un modernismo sucinto, muy fértil en imágenes, entre el empujón y la poesía, a las que uno no puede llamar artículos ni glosas ni apostillas sin degradarlas. Ciertamente es que el formato se lo impuso la necesidad y los periódicos que a veces le pagaban por sus frases. Pero por una casualidad —porque a veces el mundo también aprieta a nuestro favor— ése era el formato al que se ajustaba su talento y en el que encajó sin crujidos un género nuevo, mitad anécdota mitad tratado, una especie de cronosofemas o epistemoralias (permítaseme esta tentativa), que le permitía, a partir de una menudencia de actualidad, miniaturizar frases aún más menudas con las que cubrir, sin embargo, el mundo y perforarlo. Las frases explotan por condensación y Barrett lo sabía; no se pueden leer las páginas que aquí presentamos sin admirar la sutil contundencia de la expresión, la felicidad lapidaria de su escritura, su movilizadora densidad poética, en la que cada fórmula se llena de la totalidad de sí misma, con vocación de epigrama o de aforismo. Sobre el tiempo: «Ni siquiera nos aburrirnos despacio». Sobre la técnica: «La máquina es una frontera. Es el extremo inteligente de la naturaleza y el extremo material de nuestro espíritu». Sobre la razón: «Sólo derrotamos lo desconocido conociéndolo». Sobre el suicidio: «Me parece cosa grande convertir en llave el cañón de un revólver y salir del mundo por el pequeño agujero de la sien». Sobre la sociedad moderna: «Cada vez nos son más intolerables los aullidos del prójimo a quien desollamos. El cloroformo es nuestra gran innovación moral». Sobre la sociedad futura: «La belleza y la luz, sólo por serlo, tienen que llegar tarde o temprano; si algo de fatal hay en el universo, es la aurora». A algunas de estas frases,

emblemas quizás de urgencia arrancados al flujo de la experiencia, cortados de alguno de sus artículos o embrión para textos futuros, Barrett los llamó «epifonemas». He aquí algunos: «Un grito de angustia suena en medio de la noche. La madre amorosa despierta sobresaltada. El grito se oye nuevamente, más débil y más desesperado. —No es en casa— balbucea sonriendo la madre, y se vuelve a dormir». «Una mujer, apremiada por la miseria, trató de vender a su hija, una niña de corta edad... ¡No acuséis a las madres que venden a sus hijos! En resumidas cuentas, no hacen más que imitar a la patria». «Del último cuartelazo, la estatua de la Libertad salió con varios tiros. Lo que es éstos, ¡dieron en el blanco!». «En Buenos Aires, un señor infirió con una lezna una puñalada en el vientre a un niño de dos años. ¡Y sin motivo! —añaden los furiosos corresponsales—. Se conoce que puede haber motivos para apuñalar a un niño de pecho». «Desgraciados los que tenéis llagas, porque no os faltarán las moscas»^[8].

Pero esta contradicción entre individualismo y revolución social, políticamente la resuelve Barrett mediante el anarquismo, defendido no sólo en sus escritos sino también en su labor militante (sus actividades en la Unión Obrera, su oposición al golpista Albino Jara, sus mítines y conferencias, la fundación de la revista *Germinal*, la experiencia de la deportación y la cárcel). Podría quizás reprocharse a esta selección estar demasiado orientada por criterios ideológicos, en detrimento de aspectos más aéreos de su obra. Es verdad que Barrett clavó su pluma (pero «hasta la empuñadura», como solía decir), en todo aquello que yacía por tierra, por muy ligero que fuera, igual que los basureros de antaño con sus chuzos; la más pequeña anécdota, la más inocente, la más aparentemente trivial le servía de excusa para una estocada: escribió sobre el acoso sexual, sobre la vivisección, sobre el deporte y la moda, sobre la cortesía, contra los reyes y contra el Papa, y siempre en un registro políticamente incorrecto, incluso para una época en la que había menos periódicos pero también menos falsa moral que en nuestros días. La obra de Barrett despliega más motivos que temas y más temas que tratamientos: sobre todo a partir de 1906 — en este vértigo de eras comprimidas en un lustro— todas las «variaciones» de sus textos se inscriben en la exigencia monótona de una transformación radical de las condiciones del mundo: «Libertaremos a los pobres de la esclavitud del trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad». Hasta el último día de su vida Barret siguió citando más a Jesucristo o a Don Quijote que a Bakunin o a Marx; pero siempre citó a Jesucristo contra la Iglesia y a Don Quijote contra los gobiernos. Era anarquista, sí. Anunció la desaparición del dinero y la «curación», en una especie de apocatástasis científica, de los malhechores contra los que hoy —todavía hoy— sólo sabemos utilizar el «bisturí» de la prisión. Abominó de las patrias y los ejércitos: «¿Qué es la patria? —preguntará el proletario—. ¿Es el templo? Está vacío. ¿Es la ciencia? No tiene fronteras. ¿Es mi linaje? Las castas se confunden pacíficamente. ¿Es la tierra? No es mía»; o también: «No hay Alemania, no hay más que alemanes. No sé qué alemanes me han insultado, pero estoy cierto de que no ha sido ninguno de

los millones que como yo aran el campo en que ni siquiera nos enterrarán. ¿Que vienen? ¿Que invaden el país? ¡Pobres hermanos nuestros en esclavitud! Vienen espoleados por el terror, y aterrado marcharé yo contra ellos» (*El antipatriotismo*^[9]). Rechazó la propiedad: «Antes era un hombre y ahora soy un propietario» (*Gallinas*). Condenó toda forma de ley y autoridad: «Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del borceguí, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!»; «Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo»; «¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!» (*Mi anarquismo*). Denunció a los jueces: «Cuantos hemos vivido un poco, sabemos por experiencia que todo proceso donde giren grandes intereses políticos, económicos y sociales, se decide por el más fuerte. Sólo en las cuestiones insignificantes observamos esa aparente regularidad que llamamos justicia» (*Jueces*). Desechó la necesidad de los gobiernos: «Los gobiernos son todos malos, porque están encargados de mantener el orden, es decir, de estorbar el movimiento» (*La huelga*); «Me odia el Estado y hace perfectamente. Como llevo dentro de mi cráneo un átomo de lógica absoluta (...) soy el enemigo del Estado»^[10]. Escarneció a los papas (*Un monstruo*), destronó a todos los reyes (*Noticias de Leopoldo, La nodriza del infante*), llamó al paro terrestre y la huelga planetaria (*La huelga*) y se compadeció especialmente de la suerte de las mujeres: «Al macho que combate se le puede arrancar la salud, la razón, la existencia, no el sexo. A la mujer se le arranca todo, y además el sexo» (*El problema sexual*). Y para esta «sociedad absurdamente constituida» en la que «por cada miembro con la existencia asegurada hay miles y miles de condenados a la enfermedad, a la degeneración, a la angustia y la muerte prematura» vio Barrett, que creía en la irresistible racionalidad del progreso técnico, una solución moral: el amor. «No se vence a los fuertes sin ser fuerte y sin serlo de otro modo» (*La huelga*).

Creo personalmente que el anarquismo no está bien fundado teóricamente. Pero como sigo siendo lo bastante ingenuo como para admirar los buenos ejemplos no menos que la buena literatura, diré enseguida que los anarquistas nos han propuesto algunos de la más alta e inútil moralidad, porque las cosas altas deben ser inútiles si no quieren volver a reproducir, como decía Barrett, «la rueda del oro»; y que Buenaventura Durruti y sus compañeros aragoneses y catalanes, a los que nuestro autor hubiese admirado como admiró a Ferrer, llevaron a su cima, en el siglo xx, el ideal de la virtud humana (lealtad, rectitud, abnegación, espíritu de sacrificio, incluso esa fidelidad sexual que ningún sacramento consigue imponer a la derecha), en una exhibición tan luminosa que todos los católicos decentes deberían proponérsela a sus hijos como modelo (y que no se objete que estos hombres recurrieron a las armas, porque Juana de Arco hizo lo mismo). Brecht, que era marxista, consideraba injusta una sociedad en la que se exigía a los hombres «una especial moralidad» e insistía en que «allí donde las instituciones son buenas los hombres no tienen por qué ser particularmente buenos». Barrett, que era anarquista, consideraba injustas las

instituciones mismas (bajo cualquiera de sus formas) e insistía en que, tanto para destruirlas como para vivir sin ellas, hacía falta una virtud superior en la que había que educar a los hombres hasta que, en otro de los mundos posibles y en mejores condiciones, se convirtiese, como para los trogloditas de Montesquieu, en nuestra espontánea naturaleza. «Ausencia de gobierno», lo sabemos, es también la divisa de los liberales; y el anarquismo (recordemos a Pessoa y su *Banquero anarquista*) es un liberalismo en el que se ha sustituido la manita invisible de los intereses egoístas, como condición de toda armonía social, por la necesidad de un altruismo consciente. Liberalismo, pues, más santidad, uno de los proyectos más majestuosos y decentes de la historia, y de los más amargamente condenados al fracaso. Si alguna coherencia teórica cimienta la obra fragmentaria de Rafael Barrett, de la que se desprendió a toda prisa y a borbotones, al dictado de la prensa, es la que reúne en el molde de la humanidad futura los dos principios del anarquismo: razón frente a la Naturaleza y amor a la Humanidad. Los hombres deben gobernarse a imitación de la ciencia, que es fundamentalmente anárquica: la evolución de la ciencia demuestra que sólo «a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. (...) Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer sus ideas por el terror. El que descubre se limita a describir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen. ¿Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?». No hay ninguna contradicción, pues, entre razón y voluntad —las dos fuerzas que parecen luchar a veces por separado en Barrett— si se cree en la potencia de la virtud: razón para construir las condiciones materiales del bienestar humano, a través de la técnica, y buena voluntad para usarlas bien. «La ciencia en sí no es buena ni mala. Es un medio soberano de hacer el bien, si el bien está en nosotros» (*Vivisecciones*).

Esto es lo que diferenciaba a Barrett de Unamuno, que se equivocó mucho más. La mitad de Barrett se ajusta muy bien a la espiritualidad agonística de Don Miguel, a ese irracionalismo vitalista en el que la voluntad antecede y determina el conocimiento y en el que la fe fabrica el orden bueno que la inteligencia tantas veces destruye. Entre uno y otro hay pulsos, hay frases casi idénticas. Pero es sólo la mitad y una mitad primeriza. «Para conservar la salud mental», escribe Barrett, «conviene leer un párrafo de Tolstoi después de uno de Nietzsche»^[11]. A los obreros paraguayos, les dice: «Recordad que Tolstoi está de vuestra parte». Unamuno está seco, Tolstoi no. Unamuno está seco y por eso arde; Tolstoi está húmedo y por eso florece. A ningún otro autor Barrett cita y admira más, quizás porque adivina en su propia vida un resumen muy breve, muy modesto, de la longevísima del príncipe ruso, presidida también por el choque con la miseria acusadora de los *mujik*. Tolstoi murió, como él, en 1910, apenas un mes antes (y como él, aun si por otros motivos, separado de su familia); y aún tuvo tiempo Barrett de dedicarle un par de textos, el

último de ellos publicado póstumamente el 11 de enero de 1911 en *El Diario de Asunción*. «En Tolstoi, el ascetismo estético se confunde con el ascetismo moral, el poeta con el profeta. Es el anarquista absoluto. La tierra para todos, mediante el amor; no resistir al mal; abolir la violencia; he aquí un sistema contrario a toda sociedad», escribe Barrett con sus últimas fuerzas. Y también: «Tolstoi es el enemigo del Estado, de la Iglesia y de la Propiedad, puesto que ama a su prójimo. El que ama no quiere inspirar terror, sino amor. Y, ¿cómo, si renunciáis a mantener el terror en los corazones de los débiles, seguiréis siendo Jefes, Dueños y Sacerdotes?»^[12]. La pasión de Barrett fue también húmeda, vegetal, y la resistencia contra su larga enfermedad le invistió —incluso físicamente, según revela su última fotografía— de una dimensión ascética y hasta profética, cada vez más depurado de toda sujeción mundana y más lanzado a un vértigo de amor sin cadenas. Sus últimos textos tienen a veces, en efecto, una vibración apostólica. Pero, al contrario que Tolstoi, Barrett no aceptó siempre la idea de no resistir al mal. Tolstoi piensa que la violencia es incompatible con el amor; Barrett, en cambio, está convencido de que, si *realmente* se ama, el amor se lo puede permitir todo, incluso matar. Ese es el caso de los anarquistas (ver *La Huelga*). Hace cien años se hablaba con más naturalidad de estas cosas. La concepción heraclitiana del individuo y de la sociedad se inscribía en el marco de una lucha de clases explícita, en esa guerra «entre el *trust* del oro y el *trust* de la miseria» de la que hablará Barrett y de la que europeos y americanos, en un lado u otro de la trinchera, serán perfectamente conscientes. No había en ningún lado del mundo suficiente bienestar homogéneo como para que el capitalismo pudiese permitirse el Derecho; y a eso estamos volviendo poco a poco. A la «guerra, higiene del mundo», respondía, del otro lado, la «violencia, partera de la historia». De Marinetti a Mussolini, de Sorel a Lenin, de Bakunin a Wilson, todos aceptaban la necesidad de la violencia: a unos les parecía demasiado ilegítima la riqueza como para no usar cualquier medio contra sus poseedores; a los otros les parecía demasiada riqueza como para no defenderla también por cualquier medio. ¡Incluso Unamuno pedía a gritos una guerra! Barrett vivió y escribió antes de las dos guerras mundiales y de la experiencia del fascismo, contra el cual se han legitimado en Europa, durante cincuenta años, regímenes monopolistas, al mismo tiempo, de *toda* violencia y *toda* justicia; y se nos ha convencido tan bien de la ilegitimidad de toda alternativa y de la legitimidad de nuestras instituciones que nos parece que, con tal de no disparar nosotros, los saqueos de nuestras multinacionales y las guerras de nuestros gobiernos son actos de caridad y asaltos filantrópicos. Respecto a la época de Barrett, hemos hecho sin duda este progreso, la mitad de un progreso: porque hemos conseguido por el momento ser mucho más moderados que nuestras víctimas, a la espera de que éstas acepten también, como nosotros, los principios de la moral kantiana.

¡Rechazaremos cualquier acto de violencia incluso si para ello tenemos que arrasar el Congo! ¡Nos opondremos a todo exceso, incluso si para ello tenemos que quemar Colombia!

¡Nos negaremos a matar, aunque arriesguemos la vida... de los otros! ¡No elevaremos ni siquiera la voz, con tal de que todo siga siendo favorablemente injusto! En tiempos de Barrett había ciertas diferencias y ciertas ecuaciones que, al contrario que hoy, parecían evidentes y que se podían formular sin renunciar a la compañía de la Humanidad. «Eliminar la violencia», dice Barrett, «es un quimérico ideal; el mundo tiene un aspecto mecánico, en que necesariamente sobreviven las energías, no por ser más justas, sino por ser mayores. Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia; desprenderla del pasado y vincularla al porvenir. Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia. Jamás ha mejorado su situación por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo» (*La cuestión social*). En el mismo sentido, en *Las máquinas de matar*, Barrett razona: «Conferencias de la paz, masas de labradores y de obreros que piden paz, comerciantes partidarios de la paz, pensadores y artistas que hacen la propaganda de la paz, todo eso es platónico. Son gérmenes. Todo eso se estrella contra los armamentos insensatos, contra la coraza de hierro que nos abrumba. No se objete que el partido de la paz es una mayoría; una mayoría impotente no es tal mayoría. Por eso la humanidad es bárbara, porque en ella la justicia y la fuerza no están juntas. Los fuertes no son justos; los justos no son fuertes. La generosidad carece de brazos; la espada abusa. Y tal será la obra de la civilización: armar a los pacíficos». ¿Son demasiado «violentas» estas palabras para nuestra sensibilidad ilustrada? ¿O es que estamos persuadidos de que por fin gobiernan juntas la justicia y la fuerza... en Estados Unidos?

¿Aguantaremos sin estremecernos de horror esta otra cita con la que algún insensato podría tratar de arrojar una sombra de duda sobre la diferencia entre el bien y el mal, tal y como ha sido definida por Bush, Aznar y Blair en el nuevo siglo? «¡La bomba! ¡El crimen! Sí, mi sensibilidad se subleva ante el gesto del asesino. Yo concibo sacrificar mi existencia, pero no la ajena. Yo llevo clavada en el alma, como un dardo de luz, la persuasión de que lo esencial no es aplastar los cerebros, sino poblarlos. Y, sin embargo, me pregunto a veces si mi corazón se equivoca (...). ¿Crimen? Sí, y malditos seamos nosotros, hijos del crimen, padres del crimen. Pero si hay diferencias en el crimen, yo digo que el de los anarquistas, que hacen la “propaganda de la acción”, el de los que matan por la idea, por “amor” —¡horrible paradoja!—, el de los que eligen ser a un tiempo verdugos y mártires, es un crimen más respetable que los crímenes de tantos héroes cuyas estatuas se yerguen en las plazas públicas» (*La cuestión social*). A lo que Barrett añade una advertencia particularmente vigente casi cien años después, tras los atentados del 11-S, y que no deberíamos despreciar: «Los atentados anarquistas, que suelen ser pura consecuencia de los gobiernos, se suprimen con una ferocidad insensata, causa de nuevos atentados de la oculta desesperación universal». Si Rafael Barrett resucitase (pero también el bondadoso Thoreau, al que vuelvo a leer en estos días, por su defensa de John Brown), en lugar de en Paraguay, estaría quizás en Guantánamo.

La actualidad de Barrett es la actualidad del mal que combatió. Hoy es tan actual como hace cien años y mucho más que hace diez. «La Revolución Francesa, que como un corcel impaciente despidió de su lomo los privilegios económicos y eclesiásticos que nos oprimían tan sólo con el peso de las cosas muertas, se quedó a mitad de camino. Sacudió el yugo aristocrático y político, pero no el yugo económico, el más despiadado de todos los yugos» (*La huelga*). En un nuevo contexto tecnológico que centuplica los peligros y dificulta las resistencias, nuestra propia crisis de principio de siglo reproduce los rasgos esenciales de la que vivió la generación de Barrett: la globalización capitalista —el «yugo económico»— resucita viejas herramientas de dominio directo, el militarismo, el imperialismo y la colonización, y lo hace recurriendo, como antaño, a categorías metafísicas y fetiches teológicos. Que el siglo xx haya conocido dos monstruosas guerras mundiales, los campos de exterminio y la frágil tramoya de un Derecho internacional cristalizado en la ONU sólo hace más culpable nuestra indiferencia, aunque proporciona sin duda al nuevo dominio algunos trazos particulares: como escribiera Brecht hace sesenta años, «si hay algún día un fascismo en EEUU será “democrático”». El discurso, en todo caso, es el mismo y entraña la sustitución del ciudadano (*cives*) por el «civilizado», de la política por la policía, de los cánones por los cañones. Unamuno y Baroja eran hombres de su tiempo mientras que Barrett lo es, para desgracia de casi todos, del nuestro. Después de la postmodernidad, resulta que volvemos a ser modernos. «Las razas explotables son concienzudamente explotadas», dice Barrett en *Razas inferiores*. «Antes se las asesinaba. Ahora por ser mejor negocio, se las hace trabajar. Se las obliga a producir y consumir. Es lo que se designa con la frase de “abrir mercados nuevos”. Suele ser preciso abrirlos a cañonazos, lo que, por lo común, se anuncia con discursos de indiscutible fuerza cómica. Así, el general Marina Vega ha dicho a sus soldados de Melilla que Europa había encargado a España la obra de introducir la cultura en Marruecos». ¡Cuánto se habría reído Barrett, con lágrimas en los ojos, leyendo los discursos de Bush tras el 11-S o las altisonantes parrafadas con la que sesenta intelectuales estadounidenses justificaron el linchamiento desde el aire de Afganistán! Pero es que además a las «razas explotables» también se las asesina. «Felicitémonos. Una vez más triunfa la civilización. (...) El único criterio que nos sirve para comparar y juzgar de civilizaciones es el siguiente: tanto más brutal y perentoriamente me dejes fuera de combate, tanto más civilizado te reconozco. El más civilizado es el que ha empleado con más éxito su voluntad y su inteligencia en inventar y manejar aparatos de destrucción fratricida, el que supo desde niño, desde que entendió a su madre, cultivar los instintos feroces necesarios a la matanza, y los instintos abyectos necesarios a la ciega disciplina guerrera. Puesto que en Casablanca hemos cazado a los bereberes, desde el mar, como a conejos, es que los civilizados somos nosotros. Apenas el Japón ahogó en sangre a trescientos mil labriegos rusos, nos desplomamos de rodillas ante la maravillosa civilización japonesa, y si China aplicara un definitivo puntapié a los ponzoñosos europeos que la pican y la chupan,

nos guardaríamos en lo sucesivo de burlarnos de la intelectualidad celeste» (*Marruecos*). Mientras EEUU prepara —quizás ha ejecutado ya en el momento en que se publiquen estas líneas— una de las más desvergonzadas agresiones de los últimos cien años contra un país ya desollado y desangrado, agresión que —según algunos cálculos— matará a cientos de miles, quizás millones, de personas y pondrá patas arriba todo el mapa de Oriente Medio, un periódico nacional de gran tirada publica bajo un titular casi publicitario (algo así como «llega el guerrero del futuro») un catálogo de todos los accesorios militares que permitirán al soldado estadounidense ser insuperable en el combate: dispositivos de invisibilidad, traje con musculación artificial que le proporcionarán una fuerza, una velocidad y una capacidad para el salto sobrehumanas, cascos dotados de toda clase de artilugios supermánicos. La noticia, a toda página, está ilustrada por el dibujo de un soldado como de ciencia ficción, embutido en este uniforme-fortaleza y rodeado de flechas y leyendas que identifican cada una de sus piezas a los ojos del lector embelesado, como si se tratase de un deseable juguete de vanguardia que todo el mundo muy pronto podrá comprar. Llega el guerrero del futuro, ¿a dónde? ¿A una aldehuela miserable de Irak donde exigirá a los niños que lo admiren antes de matarlos? Esta es nuestra civilización y esta es nuestra prensa. Comentando los artículos de *Le Temps* y de *La Revue des Deux Mondes* en torno a la campaña de Marruecos, Rafael Barrett escribe: «¿No distinguís, entre los correctos labios del circunspecto y archicivilizado cronista, relucir los colmillos del chacal?».

A Francis Fukuyama se le ocurrió anunciar «el fin de la historia» precisamente en el momento en el que Occidente, después de un ilusorio paréntesis de 50 años, volvía a ella. Las otras regiones de la tierra no habían salido nunca. Acariciados por el Estado del Bienestar que hoy se desmantela a toda prisa, como un decorado provisional después de una fiesta, los occidentales declaramos la muerte de los Grandes Relatos y expulsamos de nuestras vidas todo principio de trascendencia para reivindicar el presente ininterrumpido de las mercancías, el *tiempo real* del mercado y su noria de vanidades. En medio de un mundo en el que la mitad del planeta dedicaba su jornada a *aplazar* la hora de la comida, las clases medias occidentales se escandalizaban en su burbuja de la lentitud de las modas: toda *demora* era un agravio a la vida, todo proyecto la sombra de un totalitarismo, todo sacrificio introducía la sospecha de un descontento. El problema es que el presente sólo existe fuera del tiempo y fuera del tiempo sólo está la felicidad; y la postmodernidad, que ironizó desengañada sobre el fracaso de la política y apoyó sus placeres en un altanero relativismo, tuvo la ingenuidad de creer en la eternidad (en la coincidencia entre el cuerpo y su sombra en un cenit perpetuo). Pero eso se ha acabado. Hasta tal punto vivimos en la historia que basta con *esperar* un poco para que reaparezca. Desde mediados de los noventa y, sobre todo, a partir del 11-S, un mínimo *retraso* (una diminuta *diferancia*, por decirlo con el pedante de Derrida) se ha instalado en nuestra

relación con las cosas y a través de esa rendija se ha colado en avenida el tiempo, la «larga duración» que allana la ilusión de nuestro autismo y vuelve a cosernos al relato de nuestra estirpe con un hilo que es, al mismo tiempo, el de nuestro fracaso y el de nuestra culpa. Ni somos eternos ni haberlo creído era inocente. Estamos otra vez pillados entre dos trascendencias: el pasado y el futuro. De pronto, toda una generación que se percibía a sí misma sin origen y sin destino, investida por nacimiento del derecho de ver el apocalipsis o la parusía por la televisión, comienza a tomar conciencia dolorosamente de su inscripción en una historia muy larga; comienza a querer aprender del pasado y a temer el futuro. De pronto, volvemos a acordarnos del Imperio romano y de Simone Weil, que se acordaba de él bajo el régimen hitleriano; o volvemos a pensar en la Revolución Francesa y en la Restauración, como hace Luciano Canfora en un libro reciente en el que nos advierte que la crisis final del capitalismo surgirá «dentro de muchísimo tiempo y tras una larga búsqueda» y que «lo importante no es estar presente sino saberlo»^[13]. Volvemos, en suma, a hacer planes, concertar acciones, a contemplar el triunfo social de la razón y la justicia a la distancia telescópica del trabajo y el pensamiento.

La trascendencia es el mundo después de uno o, más sencillamente, el mundo mañana por la mañana. Hay que volver al futuro. Hay que tener paciencia. Barrett, al que la enfermedad no le concedió nunca demasiado tiempo, que admiraba la velocidad de las máquinas e invitaba a derrocar los gobiernos como coágulos que eran en el fluido vertiginoso del progreso humano, tuvo consumada conciencia de la continuidad histórica que ninguna fase superior del capitalismo, por mucha humanidad que tuviese pintada en el rostro, iba a poder interrumpir. Parece mentira que haya que recordarlo cien años después: «La cuestión social se está resolviendo desde los comienzos de la civilización» (*La cuestión social*). Y Barrett, que amó a Cristo pero no creyó en su Padre, no necesitaba de ninguna mentira teológica para aceptar un *retraso* y resignarse revolucionariamente a la lentitud. Parece mentira que hayamos tenido que avergonzarnos de nuestro respeto por el mundo, una de cuyas patas se apoya invisible en el futuro: «Pensemos en las generaciones venideras — nuestra única inmortalidad— y sacrificuémoslas lo poco que somos»^[14]. El presente es el nudo de nuestro cuerpo; el mundo pertenece al pasado y al futuro; al pasado porque está lleno de cosas *ya hechas*, al futuro porque es él quien las deshará, si no se lo impedimos, y donde habrá que hacer también el pasado de las cosas nuevas. En *Más allá del patriotismo*, Barrett hace una bonita paráfrasis de un famoso texto de Montesquieu en la que subraya la superioridad moral de «defender y amar lo completamente ajeno» sobre lo propio, de manera que el hombre mejor es el que ama a su familia más que a sí mismo y a su patria más que a su familia y a la humanidad más que a su patria. Es un texto muy ingenuo, muy idealista, muy anarquista que acaba así, un poco más lejos que su fuente de inspiración: «Y si hubiera otra alma más alta y más profunda, que en su seno misterioso abrazase el alma de la humanidad misma, el acto supremo sería sacrificar lo que de humano hay en nosotros a la

realidad mejor». Esa realidad mejor no es, desde luego, ningún Dios, pero existe: «Es el alma de la humanidad futura».

Barrett creyó que la sociedad emancipada y libertaria del futuro se habría de alcanzar a través de la concurrencia de dos medios simultáneos y de raíz muy diferente: el bien y la máquina. La interpretación filosófica de la técnica que hace Barrett, tan anticipatorio que sin duda sorprendería a Bernard Stiegler (véase *El progreso*), es inseparable de su dimensión socialmente transformadora. Barrett no tiene nada de *ludista*, no obstante comprender muy bien el carácter «alienante» del instrumento de trabajo bajo determinadas relaciones de producción. Como Marx, Barrett cree en la virtualidad emancipatoria del desarrollo de las fuerzas productivas y en la neutralidad racional del progreso tecnológico; y piensa que es el «principio de propiedad» capitalista el que convierte en un castigo todas las maravillas que el propio capitalismo, sin saberlo, está preparando para la sociedad venidera: cuando hayan desaparecido «el oro y la espada» tras la victoria de los trabajadores y campesinos, «quedará el edificio levantado por el mal para que el bien lo habite. Se irán las empresas infames, los *trusts* abrumadores, los propietarios de todo género, engrandecidos con el robo y con el ejercicio de la esclavitud, pero dejarán al porvenir sus minas abiertas, sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus puentes y sus túneles, sus máquinas poderosas, sus instrumentos delicados, el tesoro entero acumulado por la rapiña para que generaciones menos despreciables lo usen y multipliquen noblemente» (*La conquista de Inglaterra*). Por lo demás, el anarquista Barrett, siempre literario, improvisador y moralista, muy alejado por tanto de las categorías económicas del análisis marxista, es capaz sin embargo de defender a Marx mucho mejor de lo que lo han hecho después tantos que se proclamaban herederos de su pensamiento. En el parágrafo II de su trabajo *La cuestión social* reivindica —¡en 1908!— la vigencia de Marx combinando el finísimo manejo de datos económicos con principios hermenéuticos que habrían provocado la admiración de Althusser. Da gusto ver tanta sensatez en un terreno en el que todavía hoy se dicen tantos disparates: «Dentro, pues, de cierta esfera las consecuencias de Marx son justas. Claro que los factores marxianos están lejos de ser los únicos factores históricos (...). Limitar el marxismo no es empequeñecerlo sino valorizarlo, hacerlo eficaz. ¿Acaso las leyes físicas no nacen del ambiente artificial de los laboratorios, y no son, consideradas separadamente, una realidad falsa, pero indispensable para comprender o empezar a comprender la realidad verdadera? (...) La tesis de Marx, en su terreno propio, es tan inatacable como la química de la digestión en fisiología». Vale la pena hoy, en un momento en que es más necesaria que nunca la reconstrucción del pensamiento marxista, leer completas estas páginas, con sus argumentos a favor y sus críticas de militante.

La máquina anunciaba para Barrett un mundo de producción suficiente para

satisfacer las necesidades de todo el planeta y una república de entendimiento generalizado. La máquina es comunicación materializada, no sólo en la medida en que algunas de ellas permiten el contacto inmediato y rapidísimo entre hombres distantes sino porque su sola existencia pone en relación —y suma— el trabajo de muchos hombres y de muchas disciplinas: el instrumento más simple fabricado por manos humanas es ya la virtualidad de una comunidad superior, incluye una concurrencia de esfuerzos y de conceptos que, independientemente de la constricción de su origen, introducen en nuestras vidas una disolución objetual de las diferencias que llevará, casi por su propia inercia, a la abolición de toda constricción. Con eso soñaba el apasionado Barrett. He incluido en esta selección *La pluma* y *El estilo*, dos breves textos desligados aparentemente del resto, porque exponen muy claramente, a mi juicio, la alianza que el anarquismo de Barrett establece entre la máquina y el amor y, en consecuencia, entre la sociedad y el genio. La pequeña pluma con la que Barrett escribe *La pluma* es la convergencia de todas las ciencias y todas las tecnologías (la herrería, la mecánica, la geometría, la metalurgia, la química, la termodinámica), el resultado del trabajo de millones de hombres anónimos («la pléyade de los héroes industriales de la pasada centuria») y el gesto mediante el cual el escritor redacta *La Pluma*, como *La Pluma* misma, se añade a este inmenso árbol genealógico en el que el «trabajo nos mezcla» en una historia que, lo queramos o no, es «la historia de la asociación». En ella el genio debe ser, por tanto, una propiedad colectiva, como las ventajas de la máquina de vapor o los grandes descubrimientos de la medicina. Y Barrett, que había soñado en otro tiempo con los héroes de Carlyle y el superhombre de Nietzsche, arremete ahora contra el *estilo* (porque «el genio no tiene propiedades» y sólo «nos comunicamos lo común») en unas páginas de una enorme perspicacia literaria que se coronan con esta modernísima denuncia de todos los *copyrights*, anticipando el carácter del nuevo arte en la sociedad futura: «El arte futuro será una función colectiva; será a un tiempo representación y acción. Se desvanecerán los acentos particulares en la armonía total; pasaremos de los instrumentos aislados, llámense Virgilio o Victor Hugo, a la enorme sinfonía. La prensa, en su rudimentaria y grosera forma de hoy, nos anticipa edades venideras. El arte será algo innumerable, anónimo, y sin embargo más expresivo de una época que ningún talento considerado separadamente. Se fundará en la energía intuitiva, que es altruista, y no en el estilo, que es egoísta. Los creadores no se preocuparán de ser originales, sino de ser sinceros; no de firmar sus obras y encaramarlas en pedestales inaccesibles, sino de fundirlas en la obra común. Imitarán a las heroicas células que en el fondo de un cerebro forjan lo sublime, sin reclamar después un átomo de gloria».

Rafael Barrett sólo llegó a ver publicado un libro, *Moralidades actuales*, que fue muy bien recibido en Uruguay y que compensó mínimamente las angustias y dolores del último año de su vida. De él hemos extraído muchos de los textos que componen

esta selección. El resto está tomado de las distintas colecciones de artículos que, con criterio cronológico o temático, se publicaron en Paraguay después de su muerte y que fueron incluidas en sus *Obras Completas* de 1988, fuente de este libro: *Mirando Vivir*, *Al margen*, *Textos inéditos y olvidados* y *Ensayos y conferencias*. Tras su muerte, Barrett recibió una cierta atención durante algunos años en el ámbito castellano-hablante y luego se sumergió en el olvido, apenas roto por la fidelidad intermitente de algunos pequeños editores en Paraguay, Uruguay, Argentina y Venezuela. En Italia se publicó en 1979 *Lo que son los yerbales*, su famoso «yo acuso» contra la esclavitud en las tierras paraguayas. En España, hasta donde yo sé, sólo se han hecho tres ediciones parciales de su obra: *Moralidades actuales* y *Cuentos breves* en 1919 y *Mirando vivir* en 1976. Nuestra selección viene a cubrir, más que un hueco, una ancha herida en la memoria de la literatura comprometida —y literatura a secas— del último siglo en nuestro país.

Este libro se publicará, en una pequeña y primeriza editorial, al mismo tiempo que otros treinta mil títulos, entre paletadas y paletadas de mercancías programadas para vivir, como las mariposas, un solo día. Publicar se parece cada vez más a arrojar al mar, igual que hacemos con los tomates que no nos podemos comer. Pero éste no es un libro de chupar y tirar cuyo envase pueda quedar alineado junto a los cascos de las cervezas, a la espera de ser reciclado. Este libro salda una deuda, no con Barrett sino con nosotros mismos. Nuestro escritor, al que estamos ya a punto de ceder la palabra, escribió tras la muerte de Rockefeller en 1910: «Y en verdad os digo que si es grande el país en que un hombre consigue, sin violar la ley, juntar cinco mil millones, es más grande todavía el país que no se los perdona, y que, anticipándose a la muerte, le obliga a devolverlos» (*Rockefeller*). Igualmente es sin duda grande un mundo capaz de producir la obra de Rafael Barrett, incluso a costa de aplicar leyes injustas e infligir dolor, pero más grande es el mundo que respeta esa obra, la lee y la usa a su favor. La Historia, como la propiedad, es un robo. Devolvámonos la obra de Rafael Barrett, para disfrute e instrucción de una humanidad más alta en otro mundo posible. Porque este pequeño acto de justicia quizás prepare y anuncie otros más grandes.

Santiago Alba Rico, enero de 2003

Rafael Barrett

A partir de ahora el combate será libre

DEUDAS

Me encuentro en la urgencia de hablar de mí. Particularmente considerado, mi caso no interesará a nadie, pero el hombre es un animal que induce. Tal vez el lector saque del ejemplo individual consecuencias generales. No de otro modo Isaac Newton, según cuentan, al ver caer la manzana se preguntó por qué no cae la luna. La misma lógica que fundó la gravitación universal la amenaza hoy día. Es que la razón, pálida sombra de la vida, crea y destruye sucesivamente. He aquí ahora lo que a vuestra razón someto:

Debo un traje al sastre y no puedo pagárselo. Mi oficio de fabricante de ideas no me permite por el momento pagar al sastre. El sastre se desespera y parece culparme de vagos crímenes.

He hecho mi examen de conciencia, y me he hallado limpio. He llegado a la conclusión de que mi deber es no pagar. Me he convencido de que sólo por indolencia y por una especie de distracción rutinaria he seguido la costumbre viciosa de pagar las cuentas. Si trabajo sinceramente en una sociedad donde hay gente que bosteza en medio de un lujo grosero, ¿cómo es posible que no se me asegure el abrigo contra la intemperie y una alimentación correcta? No soy quien debe, sino a quien se debe. No tengo para qué pagar el mercado, ni al casero, ni al sastre.

Él hace trajes, yo hago artículos. Yo le ofrezco cordialmente mis artículos. ¿Por qué no me ofrece cordialmente sus trajes? Lo natural es que aprovechemos en fraternal reciprocidad nuestras aptitudes; él me viste el cuerpo, yo le visto la inteligencia. Si el mecanismo económico de nuestra civilización me obliga a caminar desnudo por la calle, no es culpa mía, sino de la civilización falsa en que vivimos.

Dios me libre de creer que es más meritorio escribir que cortar tela. Dios me libre también de creer lo contrario, y de aceptar como equitativo que mi sastre gane una fortuna con sus tijeras mientras yo apenas tengo con qué comer. Quisiera que nuestra dignidad representativa fuera idéntica. Si se me concede que no pague mis modestas y pocas vestiduras, no tengo inconveniente alguno en que no se me paguen mis artículos, ni mis libros futuros, que son muchos y hermosos. Así evitaría tocar el dinero, repulsivo como un sapo.

El dinero desaparecerá. Todo lo feo y lo absurdo desaparece tarde o temprano. Maravillosa es la división del trabajo y la perfección social de los hormigueros y de las colmenas. Sin embargo, ni las hormigas ni las abejas conocen el dinero. El dinero pretende reducir a cifras nuestra aptitud espiritual. Pretende introducir la aritmética donde nada existe de aritmético. La moneda es un malvado fantasma que nos da la ilusión de medir el egoísmo y aprisionar la humanidad. Y los fantasmas, aunque sean aparentemente más poderosos que los dioses mismos, están destinados a desvanecerse al soplo frío y puro de la mañana. Despertaremos, y nos avergonzaremos de nuestras pesadillas.

Al establecer que no debo pagar al sastre, me adelanto a la época, y anticipo,

aunque parcialmente, un mundo mejor, hasta para los sastres. Al no pagar, yo, que nada poseo y siempre produzco, realizo un bello simulacro. Las cosas suceden exactamente igual que si el sastre me regalara con qué cubrir mi carne pecadora. Ya sé que no hay tal, que él deplora haberme fiado, mas éste es un fenómeno interior. Exteriormente, prácticamente me ha amado, puesto que me ha socorrido gratis. En el terreno de los hechos, no pagar es instituir sobre la tierra el régimen sublime de las donaciones. Practicad, decía Pascal a los ateos; la fe vendrá. Comulgad todas las semanas y concluiréis por persuadiros de que la consagración es un misterio auténtico. Trabajad y no paguéis nunca, digo yo. A fuerza de ejercitar la caridad a pesar nuestro, acabaremos por sentirla. A fuerza de no cobrar, los sastres y demás obreros de la colmena humana se olvidarán de cobrar. Habrá otros móviles de acción que el oro, y una edad más razonable habrá dado comienzo.

VAGANCIA

Acostumbrado como estoy a los horrores de la democracia, no me ha sorprendido que se haya encarcelado a las ciudadanas Lorenza y Lucía Arce, por el crimen de descansar. En los países civilizados, empezando por Francia, se castiga severamente a los que no hacen nada, y lo que es más fuerte, a las que no hacen nada. Pero no se preocupen nuestras damas; aunque las mujeres de los ricos desprecien todo trabajo y eviten aristocráticamente hasta el de dar de mamar a sus hijos y a veces el de tener hijos, el Código no va contra ellas. No es su pomposa ociosidad la que corre peligro, sino la ociosidad de las Arce. La ley se ha dictado contra los pobres. Se trata de defender la sociedad, cimentada sobre el oro; la amenaza viene del lado de los desposeídos.

¿Se concibe un esclavo con las manos libres? La mano del miserable, cuando no está obligada a servirnos, acaricia el puñal, la bomba de dinamita o la ganzúa. Esas manos color de tierra nos maldicen. Bajo esas frentes que se levantan del yugo hay una tempestad silenciosa. ¡A la cárcel con todo eso! El vago es el rebelde, es el que encuentra tiempo para pensar.

Jesucristo era un vago. Si hoy se metiera a redimir hubiera acompañado a las ciudadanas Arce a la comisaría, y después a la prisión. Hubiera convencido a los vigilantes, al comisario y a los guardianes y al alcaide de lo triste de su faena, los hubiera conquistado a la divina vagancia. Les hubiera dicho que no hay que trabajar en la ciudad estéril, que no debemos profanar nuestros cuerpos y nuestras almas en colaborar al egoísmo universal. Preciso es meditar nuestro destino y nuestra naturaleza, y para meditar hay que sentarse, echarse, para soñar hace falta el reposo y la noche. Todas las ideas nacieron de la pereza y del desdén. Todo lo nuevo ha venido del lujo, y el más elemental de los lujos es no trabajar.

¡Pobres trabajadores a jornal! ¡Pobres ruedas del terrible engranaje, condenadas a girar sobre sí mismas en el mismo sitio! ¿Queréis transformar el mundo? Son los bohemios los que lo han hecho todo en el mundo. ¡La huelga, la santa huelga!

¿Queréis traer la libertad, y no la tenéis en vosotros? Soltaos y hablad después. Sólo hay un trabajo fecundo, aquel para quien estamos especialmente designados, el trabajo que se ama. El trabajo que nos imponen por un pedazo de pan deshonor a quien lo hace y a quien lo encarga. Lo que se compra es malo. Lo que se da es bueno. Mejor es andar por los caminos pidiendo limosna que vendernos por hambre a las maniobras ajenas. Mejor es ser sostenido por la caridad que por la codicia. Entre la mina y la cárcel, ¡oh cristianos!, la cárcel. ¿Qué hubiera elegido el Cristo? En la cárcel se reflexiona.

La verdadera cárcel es el trabajo mercenario. La verdadera cárcel es donde no brotan las ideas, donde la carne dolorida, envenenada de sudor y de humillaciones, cae asesinada todos los días al hoyo de un sueño sin esperanza. La ley ordena el trabajo porque es una explotación, y sobre todo porque es un embrutecimiento.

Prohíbe la vagancia porque es la idea, y toda idea es subversiva. Son las ideas lo que se persigue. El trabajo inconsciente es el sucedáneo del opio con que los ingleses forzaron la China, y del alcohol con que los yanquis agotaron a los indios. Matar los gérmenes intelectuales por medio de las industrias-presidios y de la instrucción burocrática obligatoria: he aquí el programa conservador. Hay que reemplazar con algo las cadenas católicas. Hay que inventar otras tiranías que sustituyan a las ausentes. Hay que maniatar y amordazar a las generaciones, aprovechar el fanatismo de la ciencia positiva y de la disciplina militar, sustentadoras del régimen capitalista. Hay que aprisionar a lo que huye, vuela, se pasea, vaga. Hay que detener a los vagos. ¿Mas qué importa? Las ideas no se detienen; *vagan* formidablemente. Para ellas sí que no se encuentran gendarmes.

NERÓN FILÁNTRORO

Leí el otro día un discurso de circunstancias, en el cual aseguraba monseñor Bogarín que antes del cristianismo no se conocían instituciones de beneficencia, lo que no es enteramente exacto. Las autoridades romanas distribuían enormes cantidades de trigo al pueblo. El excedente de las rentas municipales se solía emplear en alimentos para los pobres y en la enseñanza elemental. Había médicos de pobres, *archiatri* populares; había asociaciones o colegios de asistencia mutua. ¡Pero basta de erudición de manual! Lo curioso, lo que hay que retener, es que los millonarios hacían en Roma lo que hacen hoy en París o en Nueva York: donativos y fundaciones. Al lado de este fenómeno evidente: que la esclavitud evitaba el pauperismo de nuestra época, es oportuno colocar este otro: Nerón filántropo, Nerón pagando sus entierros a la gente pobre. Para dar flexibilidad a nuestro entendimiento, nada mejor que zambullirlo en la realidad real, verificable, que felizmente es muy poco lógica, y por eso nos educa. Rockefeller, el Nerón moderno, se cree obligado a ser más filántropo todavía, he aquí el progreso. Cada vez nos son más intolerables los aullidos del prójimo a quien desollamos. El cloroformo es nuestra gran innovación moral. Pero la sangre derramada —y el dinero, como dice León Bloy, es la sangre del pobre— perdida está por siempre; no hay poder humano que la devuelva al corazón de donde ha salido...

LOS NIÑOS SE MUEREN

«Los niños —dije yo una vez— se mueren a millares bajo el clima más sano del mundo». Salieron los doctores y me dijeron que deshonraba al Paraguay. Además se asombraron de que, reconociendo yo que este clima es sano, me atreviera a no deducir que la raza es sana. Además me aconsejaron que compulsase los archivos. Sobre todo, eso.

Está bien, señor, compulsemos los archivos. Registro Civil de la Capital. Defunciones de hoy: Ruperto González, paraguayo de trece días; Bernarda Viera, paraguaya de once meses; María Fonseca, paraguaya de dieciséis meses; Jovita Quintana, argentina de ocho meses; Bernardino Villalba, paraguayo de treinta y cinco días; Isidro Ramos Castro, paraguayo de cinco meses; dos fetos del sexo femenino; María Raimunda Vargas, paraguaya de veintidós días.

Y ayer y anteayer y siempre, la misma fúnebre cantinela. El Registro Civil también deshonra al Paraguay.

Bronconeumonía, angina infecciosa, meningitis, enteritis, pobres entrañitas torturadas, pobre sangrecita abrazada por la fiebre. Niños que sufren y mueren sin haber vivido, niños indefensos que no deberíamos decir que mueren, sino que los hacemos morir.

Oh, las madres no tienen la culpa. Están solas, están abandonadas. Y lo que es peor, no saben, porque nadie las enseña.

Quieren defender a sus hijos, pero no saben cómo. Los aprietan contra su seno hinchado de amor y de lágrimas, y no basta, porque el amor que no es amor inteligente, amor instruido, amor armado de ciencia, sucumbe en la lucha contra la salvaje realidad. Al destino no se le entenece, se le doma. Y las madres no saben y los hijos se les mueren entre las manos. Los hombres quizá saben, quizá podrían salvar a los niños, pero no tienen tiempo. Están demasiado ocupados en salvar a la patria. Y ¿desde cuándo son patria nuestros niños? Los niños no votan.

Sí. Votan a su modo. Muriéndose. Votan contra la sociedad entera. Y de ese fallo es imposible apelar. Se mueren porque somos malos. Porque no somos dignos de que nos acompañen los ángeles.

EL ESTILO

Una de las cosas más admirables en Le Bon, el genial visionario de la nueva física, es lo mal que escribe. Las páginas de *L'Évolution de la Matière* y de *L'Évolution des Forces*, desordenadas, tortuosas, despeinadas, horda de ideas, no tienen estilo y apenas sintaxis. Son la notación lacónica de una mente al galope. No busquéis las viejas y graciosas curvas del pensamiento francés en donde sólo subsisten los zigzags de un relámpago. Ni siquiera se toma Le Bon la molestia de traducirse en imágenes. Su obra es un montón de hechos y de prosaicas explicaciones. Su lengua es ruda y torpe como la de todos los profetas. Tenía que darnos noticias demasiado importantes para perder el tiempo haciéndolas artísticas. Por eso, nada ha salido de su pluma que nos aquejara con la tristeza de la perfección.

¡Qué triste es lo perfecto! Cerrar el círculo, haber llegado, poner punto final, ver, a semejanza de Dios, que lo fabricado es bueno, ¡qué tristeza! Ser invencible y no poder pecar, ¡qué desdicha! Sobre la puerta del paraíso es donde el profeta debió trazar su *lasciati ogni speranza*. Mil veces preferible es el infierno; allí se desea, se conspira, se vive. Si vivir es correr tras la perfección y la felicidad, alcanzarlas es morir. Y si la muerte material conserva aún a nuestros ojos el misterioso encanto de una débil promesa es porque morimos en la fealdad y en el sufrimiento, así como nacimos, y porque únicamente el dolor, no el dolor pulcro y bello y rimado en mármol a lo Laocoonte, sino el dolor lamentable y sucio y desamparado y grotesco, es digno de ordenar al destino que responda.

¡Pobre del escritor que quiere obtener un estilo, y lo encuentra y le satisface! ¡Pobre del que aprende a sentir! Se convierte en un molusco literario, y esa habitación suya, tapizada de un lustroso nácar en que se miraría Venus, ese caracol cuyo fósil servirá dentro de algunos siglos, para que otro Sainte-Beuve complete un estante, será quizá lindísimo, pero tiene el dueño que llevarlo a cuestras. El habitante de la torre de marfil es blando de carne y lento de alma. Se aísla, se enclaustra, trabaja en la oscuridad y pretende hacernos el don de la belleza. No; no es la belleza lo que desdeñosamente nos ofrece, sino la horrible perfección, su perfección, la rígida figura construida a paciencia sobre el módulo elegido; el ejercicio ajustado a clave; el problemita personal resuelto. *Todo* se lo dice el autor; ¿qué nos deja a nosotros? Él descansa, y nosotros, también. Nos contagia su inmovilidad. Hemos visitado su torre de marfil: ¡muy interesante, muy curiosa! Nada restó que examinar en ella. Era la tarde magnífica, y el horizonte, contemplado de lo alto, se nos hubiera aparecido en su solemne esplendor; pero la torre, ¡ay!, no tenía ventanas.

El estilo no es el hombre, es el egoísmo del hombre. Conocer por una línea a quien la ha escrito, ¿qué demuestra?

¿Es el estilo acaso lo que denuncia a Shakespeare? ¿Cuál es el estilo del sol y del mar? No admiremos en el arte lo que se adhiere al artista, sino lo que a todos nos pertenece, lo que circula sin esfuerzo con la sangre del cuerpo social. No es imposible

ser a la vez sencillo, universal, inesperado y profundo: basta el genio y ¿quién, allá en las honduras de su espíritu, no guarda un delgado filón de genio silencioso? Cuando el genio habla, se olvida del estilo. No respetemos el estilo por solamente serlo. Hay estilos característicos y odiosos. Hay, estampadas en oro estafado, efigies de monarcas infames. Hay habilidades que repugnan. Una frase es suficiente para delatar a Quevedo, y ¿quién le ama? ¡Benditos sean el oro bajo tierra, y el agua en el manantial, que no son todavía de nadie! El genio no tiene propiedades y es una profanación embadurnarle de estilo.

El arte futuro será una función colectiva; será a un tiempo representación y acción. Se desvanecerán los acentos particulares en la armonía total; pasaremos de los instrumentos aislados, llámense Virgilio o Víctor Hugo, a la enorme sinfonía. La prensa, en su rudimentaria y grosera forma de hoy, nos anticipa edades venideras. El arte será algo innumerable, anónimo, y sin embargo más expresivo de una época que ningún talento considerado separadamente. Se fundará en la energía intuitiva, que es altruista, y no en el estilo, que es egoísta. Los creadores no se preocuparán de ser originales, sino de ser sinceros; no de firmar sus obras y de encaramarlas en pedestales inaccesibles, sino de fundirlas en la obra común. Imitarán a las heroicas células que en el fondo de un cerebro forjan lo sublime, sin reclamar después un átomo de gloria. La humanidad se parecerá al hombre.

No deploramos, pues, que Le Bon no tenga estilo.

GENERALIDADES

El general Keim, en la fiesta celebrada por la Liga Naval alemana en Jena, hizo algunas declaraciones heroicas. Lamentó la decadencia de la diplomacia desde el tiempo de Bismarck. «Nuestra diplomacia, dijo, no necesita ir por el globo con zapatillas de fieltro. Se debe adoptar un tono más enérgico, pues según el tono es la música». Sin duda que a la música de Bismarck no le faltaba energía: «El primer aviso que las potencias recibirán de nuestras intenciones, rugía el canciller de hierro en 1875, será el trueno de los cañones prusianos en la Champaña». ¡Nada de zapatillas de fieltro! Con Bismarck no padeceríamos la plaga socialista. Aquel «bárbaro de genio», que tantas ganas tenía de arrasar París, anunciaba: «Si las grandes ciudades continúan siendo foco de revueltas y perturbando los países, las tiraremos por tierra». Y lo curioso es que Bismarck no estaba más contento que el general Keim; se quejaba de que su rey era demasiado honrado...

«Los que afirman, continuó el general Keim, que en lo futuro no habrá guerras, están maduros para un asilo de lunáticos; una derrota será el aniquilamiento de Alemania, porque el mundo entero está contra nosotros... La guerra vendrá del conflicto entre los intereses económicos... Temo que nuestra superioridad militar no exista ya en sus antiguas proporciones...».

De acuerdo con la célebre frase, hay casas en que los hombres encierran a los locos, para hacer creer que los demás no lo son. Y los locos opinan igual que los cuerdos. Cuando un pupilo se cura, sus compañeros de manicomio cuchichean con lástima: «Ha perdido la razón; lo han encerrado afuera». Pero es que para encerrar al prójimo no basta ser cuerdo; es preciso ser el más fuerte. Si el general Keim —en juicio sumarísimo, propio de un jefe— nos da por locos a cuantos creemos en el advenimiento final de la paz, podríamos darle por loco a él; lo difícil sería encerrarle. En Buenos Aires, un demente, después de casi degollar a un distraído compañero de tranvía, se instaló en un árbol y resistió allí toda una noche a un regimiento de polizontes. La empresa de encerrar al general Keim, en su calidad de general, frente a su disciplinada división, sería terrible. Probablemente él con su ejército nos encerraría a nosotros, y es lo que ha pasado desde los principios de la historia.

Reflexionemos, como hacen los cuerdos y los locos. Decir que Alemania produce tal artículo, y que lo vende a tal precio, es una peligrosa inexactitud. Alemania no se compone únicamente de los vendedores de ese artículo. Se compone también de consumidores. Los industriales venden a seis, y lucran. El general Keim se frota las manos. He aquí que en Inglaterra, por ejemplo, los industriales consiguen vender a cinco. Entonces el general Keim se enfurece. Empieza por atrancar las aduanas y obligar a los consumidores alemanes a comprar siempre a seis. Queda el comercio exterior; surge la cuestión de los armamentos. Es necesario que los consumidores extranjeros sigan comprando a seis, o que Inglaterra, para evitar la lucha, renuncie a vender a cinco. Y se construyen *Dreadnoughts* con el dinero de los excelentes

consumidores germanos, que a costa de sacrificios innumerables logran pagar sus cosas lo más caro posible. Y un buen día se les pide la vida, y se la entregan al general Keim en silencio. Lo patriótico, lo sagrado, es comprar a seis... Pensad ahora que no hay nación que no posea sus generales Keim. Pensad en los millones de consumidores del planeta, dispuestos a arruinarse y a matarse entre sí para continuar pagando seis, y no cinco. Pero les calumnio. Somos muchos los candidatos al asilo del general. Y seremos más; seremos tantos, que no habrá sitio donde encerrarnos. No habrá sitio ni dentro ni fuera. Estaremos en todas partes. Al general Keim no le agrada la paz. Es muy lógico. La paz es tan funesta a los generales como la guerra a los que no lo son. Sin embargo, allá en la línea luminosa del horizonte, allá donde nuestros cortos pasos no nos llevarán nunca, allá en el inaccesible mañana, ¿no podría el general Keim colocar las bellas realidades que le molestan hoy? Un señor que entendía de milicia dijo una vez a su amigo Luigi Fontanes: «Fontanes, ¿sabe usted lo que más admiro? Es la impotencia de la fuerza para organizar algo. No hay más que dos potencias en el mundo: el sable y el espíritu. Y a la larga, el sable es siempre vencido por el espíritu».

Por cierto que ese señor estuvo en Jena... Era Napoleón.

ROCKEFELLER

Cuando murió cierto banquero español, dejando sesenta millones, dijo Rothschild: «¡Pobre X...!, le creía más acomodado...». «¡Pobre Rothschild!», puede exclamar John Rockefeller, cuya fortuna pasa de cinco mil millones. Como accionista de la Standard Oil Company cobra unos treinta millones anuales en dividendos. Pero es además accionista del *Trust* del Acero, y de otras muchas empresas poderosas. Sólo en la ciudad de Cleveland posee propiedades inmuebles por valor de setenta y cinco millones... ¿Quién sino él mismo, si se lo permite su vacilante memoria de viejo caduco, sería capaz de calcular la altura de esa cordillera de sus capitales? Rockefeller es en nuestro planeta el Himalaya del oro.

Hijo de un caballero, desenterrando patatas ajenas reunió los primeros centavos, los primeros pesos. Después se lanzó en la pequeña nave de su peculio, sobre un mar de petróleo que le fue clemente, y a los treinta y seis años de edad tenía veinticinco millones. No seré yo quien le niegue audacia, perseverancia, genio. Tampoco le negaré la avaricia indispensable a los arquitectos de tesoros. Ahora, al borde de la tumba estrecha, donde no hay sitio más que para él, Rockefeller regala a los mendigos norteamericanos mil quinientos millones de los cinco mil hipotecados por la nada. Esta monstruosa donación debilita a la Standard Oil. Felicitémonos. Si todos los millonarios hicieran igual, aunque para hacerlo esperaran la decrepitud postrera, habría algunas cucharadas menos de llanto en el mundo. El texto del proyecto ya famoso dice que las intenciones del donador son «prevenir y socorrer el sufrimiento». Bellas intenciones, más propias para disipar fortunas que para adquirirlas. De haber pensado siempre así, jamás habría Rockefeller ganado un triste millón...; porque en un millón hay de todo, hasta sangre. Bien está restituir a los míseros una parte de lo que sudaron, pero sería mejor aún no tener que restituir.

Ante la enorme filantropía de Rockefeller, el cual anuncia que no ha hecho sino empezar, se ha hablado del *trust de la beneficencia*. Acaso los héroes de *Le Trust*, reciente y admirable libro de Paul Adam, se encogerían de hombros, viendo en Rockefeller, como en los filósofos ateos que al sentirse morir llaman al cura, una víctima de la cerebración senil. Sin embargo, el fenómeno es frecuente en Norteamérica; Rockefeller imita el ejemplo de los Morgan y de los Carnegie. Roma, con la cultura industrial contemporánea, hubiera producido los Nerones del capital. Hoy es tarde; el individuo no resiste la tensión de una riqueza tan excesiva. Llega un momento en que los cuellos de los millardarios se doblan bajo el peso de las áureas coronas. Considerad que no son los cuellos de toro de los antiguos emperadores, sino cuellos mermados por la democracia, enervados por la dispepsia. La riqueza es una energía y en nuestro siglo todas las energías tienen algo de eléctrico. Es imposible acumularlas indefinidamente sobre una cosa o sobre una persona. Al fin rompen su encierro y vibran y circulan, porque su virtud soberana es circular fecundando y organizando; y su capricho es salirse de los canales por donde pretendemos

conducirlas. Y luego el medio ambiente aumenta con receptividad su conductividad, y avanza al encuentro de las fuerzas que se evaden. La opinión pública de los Estados Unidos no toleraría impermeables Rockefellers que no sueltan su dinero de una manera o de otra. Ser rico no exime del oprobio, y ¡cuántas veces la beneficencia es una excusa!

Rockefeller ha presentado a su patria las excusas de sus cinco mil millones. Y en verdad os digo que si es grande el país en que un hombre consigue, sin violar la ley, juntar cinco mil millones, es más grande todavía el país que no se los perdona, y que, anticipándose a la muerte, le obliga a devolverlos.

VIVISECCIONES

La Facultad de Medicina de Buenos Aires pidió a la Intendencia los perros sin dueño que se recogieran de la vía pública. La enseñanza necesita holocaustos. Pero en vista del indignado dictamen de la Sociedad Protectora de Animales, la Intendencia se negó a entregar los perros. La Facultad protesta, y el discreto lector adivinará fácilmente los argumentos que se invocaron de una parte y de otra.

No nos ha de sorprender el triunfo de la Sociedad Protectora. Es más hacedero proteger a los animales que a los hombres. Invoque el hombre su condición de animal, y reclame también su lote de protección. Entonces resaltará el absurdo de proteger todas las especies a un tiempo. Porque son entre sí rivales y enemigas, se devoran sin descanso y viven del crimen. Moralizar la naturaleza sería destruirla.

¿Qué deseáis? ¿Que el tigre se haga vegetariano? ¿Qué diría la Sociedad protectora de vegetales? «Deseamos evitar el dolor, ya que no es posible evitar la matanza», se contesta. «Cloroformo a mis perros», replica la Facultad.

«No me ocupo sino de los animales domésticos», objetaría la Protectora. Protegerlos demasiado sería contraproducente. No se olvide que existen porque nos sustentan, porque nos son útiles, y al proporcionarnos una utilidad nueva, la de estudiar en sus entrañas el medio de curarnos y de conocer mejor nuestra propia fisiología, se aseguran quizás una subsistencia más larga. Devueltos a la libertad, desaparecerían. Les hemos hecho incapaces de resistir el régimen salvaje del que fueron sustraídos, y el mal no tiene ya compostura. Estamos orgullosos de nuestro caballo de carreras, que lleva los huesos del pie convertidos en esponjas, y que sucumbiría pronto sin nuestros desvelos. Los animales domésticos son monstruos cultivados artificialmente, no viables lejos de la civilización humana. Conseguimos bueyes sin cuerpo, carneros sin cuernos y hasta sin orejas, hemos robado al cerdo sus pelos y sus colmillos, reduciéndoles el hígado y el pulmón; hemos perforado el cráneo de ciertas gallinas y les hemos atrofiado las alas; hemos embrutecido a una multitud de seres; dejar de explotarlos sería aniquilarlos. La domesticidad —gran lección— quita los derechos a la vida. Entre los rebaños sometidos al dominio de las hormigas, los hay de unos pequeños coleópteros cuyo abdomen destila un licor agradable a las valientes trabajadoras. Estos coleópteros, llamados estafilinos, se han degenerado al punto de ignorar el modo de comer. Las hormigas tienen que empapizarles el alimento.

Si la sociedad protectora de estafilinos clama contra los que torturan por placer a los animales, en lo justo está. El que hace sufrir a un perro, sin causa legítima, es un malvado. Pero lo esencial es corregir, sanar, proteger al malvado. Proteger al perro es secundario. Mientras los perros no se protejan a sí mismos, seguirán siendo perros.

¿Proteger a los perros y desarmar la ciencia? ¿Por qué? La ciencia no es responsable de nuestras locuras. La ciencia no ha pretendido ser una religión ni una moral. Somos nosotros los que lo hemos pretendido. La ciencia en sí no es buena ni

mala. Es un medio, un medio soberano de hacer el bien, si el bien está en nosotros. Refiriéndonos a lo más urgente, a la tuberculosis, al cáncer, ¿se prohibiría la vivisección? ¿Se prohibiría experimentar sobre un conejo vivo a un Jenner, que ensayó en su hijo la vacuna, a un Desgenettes, inoculándose el virus de los bubones de la peste, a tantos investigadores dispuestos al propio sacrificio? El ideal de no herir materialmente a nadie es imposible y es falso. No nos estremecemos, no respiramos sin asesinar en torno. Un pensamiento generoso no se yergue sin hacer víctimas invisibles. Desterremos el egoísmo, y matemos entonces en paz. Matemos con amor. Pasteur mató muchos conejos y muchos perros y rebajó una mortalidad del dieciséis por ciento al siete por ciento. No faltan quienes discuten aún el tratamiento y se ríen de las estadísticas. Pero si descubrimos algún día un tratamiento mejor, se demostrará por las estadísticas. Diremos igual de la difteria, del tétanos. Lo que la biología debe a la vivisección es incalculable. No se da paso a la luz sin romper el muro. No se comprende el universo sin abrirlo y agujerearlo, y todo conocimiento es una vivisección.

LA PATRIA Y LA ESCUELA

El empeño de que los chiquillos adquieran sentimientos patrióticos en la escuela es tan bien intencionado como inútil.

Un profesor, por muchos himnos que haga entonar a sus alumnos, no les inculcará el amor a la patria; no existen procedimientos pedagógicos para eso, como no los hay para inculcar el amor a la familia. Las síntesis sentimentales no surgen en nosotros a fuerza de razonar, sino a fuerza de vivir. El amor a la familia nace del ambiente del hogar; el amor a la patria nace del ambiente colectivo; y el más sublime de los amores, el amor a la humanidad, nace del ambiente elevado que flota por encima de los siglos y de las fronteras.

Examine cada uno su remota niñez, busque lo que era para él entonces la idea de patria, y encontrará algo grotesco, cuando no el vacío. Es lo que ocurre con las ideas religiosas. Si poco a poco es retirado de la enseñanza lo que se refiere a los cultos, acabaremos por eliminar también de ella el culto patriótico. En la escuela no se debe adorar sino comprender. Pero la verdad no tiene patria. No hay una manera patriótica de hacer multiplicaciones, de preparar el oxígeno ni de construir un muro, y si hay una geografía y una historia patriótica, es porque son falsas.

El niño no puede retener del patriotismo lo bueno, es decir, lo piadoso y justo, lo altruista de la fórmula. Retiene lo malo, lo pintoresco, la hostilidad estúpida a cuanto está del otro lado de un río o de un poste; la ferocidad militar, los héroes despreciables que ensangrentaron el mundo; no retiene del patriotismo su entraña de amor, sino su entraña de odio.

Y a más la mentira, la convicción de que su país es el más perfecto de todos. Protestamos contra esos manuales de historia, cándidas mitologías a base de milagro patriótico. Que el hombre sepa cuándo le falta razón a su patria, para defender las patrias que la tienen, y evitar agresiones internacionales que son la vergüenza de nuestro tiempo. Que sepa que no es el fanatismo quien engrandece las patrias modernas, sino el trabajo, y que no hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan.

Marchamos rápidamente a nuevas instituciones sociales, de carácter cosmopolita. Observamos ya que los problemas humanos más hondos han cambiado de índole. En vez de interesar a las nacionalidades o a las razas, interesan al conjunto de nuestra especie. Recordad cuántos prejuicios, cuántas sandeces, cuántos errores, inoculados por medio de la escuela, tuvimos que destruir en nosotros, para volvernos aptos a la lucha contemporánea. Seamos siempre menos dogmáticos con nuestros hijos; dejemos abierto su espíritu a las posibilidades que no somos capaces de comprender; no atemos las almas que vienen a la tierra; ¡desatémoslas! No nos interpongamos entre ellas y el divino futuro.

GALLINAS

Mientras no poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada.

La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, y la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llenó para mí de presuntos ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó el cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas al intruso, pero saltaban el cerco y aovarón en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy un propietario...

RAZAS INFERIORES

Se puede sostener cómodamente que hay razas inferiores. Los sabios lo aseguran, medidores de cráneos y disectores de cerebros; los sociólogos lo confirman, y sin duda, la hipótesis contraria parecería absurda a las gentes prácticas, viajeros, empresarios y comisionistas. Un caballero inglés se resigna en Londres a que un compatriota le lustre los botines, pero en Calcuta tendrá por muy natural que ejecute tan brillante labor un hindú. Jamás un noble alemán, arruinado o deshonrado, y remitido a las vagas colonias de África, se considerará semejante a los indígenas con cuyo oscuro pellejo remienda su bolsillo y su nombre. ¿Cómo no ha de creerse el industrial de Yucatán superior a los indios mayas mediante cuya esclavitud, sacramentada por el cura del establecimiento, extrae del henequén ganancias fabulosas? Si llamamos razas inferiores a las razas explotables, claro es que las hay. ¡Pobres razas, quizá dormidas, quizá susceptibles aún, bajo un choque externo, de revelar el sentido crítico, la tenacidad metódica, la admirable multiplicidad de aptitudes y de ideas de la raza blanca!

¡Pobres razas, poetizadas algunas por un pasado magnífico, agitadas otras por los síntomas de un regreso a la vida intensa! No olvidemos que los árabes, los tártaros, los turcos, estuvieron varias veces a punto de dominar la Europa. Acaso también la especie humana, como tantas que no han dejado más huellas que sus fósiles, está condenada a extinguirse, y ciertas variedades suyas, avanzadas de la muerte, han entrado ya en la agonía. ¡Quién sabe! Pero el hecho es que un niño negro, por ejemplo, criado entre blancos, no será nunca tan salvaje como un niño blanco criado entre negros. Es probable que lo que caracteriza a la raza inferior sea su incapacidad de producir genios. Si un hombre civilizado está más arriba que los demás, no es porque tenga mayor estatura, sino porque está encaramado sobre la civilización. Los mediocres de todas las razas son iguales, y cualquier raza, guiada por el genio, sería capaz de conquistar el mundo.

Las razas explotables son concienzudamente explotadas. Antes, se las asesinaba. Ahora, por ser mejor negocio, se las hace trabajar. Se las obliga a producir y a consumir. Es lo que se designa con la frase de «abrir mercados nuevos». Suele ser preciso abrirlos a cañonazos, lo que, por lo común, se anuncia con discursos de indiscutible fuerza cómica. Así, el general Marina Vega ha dicho a sus soldados de Melilla, que Europa había encargado a España la obra de introducir la cultura en Marruecos. Si el cañón es prematuro, se procura embrutecer y degenerar a los candidatos. Se les vende alcohol o, como Inglaterra a los chinos, opio. Los japoneses se negaron a intoxicarse, y los acontecimientos han demostrado que hicieron bien. Si no vale la pena explotar directamente las razas inferiores, se las rechaza, se las confina y se espera, cazándolas de cuando en cuando, a que desaparezcan, minadas por la melancolía, la miseria y las enfermedades y vicios que las inoculamos. Es lo que hacen los yanquis con los pieles rojas. Es lo que hacen con sus indios los

argentinos, a quienes decía últimamente Anatole France, en el Odeón, que los pueblos denominados *bárbaros* no nos conocen sino por nuestros crímenes. En la ley González, codificando el trabajo (1907), se lee este pasaje delicioso: «La protección a las razas indias no puede admitirse si no es para asegurarlas una extinción dulce».

Quedan las explotaciones menudas, el comercio de objetos arqueológicos y de curiosidades, armas, adornos y cacharros que intercalan en un texto más o menos fantástico, exploradores pseudocientíficos y misioneros pseudoreligiosos. Las tres cuartas partes de esta mercadería se fabrica a muchas leguas de las tribus, en excelentes ciudades, lo que facilita considerablemente las expediciones *al desierto*. Hubo tiempo en que ser misionero era oficio de héroes; aunque está probado que si los catequizadores no se hubieran salido de su papel, el número de mártires y de perseguidores habría sido insignificante. Asia es la patria de la tolerancia de los cultos, y las odiosas reducciones jesuíticas del Paraguay prueban hasta qué extremo llegaba la resignada docilidad de los guaraníes. Habría doble cantidad de católicos sobre la tierra, si la Iglesia se hubiera contentado con el poder espiritual. Hoy, no es raro que los misioneros sean simples traficantes, o Barnums de sotana, protegidos por los fusiles oficiales. El salesiano Balzola, director de la colonia Thereza Christina, en Matto Grosso, es un tipo de apóstol moderno. Se llevó tres indios Bororós, para exhibirlos en Turín, y cuando le preguntaron si había bautizado a sus fieras, contestó que lo haría solemnemente, en plena Exposición y a dos francos la entrada...

¡Pobres razas inferiores! La Argentina, para mostrar lo enorme de su territorio, debe hacer figurar en su próximo centenario los Onas de la Tierra del Fuego que hayan sobrevivido al frío y a la tuberculosis. Buenos Aires misma patentizará su ingreso a la categoría de gran capital civilizadora, ofreciendo a la curiosidad pública una colección de habitantes de conventillo, ejemplares de la raza propia de las regiones del hambre, raza seguramente inferior, a pesar de su blancura, a pesar, ¡ay!, de su palidez de espectros...

LA REHABILITACIÓN DEL TRABAJO

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del Génesis, castiga con el trabajo, ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Le hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo —de dos años y medio— juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, ¿no ha de estarlo también la del espíritu? Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor; hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes; el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irisados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más.

Pero los absurdos no subsisten mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud del trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad.

NOTICIAS DE LEOPOLDO

—¡Me ahogo, doctor, me ahogo! —dijo el rey de los belgas al doctor Thiriart. El doctor Thiriart le puso unas inyecciones. Mientras tanto el rey falleció.

Desde ese momento no se ha tenido más noticias de él. Sin embargo, cuando morimos de repente es probable que al ser despedidos de este mundo conservemos cierta velocidad adquirida y describamos un resto de trayectoria. Así le ha sucedido a Leopoldo. Quiero contaros su viaje póstumo, en el que ha invertido un mes y medio.

Al volver del sofocón, se encontró tendido en su lecho de muerte. Le velaban miembros de su familia y demás dignatarios. Personas, muebles y muros parecían fluidos. Leopoldo se sentó en la cama. Nadie dio señales de extrañeza. Se levantó, marchó a través de sus hijos y de sus consejeros, masas vaporosas que no le opusieron resistencia alguna, y salió a la calle.

Puesto que todo está muerto alrededor de mí, pensó juiciosamente, es que el muerto soy yo.

Le satisfacía, en medio de tantos seres etéreos, sentir su carne palpable, consistente, dura. Notó que le habían vestido de general, con grandes charreteras, y todas sus cruces. Luego calculó:

—Estoy muerto y vivo a un tiempo. ¡Dios existe! Empujado por un instinto misterioso y certero, se dirigió a la frontera de Francia.

—Sin duda voy a comparecer ante Dios...

Confiaba en que su hermosa barba blanca y su uniforme de general impresionarían favorablemente. Además, había recibido los santos sacramentos y el Papa era su amigo. Y caminaba: cruzó campos de un verde traslúcido, surcados por vagas siluetas laboriosas, arroyos en cuya linfa de ensueño se desleía el alma de los sauces, aldeas de silencio, ciudades cuajadas en el vacío de lo imposible, y alcanzó París a medianoche, *su* París, familiar y fantástico, construido de estelas de gas fosforescente, horno glacial en que se movían innumerables comparsas mudos, con un lamentable gesto de salamandras felices. Leopoldo comprendió que Dios no estaba en París, y siguió caminando hacia el Sur.

Empezó a fatigarse. Empezó a sufrir. La tierra se le hacía acaso menos irreal. Y caminaba... Tuvo que atravesar landas inmensas, en que los espectros de los pinos se retorcían bajo pesadillas de huracanes. Tuvo que buscar desfiladeros entre la nieve de las cordilleras. Descendió a llanuras, donde ondulaban los penachos rubios del maíz. El sol frío brilló después sobre los trigos y los olivares. Y el muerto caminaba hasta que lo detuvo el fantasma del mar, o tal vez el mar mismo. A la orilla, un grupo de pescadores sórdidos sacaba una larga red, en cuyo vientre oscuro hervían escamas de plata. Era evidente que Dios no estaba en Europa.

Leopoldo, suspirando, se quitó su traje de general y nadó sin tregua, siempre hacia el Sur. Sus carnes se ablandaban, se hacían transparentes. En la noche, hilacha de tinieblas flotando en las tinieblas, perdía la fe. «¿Por qué se me retiene sobre el

planeta? ¿Dónde estará Dios?». A veces, un buque de alto bordo, coronado de luces, hendía el abismo, con un grito monstruoso. Y el muerto nadó tres días.

Desnudo, rendido, angustiado, se internó en el África. Las cosas materiales iban recobrando su aspecto normal, a medida que él se aniquilaba. Vio extrañas plantaciones, casas de soledad, tapiadas y blanquísimas, terrazas y alminares donde los muecines se delineaban en el fuego del crepúsculo, chozas techadas de follajes exóticos, pozos entre palmeras; conoció a los árabes y los beduinos, las lentas caravanas; oyó el aullido de los chacales y la voz del león. Y todo aquello vivía, y él se moría definitivamente. «Quizá no hay Dios... quizás estaré juzgado sin saberlo». Y se arrastraba en su rumbo fatal hacia el interior del país. Y seguía arrastrándose, jirón de bruma dolorida, entre los matorrales, sobre las arenas abrasadoras, herido del sol despiadado. Y pasaron los días y las noches y al fin llegó.

Leopoldo, que no era ya sino el recuerdo de un suspiro humano, el eco de un hueco donde hubo una sombra, contuvo el átomo de vida que aún le restaba, y miró —mirada postrera— en torno. El paisaje trajo a su memoria una de las fotografías tomadas en el Congo. Al pie de un árbol, un negrito recién nacido dormía profundamente. No había más Dios por allí. Leopoldo entonces se disolvió en la brisa y el niño, al respirar, se sorbió al rey...

Ahora el espíritu de Leopoldo, tan curiosamente reencarnado, tendrá ocasión de ampliar su experiencia, recorriendo otra de las infinitas aristas del poliedro universal.

LA RULETA

¿Dónde caerá, por fin, la esferilla vibrante? Las almas están suspendidas de un capricho idiota. ¿En qué hueco de los treinta y seis se consumará la irremediable injusticia? La enviada del destino salta, vacila, amenaza, huye...; su chasquido malvado ríe en el jadeante silencio; y cada número negro o rojo que toca hiere un corazón cobarde. Mirad esos ojos de sentenciados; esos cuerpos que aguardan el golpe del verdugo, caídos contra la mesa; esas manos enfermas que han traído sangre, fortuna, honra, en ofrenda a la impenetrable divinidad. Mirad al hombre entregado a la lujuria de la desesperación.

Azar, nada. Somos inteligencia, es decir, orden. Comprender es modelar; encajar la pasta amorfa de los hechos en la estatua vacía de la razón. Somos voluntad, es decir, dirección y designio. Hemos privado a los vientos y a las aguas de su libertad salvaje, y los hemos condenado a los trabajos forzados de la rueda. Hemos ido a despertar las energías ocultas bajo las rocas y los siglos, y hemos vuelto a hacer arder el sol en las calderas de nuestras máquinas. Hemos recogido lo impalpable para que nos sirva; hemos aprisionado la electricidad dispersa en el espacio, y la hemos hecho volar por un hilo y ramificar nuestros nervios. Hemos avanzado en la sombra; hemos descendido al abismo; hemos arrancado al misterio cosas informes para esculpirlas después. Hemos humanizado la naturaleza; hemos apretado con tal fuerza la realidad contra nuestro espíritu que en ella ha quedado estampada nuestra efigie. Hemos ensanchado la armonía alrededor de nuestra inteligencia, y por cada paso nuestro hacia adelante ha retrocedido otro la casualidad.

El jugador se abandona a esa casualidad que es nuestro único obstáculo y nuestro enemigo. El jugador funda su vicio en la ignorancia y en la impotencia absolutas. Traidor de la humanidad, ha prostituido la conciencia a la monstruosa caricia del caos. Ha agotado sus recursos en ajustar un mecanismo donde se condensa la noche mientras los demás construyen mecanismos donde se reúne la luz. En tanto que se creaba el disco de la dínamo, él creaba el disco de la ruleta. Otros agrandaban su mente, y él se decapitaba. Otros introducían la vida plena en el Universo, y él partía su vida en treinta y seis porciones. Otros nacían, y él se suicidaba. Pero la palabra suicidio es demasiado débil. Los que se matan aún esperan; llaman con la hoja del puñal o con la culata del revólver a la puerta formidable que no se abre más que una vez y detrás de la cual puede haber algo. El jugador se destruye con exactitud. Sólo él conoce la verdadera muerte.

Felizmente el que juega se arruina. Las matemáticas lo establecen, y los fenómenos lo confirman. Sería espantoso que se ganara al juego, y que el azar fuera fecundo. Una fatalidad profundamente sana devora al jugador y barre todos los años millares de seres indignos de existir. A esa fatalidad se juntan en la obra saludable los banqueros con ventaja; los tramposos de ingenio que dejan al cartón señales imperceptibles y mortíferas, o que guían bajo el tacto finísimo una gota de goma

transparente; los prestidigitadores que resbalan paquetes de naipes preparados y escamotean la catástrofe que asoma; los audaces que asaltan los tapetes y violan los bolsillos; aquellos, en fin, que se mantienen erguidos en la lucha. Ellos, tahúres, ladrones, bandidos, despojos del hampa cosmopolita y de los naufragios sociales, representan la *moral* en su sentido más hondo, porque enfrente del eterno enigma se conducen como hombres y no como espectros.

LAS MÁQUINAS DE MATAR

Han fondeado algunas en la rada. Son colosales y maravillosas. Hay que contemplar los cañones, los reyes de la muerte, y pensar en el mundo complicado y poderoso que los engendra. Para conseguir transportarlos sobre las aguas, hubo que resolver los más arduos problemas de la navegación, y la carabela que llegó al Nuevo Mundo es un juguete ridículo al lado del crucero. Los tubos formidables por donde se envía la catástrofe al horizonte son un resumen de todas las ciencias, desde la geometría a la termodinámica; de todas las industrias, desde la metalurgia a la óptica de taller. Rígidos, relucientes, acariciados y cuidados como telescopios, han exigido más todavía: ha sido necesario fabricar una multitud de mecanismos humanos que engranaran con ellos, y que funcionaran automáticamente en medio de los horrores de la batalla; ha sido preciso inventar una nueva clase de heroísmo. Y aun no basta; hacen falta otros cañones, más grandes, más exactos, más implacables, y los sabios buscan en el secreto de los laboratorios; los ingenieros ensayan sin descanso; miles de trabajadores forjan las armas que los destruirán mañana. La sociedad no se considera bastante hábil en el arte de matar, y se diría que le urge reunir todos los medios para poder suicidarse de un golpe.

El cañón moderno es el resultado de los esfuerzos de largas centurias; los proyectiles que lanza surcan el espacio con una majestad casi astronómica. La bala es el bólido: la guerra, una sucesión de cataclismos.

¡Qué modesta el hacha de pedernal de nuestros antepasados! Había que servirse de ella varias veces para rajar el cráneo espeso del enemigo hermano. Del hacha al cañón: he aquí lo que muchos llaman el progreso. Pero ¿por qué nos asesinamos los unos a los otros? ¿No es tiempo de arreglar las cuestiones de distinta manera?

Signo funesto: Inglaterra, que ha preparado las libertades políticas de la raza blanca, la nación que mejor conoce la vida por lo mucho que ha viajado, luchado, y sacado partido de la realidad; Inglaterra, que tan dispuesta se mostró recientemente al desarme, sigue construyendo buques, y acaba de aprobar el proyecto del «Neptuno», acorazado de 20 000 toneladas, ¡un prodigio!

Y esos millones de libras esterlinas arrojadas a las olas no son aún más que la paz, el «miedo armado».

Una de dos: o Inglaterra está decidida, en caso de conflicto, a no dejarse guiar por la razón, sino por las ventajas impunes de su enorme poder material, o supone probable un injustificado ataque de los demás países, si en él ven suficientes probabilidades de éxito. Y lo que decimos de Inglaterra es aplicable a Francia, a Alemania, a Norteamérica, a Italia, al orbe civilizado, sujeto a la fiebre de los armamentos indefinidos. Este crimen sin nombre: una agresión caprichosa, una guerra provocada fríamente, es un fenómeno que el mundo entero juzga próximo y natural.

Recordad el pretexto para la campaña del 70: los candidatos al trono español.

Hace pocas semanas Europa se estremecía de angustia; las hostilidades estuvieron a punto de romperse, por los enredos de un escribiente de consulado en Casablanca. Y hoy mismo nos comunica el telégrafo que el principal obstáculo a la tranquilidad de los Balcanes es la antipatía que se tienen los ministros de estado de Austria y de Rusia. El hecho es que al principio del siglo xx continuamos expuestos a caer en los abismos de la matanza, empujados por lo arbitrario, lo inicuo o lo imbécil.

El hecho existe, aplastador. En ciertas cosas somos lógicos; si un aparato se descompone, acudimos al técnico; si nos enfermamos, al especialista. Los pueblos se van acostumbrando a la higiene, a la educación razonada. Marchamos hacia la justicia, que es la ciencia del corazón, y hacia la ciencia, que es la justicia de la naturaleza. Solamente cuando se trata de las relaciones de los pueblos entre sí, es decir, de las que mueven los más vastos e incalculables intereses, es cuando no queremos salir de la barbarie.

Conferencias de la paz, masas de labradores y de obreros que piden la paz, comerciantes partidarios de la paz, pensadores y artistas que hacen la propaganda de la paz, todo eso es platónico. Son gérmenes. Todo eso se estrella contra los armamentos insensatos, contra la coraza de hierro que nos abrumba. No se objete que el partido de la paz es una mayoría; una mayoría impotente no es tal mayoría. Por eso la humanidad es bárbara, porque en ella la justicia y la fuerza no están juntas. Los fuertes no son justos; los justos no son fuertes. La generosidad carece de brazos; la espada abusa. Y tal será la obra de la civilización: armar a los pacíficos.

Entonces será imposible que un gobierno mande invadir el ajeno territorio. Entonces tendremos la satisfacción de que los extranjeros arriben a nuestras playas en traje común, y no pertrechados hasta los dientes. Los caminos del planeta estarán seguros, y la hospitalidad gozará de la confianza. Mientras tanto, no admiremos demasiado las portentosas máquinas que matan; símbolo de nuestra potencia física, son también un símbolo de nuestra debilidad moral.

LA CORTESÍA

Las construcciones primitivas encierran una enorme cantidad de materia inútil. Y las máquinas antiguas nos sorprenden por el derroche de trabajo malgastado. Son torpes y ruidosas. El progreso, más que en aumentar la energía total, reside en distribuirla mejor.

Sometidos a idéntica ley, los organismos vivos, al perfeccionarse, se vuelven más delicados, más nerviosos, más hábiles. El hombre verdaderamente fuerte tiene también la maña, que es la sabiduría del músculo, y los pueblos, como los hombres, evolucionan aprendiendo a economizar sus recursos naturales. Poco a poco, a medida que los fines se destacan, se decreta inmoral lo que no sirve, lo que disminuye el empuje total de la raza. Cuando se sabe a dónde se va, se ve y se odia lo que estorba en el camino. Así el esfuerzo de la colectividad, orientado hacia el mismo punto, animado de la misma intención secreta, se sistematiza con la precisión y la armonía de una obra de arte.

La cortesía es el aceite que suaviza los frotamientos inevitables de la máquina social. Traduce energía utilizada. He aquí por qué aparece acompañando a la cultura de las naciones. Llega un momento en que se procura evitar los irritantes y estériles conflictos de la menuda existencia diaria. La exageración se revela lo que es: una debilidad. Entonces se deja definitivamente a los incurables bárbaros dar gritos, asestar puñetazos sobre las mesas y agitarse sin término y sin causa.

La cortesía, nacida de una necesidad presente, se ha ido convirtiendo, como tantas otras costumbres hermanas, en el símbolo de una necesidad futura, y la que representaba ayer medios de ahorrar un impulso fisiológico representa hoy sentimientos de solidaridad y de amor todavía irrealizables. Al cumplir las reglas mundanas afirmamos constantemente un ideal imposible. Las pasiones, bajo la elegancia y la serenidad de los modales, son más hondas y más despiadadas. Bajo la ornamentación de una cortesía uniforme, la irreductible ferocidad de la especie se hace más trágicamente bella.

Jamás parece tan admirable el valor como cuando está sometido a códigos caballerescos, porque sólo así surge esencialmente humano. Tal elemento estético resplandece en la famosa frase: *Messieurs les anglais, tirez les premiers!*, y en los duelos cortesanos del gran siglo. Sacada de la vaina suntuosa por una mano enguantada de terciopelo, brilla la espada más poéticamente, al hendir el aire limpio de los jardines de Versalles.

Si delante del enemigo la cortesía es heroica, delante de la mujer es deliciosa, y sublime delante de la muerte. Al caer Metz en las garras de Moltke se encontraron los heridos de Canrobert y de Leboeuf casi sin cloroformo. Los alemanes no quisieron darlo. Cuenta un cirujano francés que los oficiales moribundos rehusaban su parte de anestésico, para ofrecerla a compañeros de armas que hubieran de soportar operaciones más dolorosas. A ese grado la cortesía transfigura la carne y reina sobre

la fatalidad.

Vive y vivirá un libro sagrado, *El Quijote*, que es la epopeya de la cortesía. Las aventuras imaginadas por el mendigo español nos enseñan a no concebir empresa noble que no sea cortés, ni grosería que no sea insignificante. El tipo del ingenioso hidalgo, inaccesible al golpe de maza del destino y a la puñalada de la risa, no encarna el pasado grotesco de la caballería andante, sino el porvenir luminoso que cambiará las palabras embusteras de la cortesía actual en hechos fecundos.

LA CARIDAD

«Buenos Aires, 29 — Ante una concurrencia de 310 presidiarios el profesor Andrade dio una conferencia con proyecciones luminosas sobre los movimientos sísmicos ocurridos en Valparaíso. Enseguida el director de la escuela de penados doctor Porfirio Rodríguez leyó una orden del día en la que se hace el elogio del penado Lemos que pidió su peculio, destinándolo a la suscripción de las víctimas de Valparaíso. Con tal motivo pronunció un discurso sobre la moralidad y la caridad. Acto continuo varias comisiones de penados procedieron a levantar una suscripción entre ellos... se realizará un funeral por las víctimas del terremoto. El capellán de la cárcel pronunciará un sermón».

Volved a leer. Inclinaos ante la obra maestra. La nulidad del estilo reporteril ha transmitido intacto ese cuadro perfecto, contra el cual apoyo mis ideas respetuosamente. Así apoyan su pincel los restauradores de lienzos venerables. Pero yo no necesito pedir consejo a las sombras de maestros difuntos. El retrato está vivo, y los colores auténticos húmedos aún sobre la paleta. Puedo subrayarle sin vacilaciones. No falta en él una línea: altruismo a la moda; psicología del estado, del público y del delincuente; papel social de lo que hemos acumulado de ciencia y de lo que nos resta de religión.

Por el instante consideremos el delicado efluvio de caridad que el texto exhala. Imaginemos las testas rapadas de los bandidos, atentas a la explicación, quietas en la penumbra. Alguna silueta negra —pómulo de gorila, mandíbula bestial indulgentemente estudiados por antropólogos que ponen cataplasmas al crimen— se recorta sobre la iluminada tela del aparato. El señor profesor se da cuenta de su misión celestial. Los bravos mozos aprenden sismología. Hay que instruirles, hay que tenerles al corriente de los últimos descubrimientos. Hoy sismología, mañana rayos x o radium. Paciencia: ya irá desapareciendo la ferocidad de sus almas; ya irán bajando los pómulos y la mandíbula. Si hubiera cometido su delito antes, el efecto benéfico de la educación carcelaria hubiera sido más seguro. También es lástima que no hayan hecho barbaridades mayores: sus cursos no acabarían tan pronto.

Sé que rara vez encuentran ocasión de contemplar proyecciones luminosas los hombres-ruinas, las hembras-esqueletos, los niños-gusanos que muerden la piedra y el fango de las minas, o que untan con su sangre las máquinas siempre en marcha. Estos pobres diablos son demasiada gente. Son la normalidad. En cambio los rateros, los estupradores, los asesinos hacen estremecer de interés al respetable público. ¿Qué sería de los grandes diarios sin la sección de policía? Ahí está toda la literatura del pueblo a quien por fin hemos enseñado a leer. Además el criminal procesado y enjaulado nos tranquiliza. No sólo deben estarle agradecidos jueces, oficiales y numeroso personal que le manipulan, sino el mismo Estado.

¿Quién mejor que el buen presidiario cumple la ley? Es la ley hecha carne, hecha ejemplo. Es el verdadero súbdito, el ciudadano ideal. Es la garantía y la glorificación

del Estado. Es su fiel colaborador. Se comprende que a él vuelen la curiosidad general, las simpatías secretas. Los otros, los normales, los trabajadores hambrientos y discutidores son el enemigo. Son la marea que sube implacable hacia los que comen; la ola que nuestro remordimiento enturbia y amarga.

La caridad de los penados para con las víctimas de Valparaíso entornece. Gracias quizá a las proyecciones luminosas, gozan de poder evocador los generosos clientes del presidio, aunque la proximidad del sitio de la catástrofe, el habitual trato con los infelices que han sucumbido y la frecuencia de tales desdichas vuelvan sin duda fácil la imagen plástica inseparable de la emoción. La colecta se habrá efectuado entre sollozos. En aquel momento nada distinguía a los presos de las personas honradas. El señor condenado Lemos, justamente elogiado en el orden del día, llegará. Caracteres así son los que necesitamos.

Vemos, pues, que la humanidad es compasiva; que los corazones menos indicados para ello palpitan de piedad. Mas no se tema que la creciente evangelización de los espíritus acabe las fuentes de energía indispensables a nuestros soberbios destinos. Empecé copiando el telegrama de la caridad, y concluyo copiando el telegrama del heroísmo guerrero:

«Santiago, 30 — En los primeros días de la catástrofe fueron fusilados grupos de niños huérfanos que robaban alimentos».

NUESTRO PROGRAMA

Decíamos en nuestros manifiestos:

«*Germinal* no estará con lo viejo, sino con lo nuevo; opondrá al dogma la idea, y a la autoridad, el examen.

Preferirá lo verdadero a lo retórico.

No defenderá el oro, ni el poder, sino el trabajo. No aceptará lo legal, sino lo justo.

Organizará la resistencia y el avance de los que producen y crean.

No hará política, hará humanidad».

Insistimos en este punto: que los urgentes problemas de la Humanidad son económicos.

Para verlos, sentirlos y resolverlos, es necesario que el hombre desnude su espíritu; es necesario que liberte su cerebro; es necesario que haga a su inteligencia bastante valiente para mirar cara a cara la verdad y confesarla, y a su corazón bastante valiente para mirar cara a cara la justicia y defenderla.

¿Instruir? No es lo esencial. ¿Enseñar gramática y química a un esclavo? ¿Para qué? Lo que hay que enseñarle es que aborrezca su estado, que sufra y se desprecie y se indigne, que ame la libertad más que la vida. No es cuestión de ciencia. No es ciencia lo que hace falta, sino conciencia.

El hombre libre buscará la ciencia sin que se la recomienden. El prisionero resuelto a evadirse buscará la lima que corte la reja. Aprender a leer es encontrar la lima.

¿Un libro? Cosa admirable, si el libro corta la cadena, y desnuda el espíritu.

Herid lo moral. Lo moral es lo real. Haced que el hombre se avergüence de obedecer. Suprimid el sacerdote, el capitán, el patrono, el magister. Matad el principio de autoridad donde lo halléis. Que el hombre lo examine todo por sí. Que sea responsable de sí propio. Si cae, que sea siquiera porque se equivoca él, no porque se equivoca otro. Combatamos al jefe, a todos los jefes. Tenemos en el fondo de nosotros mismos cuanto necesitamos.

Primer problema: el hambre. ¿Creéis que no hay hambre en el Paraguay? Hambre aguda, como en las calles de Berlín o de Londres, quizá no. No estamos aún bastante civilizados para eso. Pero hambre crónica, alimentación insuficiente, ¿qué duda cabe? Los paraguayos no comen lo indispensable. Se puede asegurar que en estos momentos de miseria nacional las cuatro quintas partes de la población se nutren de frutos silvestres. Hasta qué extremo habrá llegado el mal que todo el mundo oye tranquilamente esta frase, «se mantiene de naranjas». ¡Naranjas! Es decir, agua con unos centésimos de azúcar. Los campesinos se llenan el vientre de agua y de gachas groseras. Tienen a su favor un elemento positivo: el aire puro que les sana la sangre, el clima que no les roba energía térmica por la piel, y un elemento negativo, algo es algo: el mate que les insensibiliza el estómago.

¡Esta gente no trabaja, no produce!, gritan los capitalistas defraudados. Es que hace muchos años que no come.

Y no hablemos de sus viviendas, ni de cómo visten. Dad un paseo de una hora por los suburbios de la capital, y volveréis espantados.

La raza se extingue porque no come. Se insulta al paraguayo que se pasa el día sobre su miserable camastro. ¿Por qué? Ese hombre no es un vicioso, es un enfermo.

La mujer resiste; es madre. Viejas a los treinta años, espectros a los cuarenta, las madres son las que faenan y luchan en su heroísmo de hembras que protegen la prole. Ellas sostienen el país.

Un tercio de los niños sobrevive. Pero no comen lo preciso, ni lo apropiado. Las generaciones se agotan en su raíz.

Este primer problema es el más sagrado a la vez. Se trata de vivir. A pesar de la extenuación general, se produce de sobra para vivir mejor. La idea matriz que nos proponemos difundir en el terreno económico, la evidencia con que quisiéramos iluminar a los obreros y a los que no lo son, se reduce a lo siguiente: *la riqueza pertenece a quien la crea, sólo el trabajo tiene derecho a ella, o a cualquiera otra cosa. La tierra, que no ha sido fabricada por nadie, no es propiedad de nadie: la debe usufructuar quien la cultive.*

Que el trabajador paraguayo se pregunte a dónde va el fruto de su labor; que se responda la amarga verdad, y que se persuada de que su triste situación es consecuencia de su propia servidumbre. Abochornado, reclamará enérgicamente lo suyo, y lo obtendrá. Poco o mucho, lo que produzca será para él; vivirá como un hombre, y no como una bestia perdida en la selva. Y producirá después con mayor intensidad, por el interés que verá en ello.

Esta evidencia: que el trabajador tiene derecho a todo lo que produce, tardará en hacerse, pero se hará. La idea matriz se convertirá en solidaridad, porque la idea en sí no es más que eso, una solidaridad entre elementos separados antes. Que la idea germine, y los cuerpos se acercarán. La Sociedad tiende a ser en todo tiempo la imagen de lo que los individuos piensan.

Ya unidos, los productores verificarán a cada instante su fuerza irresistible. Apartados, aislados, abatidos uno por uno en su particular desdicha, no se salvarán nunca. Juntos en la idea, seguirán juntos en la rebeldía y en la fe. Se organizarán insensiblemente, no en un partido político —pues nada hay que esperar de la política, lacaya del dinero— sino en un partido humano.

Contribuir a formarlo, colaborando así, en una lejana pequeña esfera, con los más nobles filósofos y publicistas del siglo, es toda nuestra ambición.

EL ARREO AL CUARTEL

Al hablar del hambre y de la opresión en la campaña, de las maniobras que se toleran a un Jorba para dejarnos sin comercio, a un Gaona para dejarnos sin moneda, y a un Berthet para dejarnos sin pan; al hablar de las farsas de la beneficencia; al hablar de la esclavitud en los yerbales y en los obrajes, de la servidumbre femenina, del alcoholismo y de la degeneración de la raza, al hablar de la incurable lepra política, cómplice de todas las barbaries y de todos los parasitismos, hemos dado algunas pinceladas al triste cuadro de la miseria pública. Pero antes de entregarnos de lleno a las campañas que tenemos preparadas contra la especulación y contra la tiranía, conviene dar la pincelada última, la más negra, el reclutamiento, el arreo al cuartel.

Arreo, sí. Arreo de proletarios en las calles de la capital, rodeo en los campos. ¡Cuántas veces han preso al ciudadano en su casa como a un delincuente, o lo han esperado a la salida del baile rústico o de la función de iglesia para cazarlo como a un bandolero peligroso! Esto se ha hecho, esto se hace y esto se hará. Arreo, rodeo. ¿Qué es para los gobiernos el paraguayo que pasa? Si va calzado es un hombre; si va descalzo es una bestia. ¡Rodeo, arreo!

¡Al cuartel! ¿No es el cuartel donde deben ir las bestias?

¡Ah, pobres paraguayos descalzos! No basta la enfermedad, el abandono, la explotación económica; es preciso el insulto; es preciso que os echen la garra al cuello donde os encuentren y os manden a patadas al cuartel. No supliquéis; no digáis que sostenéis vuestra familia con vuestro esfuerzo laborioso, y que vuestra ausencia del hogar constituye una catástrofe. Las bestias no tienen familia, ni oficio, ni dignidad. No tienen más que patria; eso sí. Una patria terrible.

¿Quién debe defender la patria? Las bestias. Vosotros. En ese cuartel donde se inculca a un tiempo el servilismo y el despotismo, donde cada uno es a la vez víctima del que tiene encima y verdugo del que tiene debajo, donde se llama «instrucción» a la estupidez del autómatas, donde se aprende a asesinar al prójimo a la voz de mando; en el cuartel no veréis ningún compañero que no sea un descalzo como vosotros.

¡La ley! ¡Valiente engañifa! Solamente los descalzos han de defender la patria. Los calzados la gozan.

Ellos gozan; vosotros sufrís. Ellos se gargarizan con la patria y la ordeñan, y vosotros la padecéis. ¿Qué os da la patria? Ni un palmo de tierra, ni un pedazo de pan, ni una hora de seguridad, ¡ni siquiera padres! Nada más que dolor e ignominia. No es la patria la que defendéis, sino el oro, y la ambición, y los placeres de vuestros amos. Los que al ponerlos un fusil en las manos os dicen que es para defender la patria, mienten. No creáis en la palabra de los que hoy juran fidelidad y faltan a ella mañana, conspirando mientras cobran del presupuesto. El fusil que os dan es para matar a vuestros hermanos de éste o del otro lado de la frontera. Es para mantener en un sillón a un ministro que no conocéis, o para que se apodere del mismo sillón un aspirante que no conocéis tampoco. ¡Es para hacer política!

Pobres paraguayos descalzos... Un día vendrá en que no os arrearán tan fácilmente, en que al sable contestarán las innumerables hoces de los rebeldes... ¡Y porque venga ese día luchamos!

LA LUCHA SOCIAL

«Destruir es crear», ha dicho Bakunin. Más exacto sería decir que toda creación destruye algo. La Naturaleza no podría engendrar nada nuevo, si la obligasen a conservar lo viejo. Las formas son infinitas, pero la materia no, y es forzoso fundir el bronce de las estatuas pasadas para hacer las futuras. Por eso, si los ancianos no murieran, los niños cesarían de nacer. Por eso la muerte mantiene el amor sobre la Tierra. De aquí el aspecto uniforme del mundo: un aspecto de lucha. De aquí el sabor trágico de la vida. Hay una ley de impenetrabilidad universal: las cosas no se mueven sin desalojar otras cosas, las ideas no se mueven sin desalojar otras ideas. La realidad no es apacible, no es suave, ni siquiera cortés; es violenta, porque es necesaria. Su violencia aparente varía con la rapidez de los cambios. Distinguimos entre evoluciones y revoluciones por un cómodo artificio de lenguaje. Una evolución es una revolución lenta. Una revolución es una evolución veloz. Entre la mansa corriente del Gironde y la caída a pico del Niágara imaginamos muchas pendientes intermedias; la fatalidad del movimiento es la misma. Intentad detener el más sosegado de los ríos, y pronto os veréis derribados por los Niágaras que fabricó nuestra locura.

Hace siglos que estamos asistiendo al desalojo del principio de autoridad. Los dioses se fueron. Los reyes también; a unos se les arrancó la corona con cabeza y todo; a otros se les destituyó, enviándolos en un fiacre a la frontera; a otros se les jubiló, es decir, se les permitió guardar ciertos arneses y chirimbolos de su antiguo cargo, asistir a ciertas ceremonias, cobrar su sueldo, ¡y hasta opinar!, con tal que fuese moderadamente. Salvo el sultán y el zar, a quienes se jubilará un día de estos, los demás reyes que nos quedan están jubilados. Después de los reyes se van poquito a poco los presidentes, los gobernantes, el parlamentarismo. Cada vez es menor la proporción de las gentes que se dedican a dar órdenes o a cumplirlas, respecto a las gentes que se dedican a trabajar. Cada vez se obedece menos a las personas y más a los hechos. Se encomienda al gobierno que procure algunas seguridades materiales y lleve algunas cuentas, y se le agradece que exista sin llamar la atención del país. Para un gobierno a la moderna, como para el moderno y difunto rey Eduardo VII, el gran elogio consiste en establecer que no se ha metido con nadie. El ideal de un gobierno sano es no gobernar. Lo autoritario se sustituye incesantemente por lo técnico, y no es utópico reducir la máquina política a un regimiento de amanuenses, bajo la dirección de un grupo de sabios, que no representarán una democracia inerte y caótica, sino la única aristocracia útil, la de la competencia.

Y de aquí que, cuando creíamos pasada la época de las vastas revoluciones, el desalojo de los principios económicos comienza a presentar un carácter violento. Nos habíamos olvidado de que para el humano río los Niágaras son siempre posibles. ¿Conocemos acaso los secretos del porvenir, los accidentes del terreno que se extiende entre nosotros y el mar? El desalojo de la propiedad es más serio que el de la

autoridad; ataca el alma de las sociedades, que es su sistema de nutrición. Los gobiernos, insensibles por atrofía, no se hicieron cargo de lo que ocurría, y vieron tranquilamente que el proletariado reemplazaba el arma del sufragio por el arma de la huelga, el sable de madera por el de acero. Fieles a su método de acción, que consiste en no obrar, reconocieron el derecho de la huelga, Y dejaron a los trabajadores asociarse contra el régimen. Mientras las huelgas fueron fragmentarias, simples simulacros, el poder las consideró con un ojo paterno; ahora, ante la huelga general, descubre de repente que el primer amenazado por la parálisis es él. Un gobierno sin ferrocarriles, sin telégrafos, quizá sin soldados, sin agentes de policía, carceleros, verdugos ni ejecutores de ninguna especie, es un gobierno parecido al que ejercemos en la luna. Y lo terrible es que los gobiernos serán así volcados como con el codo, por un alud que no se ocupa de ellos. Tal es su debilidad inocente, que en lugar de sucumbir de vejez, según esperaban, han de sucumbir sin culpa ni gloria, de paso, bajo la mole de la Humanidad en marcha.

Hacia ellos se vuelve el capitalismo, desesperado de no encontrar sino organismos decrepitos donde una centuria atrás había el vigor de herramientas aún en buen uso. Tarde ya, quiere galvanizar las momias, resucitar la autoridad, milagros a los que sólo se atreve Jesús, y eso con cadáveres todavía calientes. El cadáver de la autoridad está bien frío. Y se proyectan legislaciones especiales contra el anarquismo. Se trata, a ejemplo de los suecos, aterrados por la elección de Estocolmo en 1909, de reprimir las huelgas, declarándolas ilegales dentro de plazos convenidos, o si se interrumpen servicios de importancia «vital»... ¡Precisamente los que para el sindicalismo es «vital» suspender! Como si la tremenda lucha fuera un asalto de salón, se pretende marcar las estocadas que «no cuentan». Empeño pueril. Los que tienen el oído fino escuchan desde hace años, cada año más cerca, el fragor de la formidable catarata. Y es doloroso espectáculo el de este racimo de insectos, arrastrados por el inmenso río, y obstinados en detenerlo como briznas que un soplo deshace.

JUECES

«No comprendo —decía Alfonso XIII a un periodista francés—, no comprendo cómo los que se dicen intelectuales y que nunca se atreverían a proclamar un descubrimiento científico antes de verificarlo con centenas de experimentos, condenan en este caso (el de Ferrer) sin buscar informes fidedignos, un juicio llevado conforme a las leyes y que tiene por garantía el honor de los oficiales españoles...». Esta asimilación del rigor científico al rigor judicial es muy propia en el infeliz muchacho a quien amamantaron teológicamente, haciéndole incompatible con su época. Lo gracioso es que se dirigía a un francés; en Francia no se cometen más iniquidades «conforme con las leyes» que en otro sitio, pero se conocen mejor. Sin remontarnos a Calas, encontramos a Pierre Vaux, que después de catorce años de haber muerto inocentemente en presidio, no podía ser rehabilitado por oponerse a ello el artículo 444 del código de instrucción criminal. El rigor científico de los peritos deslumbra en los casos Moreau, Druaux, Cauvin, y sobre todo en aquel proceso célebre en que el grafólogo confundió la letra del acusado con la del juez. En el asunto Dreyfus, el perito Bertillon declara que su convicción de culpabilidad responde a «razonamientos de una certidumbre matemática». ¡Admirable asunto Dreyfus, obra maestra del acaso, inesperado haz de rayos X que hizo transparentes por un momento las tristes entrañas de la sociedad! El asunto Dreyfus nos enseña lo que es la garantía del «honor de los oficiales». Y a la altura del ejército estuvieron la juventud, la prensa, el pueblo y los diputados, que se hacían reelegir, como Teisonière, gritando: «¡Todos los judíos son traidores!», o como Berry: «Sea inocente Dreyfus o sea culpable, no quiero la revisión». El 8 de julio de 1898, la Cámara —una Cámara en que había radicales y socialistas— votó el sacrificio de Dreyfus por unanimidad. ¡Bonita democracia! Al fin la justicia triunfó, me objetaréis. No la justicia, sino la política. Un grupo de republicanos se dio cuenta de que el poder pasaba insensiblemente a la Iglesia, y entonces se resolvió a rehabilitar al judío. Más tarde nombraba ministro a Picquart. Hoy un Dreyfus clerical iría a la Isla del Diablo y quizá no volviera nunca. Si desconfiamos del juez que condena, seamos lógicos, y desconfiemos también del juez que rehabilita.

Cuanto hemos vivido un poco, sabemos por experiencia que todo proceso donde giren grandes intereses políticos, económicos y sociales, se decide por el más fuerte. Sólo en las cuestiones insignificantes observamos esa aparente regularidad que llamamos justicia. ¿Por qué habría de tener privilegios, sobre Francia, España, el noble país enfermo en que se ha olvidado a Pí y Margall, y Weyler es todavía un personaje; España, resignada y satírica, en que corren los proverbios de «no hay mal que cien años dure» y «quien hizo la ley hizo la trampa»; la España que en pleno siglo XIX encendió la última hoguera católica; la España, sin embargo, en que ha nacido Francisco Ferrer? Alfonso pide indulgencia a Europa, como si el drama de

Montjuïc del 13 de octubre fuera el primero. ¿Y las bombas del Liceo de 1893? Se mató conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, a seis infelices, resultando después que el autor del atentado era otra persona. ¿Y la bomba de Cambios Nuevos en 1896? Se aplicó durante meses la tortura a ciento veinte desgraciados, se ejecutó a cinco, conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, resultando después que el verdadero autor era otra persona. ¿Quién ha visto claro en la causa de Rull? En España no le faltaría trabajo a un Zola. Lo malo es que el sucedáneo español de Zola se reduce a Blasco Ibáñez.

Todo esto es conversación. ¿Qué importa que los poderosos juzguen a los débiles según su capricho, o según la ley, que es el capricho de los poderosos de ayer? Hay una injusticia más profunda que violar las leyes, y es cumplirlas a ciegas. Las leyes jurídicas usurpan su nombre. Las únicas leyes reales son las que la ciencia va descubriendo penosamente en el Universo físico, y ninguna de ellas nos autoriza aún a ser jueces de nuestros hermanos. No sabemos lo que es la responsabilidad, ni medirla; ni siquiera sabemos si existe. Lo que sabemos es que nuestros códigos son fútiles y que avanzamos manoteando en la sombra. Por eso Jesús es más sublime que Sócrates, porque supo morir por motivos más altos que el respeto a las leyes.

LA PLUMA

Miro mi pequeña pluma de acero, pronta al trabajo, y pienso un instante:

—Es descendiente legítima del genio más alto de la humanidad, del Prometeo que surgió en una lejana era geológica y robó el fuego de la Naturaleza. Es nieta de los rudos vulcanos que aprendieron a concentrar la llama en hornos de barro, separar el hierro de la escoria y dejar en la fundición el carbono indispensable. Es hija de los forjadores del Asia que descubrieron los efectos del temple, y fabricaron las hojas damasquinadas proveedoras de tronos. En ella hay un átomo de la fatiga y de la angustia de los esclavos que faenaban con los grillos en los pies. Y como está hecha a máquina, veo hundirse en el pasado otra rama de su inmenso árbol genealógico. Ha salido de la palanca y de la rueda, de la mecánica y de la geometría; luce en ella un destello de Pitágoras y de Arquímedes, de Leonardo de Vinci, Galileo, Huygens y Newton. Ha salido del empuje del vapor cautivo en los émbolos. Y si por la metalurgia se emparenta con la química, por el vapor se enlaza a la termodinámica, y a la pléyade de los héroes industriales de la pasada centuria. Para crear la pluma, los mineros enterrados vivos penan en las trágicas galerías, al resplandor tembloroso de sus lámparas. Por ella perecen, asfixiados o quemados por el grisú, aplastados por los desprendimientos, ahogados por las inundaciones subterráneas, o lentamente destruidos por la enfermedad. Y para llegar hasta mí, la pluma ha viajado a través de los continentes y de los mares, ha utilizado todos los recursos de la ingeniería civil y naval; para traérmela, el maquinista, colgado de su locomotora, ha pasado las noches, bajo el látigo de la lluvia, con la mirada fija en el vacilante fulgor que la linterna arroja sobre los rieles, y el maquinista del *steamer*, en la atmósfera febril de las calderas, ha espiado durante un mes la aguja de los manómetros, mientras el piloto consultaba la brújula y el marino interrogaba los astros. Los pueblos y los siglos, las ciencias y las artes, las estrellas y los hombres han colaborado para engendrar la oscura plumita de acero...

«Lo pasajero no es más que símbolo», decía Goethe. Y ciertamente la efímera pluma —tan efímera que por la labor de un día se anquilosa, se oxida y sucumbe— es símbolo de algo; maravilloso ejemplo de la asociación, representa el dominio de nuestra especie sobre la inquieta y amenazadora realidad. No podrían encerrarse en este humilde pétalo de metal tantos esfuerzos, tantos dolores, tantas ideas, tanto espacio y tiempo humanos si no fuese una verdad sublime que hemos domado el planeta, que transportamos la materia con la rapidez del viento y el espíritu con la del rayo; que hacemos uno por uno prisioneros a los salvajes seres sin forma que nos rodean, y nuestros ojos empiezan a medir la distancia que nos separa de otros mundos. No lo dudamos: cuando hayamos conseguido condensar toda nuestra alma, todas nuestras almas en un punto —acaso más exiguo que la pluma de acero— nos habremos apoderado de lo infinito efectivamente. ¿Y qué es nuestra historia, sino la historia de la asociación? Los individuos, las tribus, las naciones, las razas y las

clases se exterminan entre sí. Todavía hoy se llenan de cadáveres los campos de batalla, y se gime en el hospital y en la cárcel, y se tortura y se ahorca y se fusila; y la dinamita lanza su gran grito desesperado... Y ved la pluma de acero, donde se abrazan y se funden esas fieras convencidas de que se odian... No, no nos odiamos aunque nos arranquemos las entrañas, porque el trabajo nos mezcla con una energía superior a las que aparentan dirigirnos, energía gemela de la que hace morderse y herirse a los sexos fecundos. Y mañana seguiremos ensangrentando la tierra, y asociándonos más estrechamente, y por lo mismo ensanchando nuestro poder sobre el universo. Llamad odio o amor a lo que nos precipita los unos contra los otros; ¿qué importa, si nos penetramos y nos confundimos, y la muerte nos renueva? El odio esencial es la indiferencia. No se odian los que creen odiarse ni los que creen amarse, sino los que se ignoran.

¡Oh pluma modestísima, que cuestas una fracción de centésimo y eres hermana de millones de plumas tan modestas como tú, y como tú condenadas a una breve y baja existencia! ¡Yo te respeto y te amo, y me pareces mucho más bella que la orgullosa pluma de águila que recogieron para Víctor Hugo en una cima de los Alpes! Yo quiero morir sin haberte obligado a manchar el papel con una mentira, y sin que te haya hecho en mi mano retroceder el miedo.

UN MONSTRUO

Un desconocido ha regalado un millón de liras al papa Pío X. El caso no es nuevo: hace pocos años que la entonces reina regente de España heredó de un tipo análogo respetable fortuna. Victoria de Inglaterra lo mismo, varias veces. Hay individuos que el trono hipnotiza, que nunca agradecen bastante a los reyes el esplendor de su poder y la majestad de sus figuras tradicionales. Deploran no ser bastardos de algún príncipe. Y nada les enorgullecería tanto como prostituir sus esposas o sus hijas en los rincones de los palacios. Serían felices con el cargo cortesano de *portechaise d'affaires*, en ejercicio bajo los grandes Luises de Francia; este título enigmático designaba un funcionario que, descubierto, espada al cinto y con traje de terciopelo, se encargaba, según cuenta el conde de Hézecques, «de disimular las últimas miserias a que la naturaleza nos obliga». El *porta-silla* entraba al despertar el rey, en cuanto llamaban a la *primera entrada*; pasaba en seguida al guardarropa, cerca del lecho, para ver si no había algo en el pequeño mobiliario, que reclamase su vigilancia o su solicitud (L. G., *Hygiene d'autrefois*). Transportar los bacines del monarca es oficio glorioso.

¡Regalar un millón de liras al Papa! No a un obispado, a una parroquia, a una orden, a una misión, sino al Papa; ni siquiera al Papa, al favorito celeste que conferencia con su Dios en el templo más suntuoso de la tierra, sino al hombre de carne y hueso que habita monumentos incomparables, servido por un aristocrático ejército lacayuno; al dichoso capitalista cuyas propiedades constan en el registro, y que depositará su millón en el Banco. El incógnito donador sabe que la desesperación conduce a los campesinos rusos al canibalismo; que bajo los puentes de Londres se encuentran cada mañana por docenas los cadáveres de los mendigos; que igual que a fines del siglo XVIII, existen suelos desolados «donde el labrador hambriento se echa de bruces, para morder las hierbas que los animales rehúsan»; que no faltan madres pordioseras que abrasan a sus hijos los ojos con nitrato de plata para enternecer al transeúnte; que no tan sólo los miserables, sino los fuertes, el talento y el genio, agonizan bajo el peso de la atrocidad colectiva. Pero ¿qué importa? Lo urgente es regalar un millón a Pío X.

¿Habrá muchos monstruos capaces de obsequiar con un millón al Papa? Por muchos que sean, no dejarán de ser monstruos. La sociedad entera puede ser monstruosa a un tiempo. La normalidad se refugia entonces en el cerebro de Sócrates, en los labios amorosos de Jesús, en los planos pueriles de Colón o en los toscos cristales de Galileo. No es lo normal aquello que abunda, sino aquello que dura. No está la verdad en lo presente, por enorme y brillante que parezca, sino en lo futuro, por débil e indefenso que palpite su germen. El hombre del millón papal, el que ha ocultado su generosidad lo mismo que un crimen, estará o no conforme con el ambiente católico; de todas maneras es un monstruo acabado, digno de nuestra

curiosidad y de nuestro estudio.

Pío X, cuya vida guarde la Providencia, tiene un tocayo apostólico, Pío III, contemporáneo de aquel ardiente y vivaz Renacimiento de las artes y de la libre política, de aquella densa vegetación donde las plantas de más acre ponzoña ostentaban las flores más bellas. Estación tropical de la historia, en que crecieron plenamente sabios universales a lo Leonardo de Vinci, críticos a lo Maquiavelo, cíclopes a lo Miguel Ángel y bandidos a lo César Borgia. Si enfrente de Pío X se levanta hoy el discreto favorecedor del millón de libras, enfrente de Pío III se levantó en la época del frenesí y de los fanatismos Pandolfo Petrucci.

¿Qué hizo Pandolfo Petrucci con Pío III? Pandolfo andaba en antiguo pleito con el Vaticano. Pío III cayó enfermo, quizá sin ayuda ajena. El hecho es que Pandolfo, carácter emprendedor, aprovechó las circunstancias, introdujo en lugar oportuno sus sicarios, y logró hacer impregnar de veneno las cataplasmas que se aplicaban a Su Santidad.

Las relaciones de Pandolfo con el Vicario de Cristo fueron también monstruosas. Sin duda: pero monstruo por monstruo, prefiero a Pandolfo. Hay en él mayor naturalidad y mayor inteligencia.

LA NODRIZA DEL INFANTE

Mi actualidad, a estas fechas, es todavía la resolución que ha tomado la reina de España de no amamantar a su augusto hijo. Esta resolución terrible ha sido comunicada instantáneamente a los más remotos lugares del globo. En el Japón, en el Canadá, en Nueva Zelanda, en Noruega y en Sudáfrica, las gentes se han enterado a las pocas horas de lo que sucedía. No acierto lo que habrán hecho al enterarse; en cuanto a mí, he caído en profundas reflexiones. Por más que se diga, los reyes son aún personajes trascendentales. Es inútil que el sentido común advierta que un rey es menos hombre que los demás, porque es un prisionero de la protección y de la farsa; no consigue el público despreciarles o compadecerles, ya que les paga y les aguanta. Un rey continúa siendo algo notable.

¿Qué extraño que el pueblo español se preocupe por la leche de su soberana, si menos de un siglo antes adoró de rodillas a un canalla vulgar, Fernando VII? Pero no se trata de España. ¿Acaso no ha sido locamente festejado Alfonso en París, en las mismas calles donde el zar, cobarde y siniestro fantoche, fue recibido en triunfo? ¿Acaso los ingleses, a cada momento, no limpian devotamente el polvo a los viejos trastos y disfraces de sus carnavaladas palaciegas? ¿No ambiciona Guillermo, el emperador ómnibus, pangermanizar la tierra? ¿No llovieron de todos los países, a la preñez de Ena, felicitaciones sobre el espermatozoide real que salvó la dinastía? Al nacimiento del vástago, ¿no se disputaron Eduardo y Pío, Inglaterra y el orbe católico, el puesto de primer maestro de ceremonias? El buen Max Nordau creía, a los veinte años, que no transcurrirían treinta sin que se desplomara el último trono europeo. «Me equivoqué», declara recientemente. Sí, nos engaña el sentido común; tenemos reyes para un rato.

¡Qué pequeño es el sentido común delante de la vida! Los nueve décimos de la humanidad no han salido de la esclavitud, y queremos que esa hambrienta carne se ofrezca el lujo de filosofar a imitación nuestra. Nos figuramos que lo absurdo no es viable, y que la inteligencia es una energía. Porque vemos en los reyes a unos mediocres cómicos, subvencionados por la resignación de la masa, pretendemos que la masa nos escuche y vea igual que nosotros. Como si la masa no fuera esencialmente religiosa, es decir, sujeta al poder de los signos. Mucho después de que hayan perdido toda influencia, directa o no, sobre la marcha de las naciones, los reyes subsistirán en calidad de signos externos. Hay algo que dura más que lo útil, y es lo inútil. Hay ciertos cadáveres que no se van, ciertas fórmulas que no se suprimen. Hay inscripciones fúnebres imborrables. Hay cosas muertas que se cuajan para siempre. El pasado de las especies extinguidas archiva su forma fosilizada en las entrañas del suelo; hasta los excrementos hallan su estatua. La piedra inmortaliza la nada. Manías estériles del destino. ¿Cuándo se desvanecerán del pecho viril los pezones sin jugo? ¿Cuándo huirán definitivamente las coronas y las cruces? Hoy seguimos, y seguiremos mañana, elevando templos a los dioses difuntos; seguiremos respirando el

vacío, y vistiendo momias.

La lactancia alfonsina es, por lo tanto, de interés capital. La nueva nodriza del príncipe de Asturias se ha convertido en un funcionario de alta categoría. Cuando la excelente mujer vuelva a su aldea, ¡con qué ansiedad oirán la fantástica aventura parientes y vecinos! Contará la heroína de qué manera unos señores de gafas de oro la examinaron los más íntimos repliegues del cuerpo, para atestiguar que no se contaminaría la patria. Contará la unción con que presentó la ubre plebeya a los labios de S. M., y el hijo a quien se privó de ella se sentirá cubierto de honor, y soñará con la gloria de que lo fusilen más tarde, sirviendo al rey. Respetemos emociones tan puras, tan arraigadas y antiguas. Reconozcamos la debilidad de lo que sólo es lógico y razonable. Lo razonable ha nacido evidentemente del hombre, y carece del prestigio de lo disparatado, de lo que se ignora de dónde nació. El disparate es el misterio; vino de la naturaleza o de Dios; con la edad se hace sagrado. Engendrado por el abismo y defendido por el tiempo, ¿quién lo atacará?

Respetemos asimismo el cambio de teta cuestionado. La reina, que herida por la gracia, iluminada por el Espíritu Santo, renunció a las herejías protestantes para abrazar la fe romana, edificando a tantas almas piadosas, hace bien en no amamantar al probable Alfonso XIV. No sienta a una reina dar el seno a un niño. Estas frivolidades no son dignas del cetro.

MARRUECOS

Felicitémonos. Una vez más triunfa la civilización.

Francia ha tenido la buena suerte de que mataran los moros de Marrakech al doctor Mauchamp. En estos casos, la víctima es siempre un sabio, un artista, un valiente explorador, algo, en fin, civilizado en extremo. No caen tales gangas todos los días. No se encuentran al volver la esquina tan bellas ocasiones de que la civilización se venga y resplandezca. Los exploradores, sabios y misioneros que a guisa de cebo usan las potencias en la pesca colonizadora no suelen perecer con oportunidad. ¡Ay! ¡Qué no daría Inglaterra por el asesinato de un par de doctores ingleses en un rincón de Asia o de África!

Es claro que en los países civilizados no se asesina a nadie. Si se comete un homicidio, es por razones civilizadas. Supongamos que matan en Berlín al doctor Mauchamp, y que los criminales no aparecen. ¿Mandaré Francia sus buques de guerra a bombardear los puertos alemanes? No tendría semejante medida sentido común.

Pero en Marruecos, es decir, en una región rica y mal defendida, es muy distinto. La civilización entonces habla con arrogancia, alto, y sobre todo lejos. Los cañones civilizan a dos leguas de alcance. En Casablanca han muerto los marroquíes a centenares. Los infelices, con sus espingardas y sus malos fusiles viejos, vendidos por la civilización a medida que los fusiles nuevos le permiten herir a mayor distancia, estaban demasiado mal armados para hacer respetar su tierra y sus costumbres. Mejor armados, quizá podrían tener razón. Mejor armados aún, podrían fundar colonias en la costa francesa —no sería la primera vez que los árabes habrían puesto el pie en Europa— y conquistarían el derecho a mostrarse extraordinariamente susceptibles con las agresiones en Francia contra doctores marroquíes.

El único criterio que nos sirve para comparar y juzgar de civilizaciones es el siguiente: tanto más brutal y perentoriamente me dejes fuera de combate, tanto más civilizado te reconozco. El más civilizado es el que ha empleado con más éxito su voluntad y su inteligencia en inventar y manejar aparatos de destrucción fratricida, el que supo desde niño, desde que entendió a su madre, cultivar los instintos feroces necesarios a la matanza, y los instintos abyectos necesarios a la ciega disciplina guerrera. Puesto que en Casablanca —¡salud, general Drude!— hemos cazado a los bereberes, desde el mar, como a conejos, es que los civilizados somos nosotros. Apenas el Japón ahogó en sangre a trescientos mil labriegos rusos, nos desplomamos de rodillas ante la maravillosa civilización japonesa, y si China aplicara un definitivo puntapié a los ponzoñosos europeos que la pican y chupan, nos guardaríamos en lo sucesivo de burlarnos de la intelectualidad celeste. Haríamos también el reclamo a la sabia administración de los chinos vencedores.

Fácil es, en los sesudos diarios parisienses, en los que con más exquisita solicitud espían los apetitos del público burgués para halagarlos, seguir la vanidad patrioter

bajo la cual se oculta la codicia nacional. Los rentistas chicos y grandes y medianos, que después de tomar el café y el *petit verre* verifican sobre el mapa los heroísmos que les telegrafió el periódico, piensan lo mismo que los *rond de cuir* prendidos al interminable artefacto de la burocracia, que detrás del hierro va el oro, y que las hazañas de Casablanca representan negocios que emprender y explotar. La ametralladora abre paso al banquero, y la bayoneta a la segunda tropa de corredores y caballeros de industria ultramarina. Mas no es preciso leer *Le Temps*. *La Revue des Deux Mondes*, el solemne órgano de la ciencia oficial, el insondable charco de erudición académica en cuyos bordes beben asnos temibles, se frota las manos al igual del último agiotista y se congratula hipócritamente de los mortíferos beneficios de la civilización a lo Krupp. ¡Qué alegría indecente al recordar las innumerables bajas indígenas! ¡Qué mal disimulada cobardía ante la probabilidad de que Drude se envalentone y se arriesgue a alguna aventura en que los luchadores de Marruecos hallen desquite! ¡Oh! Cumplamos las convenciones de Algeciras; no inquietemos a las demás naciones civilizadas, no avancemos al interior, no perdamos el apoyo de los cruceros, no sea que estos bárbaros, al fin y al cabo atrevidos, nos arrimen una buena y resulten más civilizados que nosotros.

Pero el colmo de la verdadera barbarie es el pasaje en que la grave revista se queja de que los franceses no hayan ganado cierta —no mucha, ¡cuidado!— posición en Casablanca, lo suficiente para no haber sufrido que los marroquíes recogieran sus muertos. ¿No distinguís, entre los correctos labios del circunspecto y archicivilizado cronista, relucir los colmillos del chacal?

Por dicha, por esperanza, no es la Francia toda la que así reflexiona y siente. Debajo de la Francia legal y representativa que con tanto cinismo descubre en su política exterior la baja moralidad que en la política interior es regla secreta, hay otra Francia. Debajo de cada pueblo aparente de Europa hay otro pueblo, y estos pueblos subterráneos, todavía silenciosos, que crecen en la sombra, son un pueblo solo. Uno solo, hasta con las plebes humilladas y fanatizadas de Marruecos.

EL BANDIDO GENEROSO

Donde las gentes honradas se mueren de hambre y queda todavía en la casa un resto de vitalidad, se declara el bandolerismo. Esto ha pasado y pasa en muchas regiones europeas. La Calabria nos dejó ejemplos ilustres; ahora Andalucía renueva los pintorescos laureles de José María, Diego Corrientes y los siete Niños de Écija. Casi olvidado Musolino, tenemos al *Vivillo* y a su famoso lugarteniente Pinales, entregado, según rezan los telegramas, por un quijotesco denunciador que no acepta recompensa alguna del gobierno. El gobierno insiste, y en verdad que fue grande el servicio prestado a las autoridades exasperadas, puestas cien veces en ridículo gracias a la temeridad de doce o quince revoltosos.

La partida del *Vivillo*, durante años dueña de la campiña andaluza y hasta de ciudades, hallaba abrigo en los innumerables escondrijos de las sierras, pero fundó siempre su oculta seguridad en la complicidad de las poblaciones. Baste decir que se paseaban los bravos en plazas y ferias, y que hacían política. Los miserables simpatizan con los bandidos generosos. *Vivillo* lo es: nada sanguinario, excelente padre de familia, desempeña gravemente sus funciones providenciales. Desvalija al rico, socorre al necesitado; le adoran, y con razón. Por medio de él se cumple, aunque no del todo bien, la justicia. Restituye a medias, mas al fin restituye. Robar, en tal caso, redime. No es extraño que otro facineroso andaluz, tiempo atrás, recibiera el apodo de *Cristo*. Y ¿acaso el mismo Cristo no entró en el paraíso acompañado del buen ladrón?

Pinales, más bruto que su jefe, tiene varias muertes de que arrepentirse, la mayor parte, es cierto, hechas en defensa propia. Es también bandido generoso. He aquí una anécdota entre mil: «El 22 de marzo de 1907 se metió, buscando refugio, en un cuarto habitado por una vieja; ésta, ignorando de quién se trataba, se puso a contarle sus penas: la iba a expulsar su propietario, a quien debía la suma de trescientas pesetas. Sin decir una palabra Pinales salió, montó en su caballo, y se fue derecho a donde vivía el dueño, a quien, por la violencia, obligó a entregar trescientas pesetas. Después volvió a casa de la pobre mujer, y le dio el dinero, diciendo simplemente: tome para pagar su deuda. En seguida se alejó, dejando que su favorecida se deshiciera en agradecimientos». Este es el hombre no sé si preso o muerto por la guardia civil. Es de esperar que el *Vivillo* viva aún, siquiera por la fuerza del mote, y que continúe gobernando unas cuantas provincias.

Parece, en efecto, conveniente el bandolerismo, por lo menos en España. Ciertos excesos de miseria pública y de corrupción parlamentarias provocan y exigen una compensación extralegal. El bandido generoso corrige la defectuosa administración de los bandidos oficiales. Introduce una distribución más equitativa de la riqueza. Cierto que para ello establece la coacción y el robo, pero lo mismo hace el Estado. Todos los Estados, empezando por Roma, nacieron del robo. Todos ellos subsisten del robo. ¿Qué es el robo? ¿Quitar lo ajeno contra la voluntad del poseedor? No veo

que se cobren los impuestos con el beneplácito del contribuyente. Si se cobran, es merced al terror de las bayonetas. El pretexto será respetable, no lo dudo; se necesitan fondos para defender la patria, etcétera; confesemos que tampoco es detestable robar al ahíto mercader con el fin de dar un pedazo de pan al hambriento.

El bandido generoso gobierna de un modo irregular. Su tribunal, ambulante y perentorio, recuerda a Don Quijote, poco amigo de mercaderes. No deja de ser algo significativo aquel encuentro del inmortal Hidalgo con el bandolero Roque Guinart. Se admiraron mutuamente. Es que ambos tipos habían sido engendrados en la infeliz y ensangrentada tierra, feudo de los Austrias. Ambos representaban la protesta del espíritu libre contra la explotación metódica de los cortesanos y de los obispos. Don Quijote profesa un ideal demasiado alto, futuro; el ridículo rompe las alas de su genio a cada paso. Guinart, como su digno descendiente *Vivillo*, es más real, más visible. No cabalgan en escuálidos Rocinantes, sino en potros magníficos; sus armas son modernas y temibles. Signo definitivo: las mujeres se enamoran perdidamente de ellos. Son la vida, la alegría, la belleza sana. Encarnan este fenómeno único: su acción social, puramente económica, está profundamente impregnada de poesía.

Si el bandolerismo español se extendiera y organizara, el país gozaría de un equilibrio bienhechor. De un lado el gobierno; de otro, en los montes, un ejército intangible de salteadores altruistas, encargados de crear una contracorriente monetaria del rico hacia el pobre: en medio la multitud, obediente al Estado, y encubridora fiel del bandido generoso. Todo sin asesinatos ni ejecuciones. De arriba, impuesto al proletario; de abajo, por intermedio del buen ladrón, impuesto al capitalista sorprendido. ¡Programa tentador! Pero me temo que esos andaluces sean poco prácticos.

FECUNDIDAD

En los últimos telegramas del extranjero viene una noticia importante. Se trata de una buena señora que desde hace años no pare más que gemelos. Es joven aún, y ya tiene veinticinco hijos.

Lejos de mí el propósito de quitarla méritos, pero hay que ser justo. Una sola hembra de *Hyphantria* produce 125 000 orugas en una estación, según los datos que tomo de la reciente obra de H. de Varigny; el arenque deja de 20 000 a 80 000 huevos; el lenguado, de 500 000 a 800 000; la sarda, de 600 000 a 700 000; la pescadilla, de 200 000 a 800 000; la platija, de 100 000 a 150 000; el rodaballo, de ocho a nueve millones; el bacalao, de cuatro a siete millones; la truchuela, de diecisiete a treinta millones.

Todos estos animalitos están con el primer Evangelio de Zola. Han hecho voto de fecundidad. Lanzar a pares los individuos al mundo es muy bonito, mas no comparable con los siete millones que suelta el bacalao. En el voto de castidad los bichos nos ganan igualmente. No existe entre nosotros pureza sexual parecida a la de las hormigas obreras.

Tales cotejos podrían dar a entender que la fecundidad y la castidad son cosas fatales, independientes de nuestro albedrío. Quizá no sea así. El hombre influye sobre la marcha de su especie un poco más que en los eclipses de luna o en la temperatura del sol. Es capaz de torcer la trayectoria de las poblaciones en un poquito mayor escala que la trayectoria de los astros. Sin embargo, confesemos que algo ayudan a la castidad ciertas enfermedades y la vejez. Abelardo estuvo en espléndidas condiciones para evitar la lujuria. No es hacedero a cualquiera dar a luz de dos en dos. Deben colaborar los órganos involuntarios en tan sorprendente fenómeno.

Observaremos que la buena señora de quien hablo se entrega a los partos dobles porque quiere. Seamos claros: no basta querer, pero bastaría no querer. ¿De qué nos serviría la ciencia, sino para corromper a la naturaleza? Sería fácil a la buena señora defraudar las intenciones de su organismo. No lo hace, y en ello reside su virtud.

Pienso en el buen padre de los veinticinco hijos. Existe, no lo dudéis; es único, y además legítimo. Semejantes proezas no se llevan a cabo fuera del matrimonio. ¿Por qué no hay alabanzas para el marido, y se atribuye lo entero de la hazaña a la esposa? ¡Ah!, es que los sabios moralistas son muy desconfiados, y la paternidad, como ha dicho Goethe, es cuestión de confianza. En la maternidad no hay duda. Enviemos no obstante una felicitación *sub conditione* a los anónimos gérmenes, y recordemos que mientras el voto de castidad es egoísta, el de fecundidad exige por lo menos un cofrade para cumplirse. Es de índole social, y por eso está a la moda.

Tal vez sea más moral que el otro, más doloroso, pues si la moral no consiste en aprovechar el dolor, ¿en qué consiste? Un parto doble no ha de ser excesivamente divertido, ni para la paciente, ni para los que esperan turno en la aduana, ni para el médico. Si los candidatos se presentan de cabeza, menos mal, pero si pretenden

desembarcar de pie, y asoman dos o tres pies a un tiempo, se comprende la angustiosa incertidumbre del doctor, señalada en los tratados de obstetricia y no siempre en ellos remediada.

Pero esto es el inocente prólogo. Lo serio viene después. Nacer o morir no es nada: durar es lo terrible. ¿En qué estrato económico han aparecido los 25 000, perdón, los 25 pequeñuelos copiosamente engendrados por la buena señora? ¿Son ricos? ¿Qué fortuna resiste tanta partija? ¿Son pobres? Es probable. Pobres y desgraciados, y por lo mismo de casta prolífica. Si la truchuela pone treinta millones de huevos, es porque están condenados a perecer casi todos antes de lo justo. Viva la madre, y verá sufrir a los numerosos pedazos de sus entrañas; los verá sucumbir desesperados bajo la feroz fraternidad humana. Creerá haber criado vida donde sólo crió dolor. Y he aquí lo meritorio: multiplicar el dolor, multiplicar la rabia sublime que empuja hacia delante esta abrumadora máquina del universo.

LOTERÍA

En la Argentina, en el Uruguay, en España, llueven los millones. El Estado talla, traficando con la corrupción pública. ¿Por qué no monopoliza también el alquiler y venta de mujeres? La prostitución daría grandes entradas al Erario, y afianzaría el Poder Administrativo. El gobierno es tanto más sólido cuanto más débiles y viciosos son los ciudadanos.

No seamos injustos con el vicio, que suele llevar consigo gérmenes de poesía. La degradación no está reñida con el ensueño. Baudelaire sabe que el mal tiene sus flores, y no las menos bellas. En el azar que enriquece o despoja hay una elegante anarquía, un desafío satánico a las leyes económicas. Firmar el contrato de la propia ruina es original; adquirir de pronto una fortuna, sin trabajo y sin mérito, y sin la amenaza del gendarme, es maravilloso, lírico y libertador. Agradecemos a los Ministerios de Hacienda, Casas de Hadas, esa consagración oficial del juego, esa distribución de un poco de ideal barato a la ingenua multitud.

¡Lástima que sea tan barato! El prosaísmo oficinesco ha desfigurado el drama del tapete verde. Imagino cosas que alguna vez fueron ciertas: naufragos en un bote, en medio del mar sin orillas, locos de hambre y de sed. Lo humano y lo razonable sería que los tripulantes fuertes devorasen a los inútiles, para prolongar la resistencia. No: los naufragos son posteriores al 89, y profesan la igualdad de los derechos cívicos.

En vista de ello se sortean, aunque los favorecidos, doblemente caníbales, se coman al piloto. He aquí la tragedia del juego en todo su esplendor romántico. Otros naufragos, agarrados a la mesa del bacará, sortean su destino y su honra, siempre con arreglo a la Constitución. Y en el espectáculo de estos vanos espectros perdidos en el océano de las ásperas realidades, y condenados a retardar la catástrofe final despedazándose equitativamente, palpitan aún sombríos fulgores funerarios.

Pero ¿qué resta del poema byroniano en la burguesa lotería, entretenimiento de solteronas después de cenar? Jugaditas cada semana o cada mes; partida de gastos varios: la lotería figura en la columna del teatro o de los cigarrillos.

¡Adiós riesgo del deshonor, de la miseria, del suicidio! ¡Adiós desesperación, dignidad y hermosura! La lotería nacional es la parodia, la caricatura doméstica de una pasión libre: codicia de pirata convertida en ratería de lacayo; hazaña de escaleras abajo, envilecida por la protección; libertinaje de Don Juan, reducido a onanismo metódico y prudente.

¡Oh, burocracia! ¡Oh, fealdad! ¡Aventuras enjauladas por la higiene, torres de Babel aseguradas de incendio, nerones de levita usurera, milagros con tarifa; reos a quienes se toma el pulso, lujuria desinfectada, loterías benéficas, progreso, en fin! Los moralistas escarban la uniforme corteza hipócrita de la democracia; subterráneos los arroyos negros de la maldad huyen. Y como las altas estrellas no reflejan en el barro endurecido su temblorosa imagen, los poetas lloran.

BUENOS AIRES

El amanecer, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la avenida de Mayo; la vuelta al dolor, la claridad lenta en la llovizna fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente, el espejo donde todo resbala y huye, los muros mojados y lustrosos, la gran calle pétrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hombre...

Chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos, con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin aliento, cargados de *Prensas*, corren, débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoísmo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de rematadores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mañana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo, y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inatacables, inaccesibles.

Allí están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita en el plato de China, el champaña que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allí descansan en nidos de tibios terciopelos las esmeraldas y los diamantes; allí reposa la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda y las sedas de Oriente y los encajes de Inglaterra; allí se ocultan las delicias y los tesoros todos del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo y la angustia y el suicidio anónimo.

Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venía oblicuamente, escudriñando el suelo. Un gorro pesado, informe, le cubría, como una costra, el cráneo tiñoso. La piel de la cara era fina y repugnante. La nariz abultada, roja, chorreante, asomaba sobre una bufanda grasienta y endurecida. Ropa sin nombre, trozos recosidos atados con cuerdas al cuerpo miserable peleaban con el invierno. Los pies parecían envueltos en un barro indestructible. Se deslizó hasta mí; no pidió limosna. Vio una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. Contemplé aquellas manos bien dibujadas, en que sonreía aún el reflejo de la juventud y de la inteligencia; contemplé aquellos párpados de bordes sanguinolentos, entre los cuales vacilaba el pálido azul de las pupilas, un azul de témpano, un azul enfermo, extrahumano, fatídico. El viejo

—si lo era— encontró algo... una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada con la saliva de algún perro. Las manos la tomaron cuidadosamente. El desdichado se alejó... Creí observar, adivinar... que su apetito no esperaba...

¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano.

EL ROBO

He oído hablar de un robo reciente. Sin invitación previa, los ladrones entraron en la casa, abrieron el baúl y se llevaron algunas joyas, dejando intacto un número de papeles manuscritos, notas, borradores de literatura y de matemáticas, el fruto de dos o tres años de vida intelectual. El hecho en sí no tiene nada de notable, ni sería justo echar en cara a los rateros su poca afición a los desarrollos de la idea pura. Cada cual en su oficio. Pero es precisamente lo vulgar de un fenómeno lo que debe inclinarnos a la meditación. No es el azar, sino el orden lo que debe maravillarnos. No es milagroso lo que ocurre raras veces, sino lo que siempre ocurre. Y figurándome filósofo al dueño de las joyas robadas y de los papeles perdonados, le filosofaría en estos o semejantes términos:

—Si te hubieran quitado tus cuartillas queridas, cansadas aún de tu mano febril y vacilante, llenas de surcos negros, de tachaduras —¿te acuerdas?, gestos de rabia o de triunfo—; si te hubieran quitado las compañeras de tu soledad agitada, las hijas y herederas de tu pensamiento, darías por rescatarlas tus joyas y tus vestiduras y el lecho en que descansas. Y ves que no te han hecho padecer tanto como pudieran, y que no es necesaria a la felicidad de los que nos parecen malos toda la desdicha de los buenos. Y sentirás que tus cuartillas, arraigadas en ti, son en verdad *tuyas*, mucho más tuyas que tus joyas y que tus muebles. Y advertirás que los ladrones buscan lo que es menos tuyo, y rechazan lo tuyo de veras, lo que por serlo pierde su precio y su virtud apenas sale de tu voluntad y dominio.

Admitirás entonces que no son las joyas de tu propiedad legítima, sino de quien las hizo, igual que son de quien los escribió los papeles que guardas. El palacio pertenece al arquitecto, y la tierra a quien la fecunda y embellece. Sólo es nuestro lo que engendramos, lo que por nosotros vive, lo que como padres no repudiaremos nunca; sólo es nuestro lo que sólo con nosotros resplandece y obra. Y he aquí que el oro inerte, anónimo, el esclavo que a todos sirve, no es de nadie, o es de todo el mundo. El oro y el aire y el agua y el cielo no son de nadie, porque no son humanos; tu joya tiene dueño, no por ser de oro, sino por ser joya, porque un hombre al cincelarla retrató en ella la imagen fugitiva de su espíritu.

Robar el oro es un acto indiferente. Nosotros lo castigamos, lo llamamos delito. Esto es una monstruosidad, una locura. Nos volvimos locos el día en que pagamos con oro al que hace una joya y al que escribe un libro. ¿No comprendes que no hay equivalencia posible entre un pedazo de metal y un pedazo de alma? La base de la sociedad es una inmensa mentira, un tráfico ilusorio entre cosas intraficables. Nada profundamente nuestro es susceptible de abandonarnos. Vende tus cuartillas, y cuenta tus monedas, mas no juzgues que lo que creaste cesa de ser tuyo, ni que ese dinero pasó a serlo. Te está permitido únicamente darte, no cambiarte. Los ladrones no te hurtaron nada, y nada te entregan los que te abonan tu salario.

Los ladrones, pues, no son culpables. Si sacaran un vaciado en yeso de las joyas,

para el artífice que las ejecutó, y se quedaran con el oro, harían un gran bien. El robo suele restituir. Sin embargo, mételos en la cárcel. Conviene que sufran, y que sufran también otros infelices: los carceleros. Conviene que el dolor absurdo remueva el fondo de las conciencias, y que se hinche siempre la ola vengadora.

LA CONQUISTA DE INGLATERRA

¿Se aman los hombres más que antes? ¿Se aman siquiera algo? Preguntas sin contestación posible. Hoy, lo mismo que ayer, goza el odio una autenticidad negada al amor. Todos sabemos que no son las malas pasiones las que se falsifican. La desconfianza, la crueldad y la concupiscencia siguen siendo los movimientos espontáneos del alma. Mas tal vez ponemos mayor energía y mayor ingeniosidad en disfrazarlos. Tal vez conseguimos imitar mejor la virtud. Tal vez modelamos en el lodo maloliente de nuestros instintos estatuas más perfectas de la piedad. Y este afán artificioso de representar lo que no existe y esta necesidad de introducir en las costumbres mil prácticas hipócritas demuestran precisamente la realidad de una vida superior. Nuestra bondad, de dientes afuera, quizá anticipa gritos sinceros; nuestras fórmulas generosas, figuradas y sin cuerpo como los planos arquitectónicos, quizá retratan la ciudad futura.

Dice Lamartine que el ideal es la verdad a distancia. El ideal es la mentira, pero la mentira que cesará de serlo, la mentira-verdad, la mentira-germen. Y por una curiosa ley, preceden a la encarnación del ideal preparativos materiales cuyo verdadero destino nadie sospecharía. Así el pájaro primerizo ignora por qué un anhelo irresistible le empuja a buscar y reunir las briznas de su nido. Creerá que lo que le impele es codicia de urraca y no ternura de tórtola. Así gentes pasadas ignoraron que al hacer la guerra fundaban la paz, que al destruir cimentaban, y que con sangre fecundaban el mundo. Así ahora, ante el hecho universal de la disolución de las fronteras por obra de las grandes compañías de comunicaciones y transportes, podríamos concluir que no se trata sino de ganar dinero, cuando en el fondo se trata del advenimiento enorme de la solidaridad humana.

Los pueblos que eligieron para defender su territorio cordilleras heladas, ríos traidores y mares infranqueables, trabajan en romper la cárcel de la naturaleza. No hay ya precipicios bastante profundos ni rocas bastante inmensas para detener la civilización. Donde las hordas feroces retrocedían, continuamos nosotros el camino. No pasarán muchos años antes de que hayamos puesto el pie o la quilla en los últimos rincones del planeta, ni antes de que nuestra palabra se oiga a un tiempo, semejante a la de Dios, en todas partes. La ciencia nos acerca y aprieta unos con otros, por mucho que nos aborrezcamos. La inteligencia nos unifica y nos funde; era la ignorancia la que nos separaba. Y las ideas, las únicas católicas en el sentido etimológico del vocablo, las ideas nacidas del hecho experimental y no del terror religioso, han perforado los Alpes y van a construir el túnel bajo la Mancha.

Inglaterra había proclamado que no sólo ella, sino que cada inglés era una isla. Su política tradicional era la del *soberbio aislamiento*. No esperó a Ibsen para sentar que el más fuerte es el que está más solo. El ejército permanente de las olas atlánticas se encargaba de volver inaccesibles las costas y de asegurar la independencia nacional. Siempre rechazó Inglaterra el túnel, en tantas ocasiones proyectado, que la atara al

continente. Y por fin se nos asegura que cederá, y que la nación orgullosa por excelencia tenderá la mano al resto de Europa. La isla se convertirá en península. Un istmo misterioso la unirá a otros suelos, y unirá la raza robusta y desdeñosa a otras razas. El juego fatal de los intereses económicos ha vencido los antiguos resabios, y mezclará elementos sociales aún enemigos creando la continuidad de la tierra firme. El oro conquista a Inglaterra. El oro, hijo de la avaricia, padre de la envidia y de la desesperación, gran envenenador de conciencias, amalgama las carnes. El oro, con la tiranía que heredó de la espada, aparta los espíritus y junta los cuerpos.

Y cuando el oro haya desaparecido al igual de la espada, cuando se hayan desvanecido las mezquinas emociones que cual andamiaje fútil acompañan a la acción incalculable del capital moderno, quedará el edificio levantado por el mal para que el bien lo habite. Se irán las empresas infames, los *trusts* abrumadores, los propietarios de todo género, engrandecidos con el robo y con el ejercicio de la esclavitud, pero dejarán al porvenir sus minas abiertas, sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus puentes y sus túneles, sus máquinas poderosas, sus instrumentos delicados, el tesoro entero acumulado por la rapiña para que generaciones menos despreciables lo usen y multipliquen noblemente. El amor entonces hallará dispuesto su nido, y no le importará conocer con qué intenciones fue preparado. Las heridas de la espada y del oro serán surcos donde germinarán las plantas nuevas.

LA JUSTICIA

Dar a cada uno lo suyo. Sí, pero ¿cómo se sabe lo que hay que dar? Aunque imagináramos costumbres justas, ¿cómo practicarlas justamente? Aunque tuviéramos leyes justas, ¿cómo interpretarlas? Apenas conocemos, por ráfagas, nuestra propia conciencia; la conciencia ajena es la noche. Cometamos de una vez la suprema injusticia de no ver las intenciones; juzguemos los hechos. Los hechos también son la noche. ¿Cómo restablecer la realidad física de un episodio social? No podemos averiguar el tiempo que hará mañana, y queremos definir los remolinos misteriosos de la vida. En la selva inextricable de los apetitos queremos encontrar el testimonio incorruptible. Queremos, para iluminarnos, hacer comparecer a las sombras; para convencernos, hacer declarar a la hipocresía; para no ser crueles, citar a la crueldad; para sentenciar contra los hombres, oír a los hombres. ¿Dónde está la verdad? ¿Está en el silencio de los que dejaron crujir sus huesos dentro del borceguí inquisitorial, o está en las confidencias del acusado a la moda? Los inocentes se alucinan, y confiesan crímenes que no han hecho. ¿Qué mayor gloria para un abogado que la de salvar a un bandido? Nos quejamos de la lentitud de los procesos: si los jueces fueran absolutamente justos y medianamente razonables, no se atreverían a fallar nunca.

Ilusionémonos con que nuestras leyes fueron justas ayer, y soportémoslas hoy, mas recordemos que la moral es distinta según la época y el sitio, y que no cabe la ilusión de que la justicia presente no sea la iniquidad futura. Demasiado débiles para las responsabilidades de la hora actual, lo somos mucho más para las responsabilidades del porvenir. Las consecuencias de nuestros actos son incalculables. Lo infinitamente pequeño aterra. El problema fatal lo penetra todo. No caminemos un paso por no aplastar al laborioso insecto. No respiremos por no quitar su átomo de oxígeno a pulmones venerables. La duda nos amordaza, nos ciega, nos paraliza. Lo justo es no moverse. El justo, como el fiel de la balanza simbólica, debe petrificarse en su gesto solemne. Resolverse a no hacer el mal es suicidarse, y sólo los muertos son perfectamente justos.

Para volver a la Naturaleza, soberbiamente injusta, forzoso es elegir entre la clemencia y la ferocidad. Para existir, Dios se hizo a ratos despiadado, y a ratos misericordioso. O verdugos o víctimas. Perdonar a unos es castigar a otros, y la tiranía está hecha de servidumbres. Sancho Panza, por cuya boca solía hablar la sabiduría del inmortal caballero, no gobernaba su ínsula igual que Nerón gobernaba Roma, pero ambos son humanos. La sociedad completa el destino fisiológico de las criaturas. La injusticia de las civilizaciones prolonga la injusticia fundamental de la especie. Por el único crimen de nacer, unos nacen débiles y enfermos y otros robustos; unos inteligentes y otros idiotas; unos bellos y otros repugnantes. Algunos están ya condenados al asco y al desprecio en el mismo vientre de su madre; algunos ni siquiera nacen vivos. Nosotros hemos añadido algo a todo eso; por el único crimen de nacer hemos conseguido que unos nazcan esclavos y otros reyes; unos con el sable

y otros bajo el látigo.

Nuestra justicia obra porque es esencialmente injusta. Se apoya en la fuerza armada. Su prestigio es la obediencia de los que no tienen fusil. Su misión es conservar el poder a los que lo gozan. Su objeto, defender la propiedad. ¿Por qué indignarse de la venalidad de los magistrados? Ceden a la energía soberana según la cual está organizada la humanidad moderna: el oro. Emplean en su pequeño mundo el espíritu universal. Cuando se acerquen siglos mejores corromperemos los tribunales por medio de nobles ideas y hermosas metáforas. Mientras tanto, no lloremos demasiado las injusticias que nos hieren; no nos lamentemos sin medida del brazo brutal que nos sacude, de la calumnia que nos envenena. Las injusticias extremas son útiles; ellas, sembradoras de cóleras sagradas, han despertado el genio, han revolucionado los pueblos y han fecundado la Historia.

EL LOCO

Se escapó un loco del manicomio. No se lo censuremos; un cuerdo en su lugar hubiera hecho lo mismo. La policía se alarmó; un loco suelto por una ciudad de trescientos mil cuerdos es caso grave. Se ha visto a un solo energúmeno levantar países enteros, derribar tronos y fundar religiones. El Mullah loco inquieta a Inglaterra justamente. Es un loco rebelde, que quizá no se satisface con romper las cadenas de la lógica, mientras que el rasgo característico de la cordura es someterse a la autoridad. Así el loco puede alegrarse y nuestra cordura nos entristece y nos pesa y a veces la perderíamos con gusto. La policía, pues, buscó al loco.

Los comisarios sabían de él tres cosas: que usaba lentes, que llevaba pantalón blanco y que estaba loco. Recorrieron los teatros, juzgando que era natural encontrarlo allí, y al cabo vieron entre el público del Casino a un sujeto de pantalón blanco y de lentes. Era «él». Se le hizo salir de la platea y lo arrastraron a la comisaría, donde se puso en claro que no era «él», es decir, que se llamaba de otro modo. Se le pidió disculpa y se le dejó libre.

Estos hechos son instructivos. Encaminan a la meditación. Pronto se advierte cuán precipitadas son las recriminaciones de que se ha hecho víctima al comisario engañado; ¿de qué se le acusa? No será de no haber utilizado correctamente los tres datos que tenía. Dos de ellos eran verificables, el tercero, no. Nada más fácil que reconocer si un individuo lleva lentes y pantalón blanco; nada más difícil que reconocer a simple vista si está loco. El comisario aplazó con acierto el último problema, problema arduo porque los manicomios están llenos de personas que no se sabe a punto fijo si están cuerdas o no lo están. El señor detenido, que era profesor agrónomo, debe considerar que de no detenerle a él, tampoco detendrían nunca al demente verdadero, y nos confesará que si le soltaron no fue por cuerdo, sino por tener distinto nombre. Comprendemos su ira; él está seguro de gozar de su sano juicio, pero esto tampoco hubiera sido un dato útil al comisario, porque la mayor parte de los locos ignoran que lo son.

Sospecho que el comisario se inclinaba a dar por locos a cuantos llevaran pantalón blanco y lentes, y a sorprenderse de que no los llevaran los locos reconocidos, pero tal es el papel de nuestra inteligencia, unir con toda energía los elementos de que dispone. En el cerebro del comisario había tres vértices luminosos que formaban un triángulo indestructible. Ese cerebro funcionaba bien. La relación era extraña; si retrocediéramos, sin embargo, ante lo inverosímil, nuestros conocimientos serían muy pobres. Darwin observó que los gatos blancos, de ojos azules, son siempre sordos, y jamás ha fallado la regla. Pantalón blanco, lentes, loco; blanco, ojos azules, sordo. He aquí la imagen de nuestra ciencia. Explicar es hacer corresponderse dos figuras inexplicables. Estamos ensayando nuevas parejas; las antiguas han desaparecido, como envejecerán las de hoy, y la realidad, eternamente ágil, joven, inesperada, se escapa riendo. Entretanto, ¡cuidado con las combinaciones

actuales! Lejos de mí la idea de asustar al señor profesor, mas si yo estuviera en su pellejo no llevaría más pantalones blancos.

EL DERECHO A LA HUELGA

Parece que algunos gobiernos marchan hacia una concepción nueva: la de que no sea permitido al obrero abandonar su labor, salvo que le despidan. Se ha presentado al parlamento español un proyecto de ley negando el derecho a la huelga. En la Argentina y en la India inglesa se lanza del territorio, sin formalidad ninguna, a los «agitadores», como suele llamarse a los que se cansan de sufrir. Durante la magnífica parálisis de los servicios postales y telegráficos franceses, se dijo que el Estado no podía tolerar, por capricho de los trabajadores, el aislamiento de Francia.

Se dio entonces a los modestísimos empleados el pomposo nombre de «funcionarios públicos», y se declaró que un funcionario público está en la obligación de no interrumpir un minuto su trabajo. Sería una grave falta de disciplina. Se ve la habilidad con que el gobierno —que al fin cedió ante la fuerza huelguista— trataba de introducir ideas sublimes y palabras altisonantes en el conflicto. Había que asimilar el cartero y el telegrafista al soldado. El único deber del funcionario es funcionar. No hay huelgas; no hay más que deserciones. Mañana se aplicaría el mismo razonamiento a los operarios de las industrias nacionales; pasado mañana, a los peones agricultores, al bajo personal del comercio. Suspender la faena productora es una indisciplina, un delito, una traición. Se debilitan las energías del país; ¡se disminuye la riqueza de la patria!

Así rehabilitaríamos la esclavitud —y conste que en ella se ha fundado la civilización más ilustre de la historia. ¿Por qué no hemos de ser consecuentes? En resumen, el Estado no es sino el mecanismo con que se defiende la propiedad. Si se castiga al que atenta contra ella mediante el robo, y al que la mueve antes de tiempo mediante el asesinato, ¿no es lógico castigar también al que la suprime en germen? La propiedad se gasta; su valor se consume. Y es necesario reponerlo sin descanso. El ladrón la mata; pero el huelguista la aborta. Para un fabricante, una huelga prolongada de sus talleres equivale a la fuga de su cajero; el patrono volverá los ojos al Estado, exigiendo auxilio. Un trabajador es una rueda de máquina; mas una rueda libre, capaz de salirse de su eje a voluntad, es algo absurdo y peligroso. No se concibe una propiedad estable sin la práctica de la esclavitud.

Todavía la practicamos, sin duda, aunque cada vez menos. Estamos desde hace siglos en presencia de un hecho formidable: la masa anónima, el inmenso rebaño de los que nada tienen sube poco a poco acercándose al poder. He aquí al viejo Estado enfrente del número. Mejor dicho, ahora es cuando el número adquiere, gracias a la cohesión, todo su terrible peso. El pueblo comienza a dejar de ser arena; se cuaja en roca. No es extraño que el sufragio universal haya sido tan inocuo; encontró una multitud incoherente incapaz hasta de conocer sus males, y vagamente de acuerdo con el Estado. Detener al pobre trabajador, sucio y jadeante, de regreso al negro hogar, donde como de costumbre hallará dormidos a sus hijos, y proponerle que gobierne su nación, es en verdad pueril. Preferirá comer mejor y disponer de dos

horas para jugar con sus niños. Y lo ha logrado en muchas regiones. Lo instructivo es que los obreros se van agrupando y organizando por el trabajo mismo; sus herramientas se convierten imperceptiblemente en armas; los aparatos con que la humanidad circula y trasmite el pensamiento están en sus manos; el alambre que lleva la orden de un Rockefeller no se niega a llevar la del siervo rebelde, y una cultura, que día por día necesita instalaciones fabriles y de tráfico más y más enormes, pone en contacto y en pie de guerra mayor cantidad de proletarios; las huelgas —esas mortíferas declaraciones de «paz»— aumentan en extensión y en rapidez, y a medida que la propiedad se acumula en moles crecientes, su estabilidad se hace siempre menor.

El Estado se batirá; opondrá al número el número. Opondrá el ejército compuesto de hombres educados para esperar la muerte, al proletariado, compuesto de hombres que tienen la irritante pretensión de vivir. Ya que de derechos hablamos, ¿qué es un derecho, sino una concesión, un permiso de las bayonetas? Recordemos, no obstante, que los soldados no son ricos ni felices, y que los fusiles, los cañones y los acorazados no se construyen solos. ¿Vendrá el momento en que los astilleros huelguen? ¿Vendrá una huelga militar? Lo ignoramos. Es evidente que los trabajadores atraviesan una época de prosperidad, de juventud. A regañadientes, como a lobos que le persiguieran, el Estado les arroja jornadas breves, salarios más altos, pensiones, indemnizaciones, y los lobos tragan esos pedazos de carne fresca, y corren con doble vigor, y avanzan y se echan encima. ¿Dominará el Estado? ¿Aprovechará la obediencia aún bastante segura del Ejército? ¿Será vencido? Nadie lo sabe. Los vastos movimientos sociales nos son tan misteriosos como nos lo serían las mareas, si un cielo nublado eternamente nos ocultara la luna y el sol. Guardemos los episodios de la lucha entre el *trust* del oro y el *trust* de la miseria.

MARCAR EL PASO

No hay nada tan prudente, tan correcto, tan tranquilizador como marcar el paso. Educar es enseñar a marcar el paso en los negocios de la vida, a copiar el ritmo ajeno y conservarlo, a integrar el gran volante regulador de la máquina humana. Hoy como ayer, mañana como hoy, he aquí la divisa de toda sociedad perfecta, y naturalmente del Estado, que se cree perfecto; el Estado es lo contrario de cambiar de estado; no existe gobierno que no se estime lo suficiente para conservarse a sí mismo, y sería absurdo que no fueran conservadores los que se encuentran a gusto. Los demás, los que obedecen, deben obedecer siempre, y siempre igual, de idéntica manera; deben evitar molestias a los que mandan, y guardarse de provocar contraórdenes, rectificaciones y reiteraciones.

¿De qué serviría mandar si costara trabajo? Lo razonable es que el mando sea definitivo y eterno. Se ve cuán sensato es el proceder de ese oficial argentino que durante la instrucción atravesó con la espada la ingle a un estúpido recluta que no marcaba bien el paso. ¡Pobre oficial! Había perdido la paciencia. ¡Cuánto habrá sufrido, cuántas veces habrá repetido sus órdenes! Obligar a repetir una orden, ¿no es ya rebelarse a medias? Tal vez murió el recluta. Pero un recluta que no consigue aprender a marcar el paso es contradictorio y casi inexistente. No es justo llamar homicidio a una sencilla verificación. Un recluta es un aparato que marca el paso. Un soldado es un aparato que transporta las armas de fuego y aprieta los gatillos. El emperador Guillermo dijo en una revista que un soldado, si se lo ordenan, está en la obligación de fusilar a su madre. Comprended de qué modo se hizo Alemania poderosa y magnífica.

¿Queréis orden? Cumplid la orden. Ciudadanos, ajustaos a la ley. No es buen juez el que la discute y mejora, sino el que la ejecuta. Imitemos a los astros; admiremos la exactitud verdaderamente militar con que acaecen los eclipses; los planetas marcan el paso, y los átomos sin duda también. Nuestra ciencia busca la ley en todos los fenómenos, y lo terrible es que la va encontrando. Quizá se llegue al ideal de prever matemáticamente los detalles del porvenir. ¡Gracias que tendremos nosotros la suerte de irnos mucho antes! Cosa triste ha de ser el predecir los movimientos de nuestro cielo interior, calcular para dentro de diez años los eclipses de nuestro espíritu, conocer a un tiempo la fecha del placer y la del sufrimiento, la de la ilusión y la de las decepciones; saber en plena juventud el minuto de la primera cana, la enfermedad que nos asesinará y las muecas de nuestra agonía. La esperanza se hará más insoportable que el recuerdo. Si nuestra alma marca el paso, ignorémoslo.

Marcar el paso no supone avanzar. En táctica, equivale a suspender la marcha y simularla agitando las piernas sin adelantar un centímetro. Símbolo curioso. La existencia de la ley no supone una realidad concreta. Al revés. Por ejemplo, la ley de los días de la semana es que detrás del lunes venga el martes, luego el miércoles, etc. «Si» hoy es lunes, mañana será martes, pero ¿qué razón hay para que hoy sea lunes, y

no viernes? Ninguna. Estamos, ¡horror!, fuera de la ley. «Si» Mercurio se halla hoy en tal lugar del firmamento, mañana estará en tal otro. ¿Pero por qué «está» en este instante aquí y no allí? La ley no es una realidad, es una relación, es un «si». La única salida de semejante laberinto es que no hay aquí ni allí, ni ayer ni hoy, y que el Universo marca el paso, como un juicioso recluta, sin abandonar su socarrona inmovilidad.

INSUBORDINACIÓN

El consejo supremo de guerra —supremo, ¡ay!— ha castigado al conscripto Gismani, de Paraná, con tres años de presidio. Se trata de una insubordinación. Parece que es un crimen terrible. ¿Qué ha hecho Gismani? Dirigir frases ofensivas a su sargento. ¿Por qué? Esto no interesa mucho al consejo supremo, pero de la misma sentencia se deducen algunos antecedentes. La familia de Gismani tramitaba la excepción. «Está probado que Gismani padece de una bronquitis crónica». El sargento Pedroza oyó decir, durante el descanso, al soldado Gismani, que aunque le dieran de palos no trotaría más por no poder ya hacerlo, y entonces mandó formar inmediatamente y ordenó diversos movimientos al trote... El soldado Gismani, después de dar algunos pasos al trote, terminaba dicha instrucción al paso, contestando al sargento Pedroza, que cada vez le gritaba que trotara: «no puedo trotar, mi sargento...».

Si el consejo hubiera sido menos supremo y más humano, habría dicho: «Gismani, eres un mártir, Pedroza, eres un bestia. Que cuiden a Gismani y que apliquen un bozal a Pedroza. ¿Y qué ejército es ese donde los enfermos trotan mientras se averigua si pueden trotar o no? ¡Remédiese tanto desatino!». Por desgracia, el consejo estaba formado de héroes, y según su ley de hierro la insubordinación privaba sobre lo demás. Insubordinarse contra la justicia, contra la piedad, contra los derechos del dolor no es tan grave como insubordinarse contra su sargento. Tres años de presidio. Y gracias. Un conscripto es muy poquita cosa ante un consejo supremo de guerra. Si Gismani hubiera tomado la precaución de ser general, habrían respetado su bronquitis. Ya lo ha observado Clemenceau: «Cuando un soldadito da un puñetazo a su sargento, se le fusila; el honor del ejército lo quiere. Mas cuando los grandes jefes, todo galoneados de oro, faltan a su deber, el honor del ejército no permite que se les pida cuentas». Clemenceau aludía a la expedición francesa de Madagascar, donde sin combatir murió cerca de la mitad de las tropas, por la ineptitud de los superiores. Yo no aludo a la Argentina, ni a nadie; recuerdo que el rigor de los tribunales se reserva preferentemente para los pobres, para los inofensivos. Es un hecho común. Los fuertes no serían fuertes si no impresionaran al juez. Por otra parte, Gismani era estudiante y repórter. Era con razón sospechoso. Un intelectual en un cuartel es ya una insubordinación presunta. La inteligencia es sediciosa. Siendo difícil desterrarla de la vida civil, suspendámosla siquiera en las filas, o dejarán de ser filas —alineación de cráneos y de mentes— para ondular como un látigo. Y quizá Gismani era algo peor: un original. ¿Concebir un original haciendo el ejercicio? ¿Un poeta trotando a la voz de orden? ¡Cuánto desprecian, y con cuánto motivo, a esos soñadores, a esos cobardes, los varones auténticos, educados en la escuela del sargento Pedroza!

«—¡Trote usted! —¡No puedo!». Hay que obedecer, sin embargo; hay que trotar, aunque el asma te ahogue. No eres un asmático, eres un recluta. Habrías de trotar aunque no tuvieras piernas. El sargento es Dios. Para Dios no hay imposibles.

Resucita a los muertos y los hace trotar. ¿No trotas? Tres años de presidio. Detrás del sargento-Dios está la sociedad llena de espanto; si el sargento pierde sus atributos celestes seremos todos aniquilados, raídos de la faz de la tierra. La autoridad del sargento es nuestro talismán precioso. Conservémoslo. ¡Tabú, tabú! En cuanto a la justicia... es una preocupación de anarquistas. Pretender que sea justa la máquina de guerra, es ocurrencia de locos. Una espada es justa si corta bien. Hubiera yo deseado discurrir sobre el asunto Gismani, no como militar, sino más modestamente: como hombre. Me detiene el peligro de pasar por dinamitero. ¡El buen sentido es tan revolucionario! No es tiempo aún de que la humanidad sea humana. *La Nación*, de Buenos Aires, en cambio, no se resigna. Propone para Gismani el indulto. «No tiene otro objeto esta atribución del presidente de la República, dice, que impedir cualquier error posible, cuando las disposiciones generales de la ley, aplicadas en un caso particular, resultan contrarias a la inspiración de la justicia». Enternece la humildad con que se confiesa que las leyes son injustas, a la vez que sagradas. Si conducen a monstruosidades demasiado intolerables —caso Gismani— queda el recurso de implorar de rodillas, ante el señor presidente, una excepcional contraorden, una gracia, un milagro. Así la justicia es, entre nosotros, de índole milagrosa. La justicia debe administrarse muy de tarde en tarde, so pena de debilitar profundamente el organismo social. El primer magistrado —indulte o no a Gismani— comprenderá que su poder se funda en la intangibilidad de los sargentos, y que aplicar con exceso la justicia sería antipatriótico.

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: «ausencia de gobierno». Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer sus ideas por el terror. El que descubre se limita a describir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen. ¿Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan a los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si logramos esclarecerlas nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las erigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarmes! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias

a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueve décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más *inferiores*, para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del borceguí, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme *el caos* si nos desembarzamos del borceguí, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿Qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos *prácticos*. No intentemos *mejorar* la ley, sustituir un borceguí por otro. Cuanto más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos en seguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

MÁS ALLÁ DEL PATRIOTISMO

Nos parece grande el hombre que arriesga su vida por salvar la ajena. Comprendemos que hay cosas superiores a la vida material. Cada vez que un acto afirma y demuestra esta superioridad, nos sentimos tranquilizados, y como consolados de las incertidumbres permanentes que nos rodean. El ejemplo de sacrificio nos reconforta en lo más esencial de nuestro ser.

El hombre que se sacrifica por su hijo, por su compañera o por su padre no es tan grande como el que se sacrificó por un desconocido. En la familia hay mucho nuestro. Al defenderla defendemos en parte lo nuestro. Defender y amar lo completamente ajeno es sublime.

El patriota perfecto no solamente sacrifica su persona, sino su familia; Guzmán el Bueno inmola a su propio hijo. La patria, para él, estaba antes que él y antes que la carne de su carne. ¡Generosidad magnífica!

¿Por qué?

Porque la patria es más indeterminada, más exterior que la familia. Porque la patria es más ajena que la familia, y lo magnífico es defender y amar lo ajeno.

Y como hay algo más ajeno que la patria, es decir, las otras patrias, es magnífico en extremo defender y amar las otras patrias como la propia, y sacrificar la patria en beneficio de la humanidad.

Por eso debemos amarnos, como hombres que somos, mientras este amor aparente no nos conduzca a odiar al prójimo. Debemos amar la familia mientras este amor no nos conduzca a odiar la comunidad hermana en que vivimos, y debemos amar la patria mientras no odiamos a la humanidad.

Que para el círculo de nuestro amor no haya fronteras. Que sea nuestro amor infinito como el cielo; que nada ni nadie sea desterrado de él.

Y si hubiera otra alma más alta y más profunda, que en su seno misterioso abrazase el alma de la humanidad misma, el acto supremo sería sacrificar lo que de humano hay en nosotros a la realidad mejor.

Pero esa alma más alta y más profunda existe. Es el alma de la humanidad futura.

EL ANTIPATRIOTISMO

El día que no se practique la guerra, se habrá debilitado la idea de patria. Tendremos siempre razones de matar o de morir, pero la patria habrá dejado de ser una de ellas, y en la perspectiva de la conciencia habrá pasado al segundo término. Respetar la vida propia y la ajena en absoluto, creer que nada vale la pena de sacrificarla, sería una irremediable degradación de la humanidad. Sería perder el vivificante contacto con la muerte. Declarar a la muerte inoportuna por esencia, declararla mala y enemiga, sería cegar las más profundas fuentes de perfección. No se suprimirá, pues, la guerra por sensiblería de mujer que se desmaya si ve sangre, sino en virtud de un razonamiento trascendentalmente utilitario. Acabará la guerra como empezó y se hizo en la historia: virilmente. La diosa patria, lo mismo que los demás dioses, caerá, cae, bajo el peso sutil de la crítica. El antimilitarismo es la forma actual del antipatriotismo. Se empieza a comprender que la guerra es un pésimo negocio social, y la patria una firma de crédito ficticio.

Las armas se han vuelto demasiado eficaces. Que perezcan por millones los soldados, y se despilfarre por miles de millones el tesoro público, aparecerá cada vez con mayor evidencia, sea cualquiera de los combatientes el que triunfe, una pérdida inevitable y necia para los dos y para el resto de la colectividad, un acto demente. Antes no lo era. Antes la guerra servía para abrir el comercio, mezclar y equilibrar las razas, arraigar los ideales religiosos, preparar la cultura; hoy la imprenta, el ferrocarril, el vapor y el teléfono hacen eso mucho mejor. Antes era la guerra algo previsto y habitual, un oficio casi apacible, de pocos riesgos y de aceptables rendimientos para los enganchados. Hoy, ya ruinosa por sus preparativos en tiempo de paz, se manifiesta como un cataclismo más propio de las épocas primitivas de la geología humana que de la delicada, precisa y compleja organización moderna.

Es claro que este sentimiento de perjuicio, de asunto equivocado, de quiebra ineludible, no afecta primero a los generales que huyen el cuerpo y se engríen con cintajos, ni a los proveedores del ejército y de la armada, ni a los banqueros que lucran en la bolsa de la matanza y de las noticias impostoras, ni al enjambre de piratas de peor estofa que viven de los cadáveres y de la desolación como los buitres. Son la minoría. Los convencidos, los que a la fuerza ven claro, son los desposeídos y arreados al matadero, los que nada sacan de la siniestra rapiña, los que sin esperanza de botín, sin bella visión de la batalla ni divinidad que desde los cielos les ayude, van a que les machaquen la carne en el fondo de un agujero innoble, aplastados por las masas de metal que les envía una maquinaria invisible. Éstos son la mayoría. Éstos van siendo los *mayores*.

Si no fuera por las bayonetas con que aún les podéis picar las espaldas, ¿con qué argumentos les arrancaríais a su tranquilo trabajo? ¿A qué concepto, a qué emoción apelaríais?

—La patria lo quiere —le diríais tal vez.

—¿Qué es la patria? —preguntará el proletario—. ¿Es el templo? Está vacío. ¿Es la ciencia? No tiene fronteras. ¿Es la fortuna? Suele estar al otro lado de los mares. ¿Es mi linaje? Las castas se confunden pacíficamente. ¿Es la tierra? No es mía. No eres tú mi compatriota, sino el proletario de la nación vecina. Deseáis mi vida para salvar no la patria, que habéis inventado, sino vuestra propiedad.

«Soy francés, porque han escrito mi nombre en un papel. Me dices que Alemania me ha insultado, que debo vengarme. Si no me lo dijeras, nada sabría. Os habrán insultado a vosotros. Vengaos con vuestros propios recursos. No exijáis que defendamos vuestros bolsillos, repletos del oro que nos quitáis. Nuestros intereses no son comunes. ¿Y qué es Alemania? No hay Alemania, no hay más que alemanes. No sé qué alemanes me han insultado, pero estoy cierto de que no ha sido ninguno de los millones que como yo aran el campo en que ni siquiera nos enterrarán. ¿Que vienen, que invaden el país? ¡Pobres hermanos nuestros en esclavitud! Vienen espoleados por el terror, y aterrado marcharé yo contra ellos».

Hervé, el famoso antimilitarista francés, se ha levantado en el último congreso socialista de Stuttgart, y ha exclamado sencillamente: «Nuestra patria es nuestra clase; no hay patria más que para las gentes que comen bien».

¿Qué contestar? ¿Qué hacer? Lo de costumbre, meter en la cárcel a Hervé de cuando en cuando, y apedrearle desde la prensa conservadora. Entretanto, como las sectas nacientes se nutren de la persecución, los conscriptos escupen la bandera en los cuarteles y los regimientos desertan cuando se les manda hacer fuego sobre los ciudadanos.

La segunda conferencia de La Haya ha fracasado lastimosamente, como era de prever ante su programa más reducido y cobarde que el de la primera. Un Hervé no fracasa. En primer lugar no está solo; además es un hombre. No llegaremos a la violencia de lenguaje de Quelch, que ha dicho: «La conferencia de La Haya es una asamblea capitalista... reunión de ladrones y de bandidos. No tiene otro objeto que ponerse de acuerdo para buscar los medios de reducir los gastos de sus robos y bandolerías». Reconozcamos, no obstante, que los apreciables delegados son ricos, es decir, insensibles; han empleado la existencia en pelear, intrigar, lucirse en los salones. No tienen noción de las verdaderas necesidades modernas; no sospechan las corrientes subterráneas que empujan a un Hervé. No son hombres, son correctos muñecos. No harán jamás nada. Los que lo harán todo son los humildes que protestan. La modificación de la idea de patria y la paz universal constituyen una revolución extraordinaria. Como todas las revoluciones irresistibles, vendrá de muy abajo.

LA VIOLENCIA

Es natural a los jóvenes despreciar la muerte. Despreciar la muerte es despreciar la vida, y la vida de un joven es bagaje ligero. Cuando no hay un pasado sobre nuestros hombros, saltamos alegremente los precipicios. Edad embriagada en que medimos el mundo con nuestros sueños, y nos agitamos en la ilusión de acelerar el ritmo de las cosas y creemos que sólo es bello lo trágico, y sólo fecunda la lluvia de tempestad.

Más tarde nos reconciliamos con lo que dura, y nos reímos de nuestras pequeñas explosiones. Cierto que se encuentran hombres violentos hasta en la vejez; son precisamente los que hasta la vejez han sido inútiles y fastidiosos. Hay muchas maneras de no existir; una de ellas es el desorden. Violencia es desorden. Bonaparte: ejemplo de cómo una energía colosal puede volverse estéril. Los ciclones humanos se parecen a los de la naturaleza. Sus cataclismos son aparentes; sus ruinas, apenas ruinas. Su violencia fútil es impotente contra la primavera, porque deja intactas las raíces de la realidad. Sus iras son vanas; sus armas, de cartón pintado. Un Watt es el destino presente y en perpetua obra; un Bonaparte es el espectáculo; caído el telón, las gentes reanudan sus habituales tareas.

Lo verdadero se enlaza y consolida con lo verdadero, y lo falso con lo falso. La violencia, que es falsedad, nace fácilmente de los prejuicios y de las aberraciones sociales. Así el honor caballeresco exige la violencia. ¿No es absurdo hasta lo grotesco que dos personajes reputados por sus méritos, como ha ocurrido en Buenos Aires, presenten cada uno su vientre al pincho del otro? Este caso aparecerá ridículo en Inglaterra, donde se respeta la salud de los ciudadanos que sirven, y sublime en España, patria del honor caballeresco, y país poco creador y muy alejado de las corrientes modernas. Mas para hallar un pueblo que con burlona serenidad juzgara dignamente nuestras costumbres, sería preciso retroceder veintitrés siglos, y apelar a aquella Atenas por cuyas calles se paseaba el filósofo que, golpeado en la cara, se había contentado con poner debajo de la herida este letrero: «Fulano es el autor».

La violencia está tan incrustada aún en nuestros espíritus, que no nos extraña verla permitida y casi recomendada en el código. Al lado del razonable permiso de defendernos con la fuerza de los ataques de la fuerza, está el salvaje permiso de matar a nuestra esposa. No pudiendo enviar los padrinos a la que nos ha inferido una ofensa casi siempre merecida, prescindimos de formalidades y la asesinamos si queremos. El escarnio público se convertirá en admiración. Muchos maridos aprietan el gatillo del revólver por «quedar bien».

¿Y el enternecimiento de los tribunales cuando se trata de crímenes de pasión? Los celos, la venganza inmediata, la ira, la lujuria, todo lo que destruye nuestra frágil civilización y nos confunde con las bestias feroces, la violencia, en fin, conmueve dulcemente a los señores del jurado. ¡Deben sentirse ellos mismos tan próximos a las bestias! En cambio serán implacables con los delitos complicados, ingeniosos y fríos, donde resplandecen el valor reposado y la inteligencia. Gracias a lo obtuso de las

sentencias, aniquilarán organismos todavía aprovechables, y nos expondrán a la constante amenaza de los homicidas románticos.

ENERGÍAS PERDIDAS

Impotente para crear un átomo, para sacar de la nada el más débil de los esfuerzos, el hombre tiene el don sublime de organizar las energías que le rodean. Las obliga a ensanchar el reino de la inteligencia, a integrarse activamente en una concepción del mundo más y más alta; las obliga a humanizarse. Por encima de las flechas de las catedrales asoman las puntas de los pararrayos; mas guardémonos de reír: esto proclama que la centella ya no es de Dios. Del mismo modo que la energía química de los alimentos se transforma, al pasar por nuestra sustancia, en el más prodigioso conjunto de fenómenos, las energías naturales engendran, al pasar por los mecanismos humanos como pasa el viento por las cuerdas de un arpa, la armonía anunciadora del universo futuro. El ejército de las fuerzas humanizadas aumenta sin cesar, y rinde poco a poco al inmenso caos de lo desconocido. El hombre es el eje en torno del cual comienzan a girar las cosas, agrupándose en figuras imponentes y simbólicas. Estamos en el primer día del génesis, pero es nuestro espíritu, y no otro, el que flota sobre las aguas.

No obstante tan luminosas promesas, ¡cuán pequeño es lo que poseemos si lo comparamos con lo que todavía está por poseer! Las gemas han salido de sus antros para brillar sobre el cuerpo de las mujeres, y las rocas han abandonado su inmemorial asiento para convertirse en viviendas humanas; el hierro, el carbón y el oro están con nosotros; mas ¿qué es lo que conocemos del planeta? Hemos arañado en escasos puntos su epidermis, y nos abrumba, casi intacto, su redondo y colosal misterio. Ignoramos los más formidables metales, las más extrañas materias. Si hoy nos desconcierta el radio, ¿qué no nos aturdirá mañana? ¿Qué es lo que sabemos de ese monstruoso ser que se estremece en los terremotos y respira por los cráteres? ¿Qué palabras no arrancaremos con el tiempo a la espantosa voz de los volcanes?

Desde el corazón de los montes va nuestra imaginación a la superficie de los mares, y nos asombramos del inútil y perenne batallar de las ondas. Sobre una extensión cinco veces mayor que la que cubren los continentes reunidos, no hay un metro de líquido que no suba, baje, se vuelque y palpite sin descanso. Y cuando el huracán se desata y su caprichosa energía se ha mudado en olas descomunales que se empinan marchando, preciso es aguardarlas en la costa, y verlas estallar contra los acantilados sombríos, haciendo temblar entre una tempestad de espuma las raíces de las montañas, para sentir lo incalculable de esa fuerza que se acaba a sí misma. Y como si no fuese bastante este derrochar sin freno, la blanca luna levanta diariamente hacia ella la masa de las aguas, en una aspiración gigantesca cuyo aliento no acertamos a aprovechar.

Toda la vida terrestre: brisas y ríos, selvas cerradas, praderas sin fin; la fiera que huye con oblicuo salto; el pájaro que teje su nido, y el insecto que zumba sobre la flor; los días, que cambian con las estaciones; las estaciones, que se matizan según los climas, y las razas humanas, que en ritmo impenetrable, sienten, piensan y se

reproducen; todo lo que se mueve, luce y combate es para el sabio una forma del calor solar. Por eso, hemos de inducir las maravillas que se pierden en los desiertos calcinados de África, Asia y Australia, sobre cuyas arenas infecundas derrama el sol cada día sus ardientes cascadas de luz. Pero tal calor desaparecido, ¿qué es al lado del que fluye constantemente a través del espacio, precipitándose en la nada? Nuestro globo es un grano de polvo que brilla en el vacío; recoge una parcela de energía, mientras la casi totalidad se esparce en una inmensa circular oleada, que se debilita a medida que se abre, hasta desvanecerse en las orillas del infinito.

Soñemos con los soles inaccesibles, y soñemos también con otras energías: las que nos rozan sin vernos, o nos acarician y quizá nos matan, las innominadas habitantes de la sombra. Ayer ignorábamos que existía la electricidad, esa alma de la materia. ¡Que todo lo que vamos descubriendo nos sirva de sonda para lo que aún ignoramos! No pretendamos envolver con los sentidos, pobre red de cinco hebras, la enigmática realidad. Los más nobles pensadores, despreciando el frívolo escepticismo de los que no ven más allá de su microscopio, escuchan con religioso silencio los pasos de la Idea, que viene acercándose, y lo esperan todo de lo que no nos ha engañado nunca.

Tengamos conciencia de nuestro destino. Alcemos nuestra ambición hasta tocar el firmamento con la frente. Que nuestra mano o nuestro pensamiento detenga la naturaleza que pasa. Mas no nos equivoquemos y creamos que nuestras armas son perfectas, y nosotros mismos, dignos enteramente de la lucha divina.

Corazones generosos laten bajo andrajos de mendigo. Talentos insignes agotan sus facultades en la miserable caza del pan. El genio muere desesperado o no nace. Los gérmenes sucumben. La mole de la imbecilidad y de la maldad generales es demasiado pesada. Antes de escalar el cielo y de encarcelar las energías del abismo, hay que libertar esas otras energías sagradas que sufren en el fondo de la sociedad. Es necesario que extiendan las alas, y que reinen sobre el mundo, como reina el espíritu sobre la carne, en aquellos que son algo más que carne. Entonces, miraremos las tinieblas cara a cara, y diremos:

«Somos la verdad».

LA CUESTIÓN SOCIAL

Vengo leyendo desde hace meses los artículos que dedica a la cuestión social en *El Economista Paraguayo*, su director, Rodolfo Ritter. Alabar a los amigos me repugna un poco; me hace el efecto de alabarme a mí mismo; pero ¿por qué no he de reconocer la verdad, sobre todo cuando se trata de una persona cuyas ideas no acepto? Ritter es de lo mejor que puede ofrecer el Paraguay intelectual de hoy. Los profesores de gramática del colegio nacional imputarán al doctor Ritter incorrecciones muy naturales en quien no maneja su propio idioma; nosotros, en cambio, nos felicitamos de que posea cuatro o cinco lenguas y nos ponga en contacto con las literaturas respectivas, aunque sea a trueque de que no domine todos los secretos del *le*, del *lo*, y del *hubiera, habría y hubiese habido*. Lo frecuente, y lo triste, es cometer galicismos sin saber francés. Digo que estamos en presencia de un talento claro, flexible, extenso, que asimila con fácil rapidez cuanto percibe, y expresa con lúcida elegancia lo que ha asimilado ya. No penséis que la erudición de Ritter se reduce a economía política. Le hallaréis bien informado en historia, en filosofía, hasta en física, en biología y en arte. Está al tanto del movimiento científico contemporáneo. Espíritu ilustrado en el sentido más vasto de la palabra, su gran cultura, su perspicacia, su honradez mental hacen de él un crítico; su trato simpático y su elocuencia hacen de él un maestro. La juventud asuncena usufructuará en él un magnífico texto de consulta: «Amadle, aprovechadle, hojeadle», exclamo en voz alta. Y en voz baja, añado: «No le sigáis». Porque Ritter, que lo tiene todo, no tiene la fe.

Hagamos nosotros, que tenemos la fe, algunas observaciones al trabajo del doctor Ritter.

1. El pasado

Nuestro autor empieza advirtiéndonos que la cuestión social es insoluble. ¿Debemos, pues, considerarla como la cuadratura del círculo o el *perpetuum mobile*, un problema planteado por la imbecilidad humana, en el cual, ya que no guarismos y figuras, se han gastado vanamente infinitas teorías utópicas, frases subversivas y conspiraciones rabiosas? Ritter habría evitado que sacásemos tal consecuencia, si nos hubiera dicho, no que la cuestión social es insoluble, sino que se está resolviendo desde los comienzos de la civilización. Pero no parece partidario de esa continuidad histórica; su primer cuidado es romperla. «Toda la historia de Roma, declara, refleja luchas de clases, pero jamás han abandonado el terreno de las aspiraciones y reivindicaciones individuales... No encontramos ninguna tendencia contraria a la propiedad individual... ni la menor contra el principio de la propiedad individual... etc., etc.». Los profetas hebraicos «no aspiraban a la supresión de la propiedad individual, sino a sus excesos... Nos parece pueril buscar en los Evangelios, como se ha hecho tan a menudo, sea la condenación, sea la justificación del principio de propiedad... En toda

la doctrina de Cristo y de los apóstoles no encontramos el menor rastro de una tendencia hostil a la propiedad». Las comunidades cristianas fueron extrañas a nuestro comunismo; «en ningún momento ese comunismo abandonaba la suposición de la propiedad individual». La vida monástica de la edad media «no tiene casi ninguna relación con las condiciones de la vida moderna, ni siquiera con los principios de los reformadores sociales actuales...». Luego nuestra época está aislada de las anteriores; nuestros conflictos, nuestras angustias, nuestras esperanzas no tienen pasado; Babeuf y Owen han crecido por generación espontánea; Marx y Kropotkin han caído de la luna...

¿Por qué, entonces, nos conmueve la voz de Isaías: «El que construya una casa la habitará; el que plante un árbol comerá su fruto»? Este beduino no habla con la precisión de Engels, pero le entendemos muy bien. Entendemos a Epicuro cuando se entretiene en probar a los griegos que un esclavo es un hombre. ¿Tanta distancia hay del «dadlo todo» de Jesús al «todo es de todos» de los modernos agitadores? San Pablo dijo: «El que no trabaja que no coma», y lo repiten hoy los trabajadores hambrientos a todos los que comen sin trabajar. «Tuyo y mío... ¡qué palabras de hielo!», clama el Crisóstomo, y añade: «El rico es un salteador». «La propiedad es un robo» contesta diecisiete siglos más tarde el eco de Proudhon. Y el famoso apóstrofe de Tiberio Graco a los patricios, ¿no es de actualidad, no es propio de un Hervé? Oíd: «Las bestias feroces que discurren por los bosques de Italia tienen cada una su guarida y su cueva, en tanto que quienes pelean y mueren por la Italia carecen de techos y de hogares; andan errantes por los campos, con sus mujeres y sus hijos; y sus caudillos no dicen la verdad cuando en los campos de batalla les exhortan a combatir contra sus enemigos, por su patria, sus aras y los sepulcros de sus mayores, porque, de un gran número de romanos, ninguno tiene aras ni sepulcros de sus mayores, sino que por la riqueza y el regalo ajenos combaten y mueren, y cuando se les dice señores de toda la tierra, no tienen ni un pedazo que sea de su propiedad». ¿A qué seguir? El doctor Ritter, con una imparcialidad digna de elogio, nos presenta una larga serie de ejemplos por el estilo, debidos a filósofos, a moralistas y a la agudeza popular de todos los tiempos y, mal que le pese, no consigue sino convencernos de la solidaridad histórica de los miserables.

Siempre, lo mismo ahora que hace seis mil años, hubo una minoría que ha vivido del trabajo y del sufrimiento ajenos. Siempre hubo una vasta multitud de infelices que para el grupo de propietarios armados no eran más que máquinas. Hegel lo ha dicho admirablemente: «La cuestión esencial de toda tiranía, política o económica, es que ésta obliga a tratar como instrumentos inertes a los hombres, los cuales, sean los que fueren, jamás piensan en descender al nivel de máquinas materiales». Profetas contra fariseos, plebeyos contra patricios, esclavos contra libres, siervos y pequeños burgueses contra señores feudales, artesanos y manufactureros contra patronos, es la eterna rebelión de los que no soportan ser tratados como máquinas, de los que prefieren la negación de su ser físico a la de su ser consciente, y sucumbir a

degradarse. Por eso la historia de la humanidad no es sino la epopeya única de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo. En todo instante el orden social fue observado y demostrado inicuo por los pensadores. Si el aspecto concreto de lo inicuo es la propiedad legal, su aspecto psicológico es la avaricia impune, la avaricia alentada, honrada, erigida en gloria y en virtud. Donde se establece la propiedad se establece la lenta y cobarde tortura de los desposeídos.

Cuando el jefe salvaje se hizo propietario de los rebaños del enemigo y de campos más fértiles, sustituyó el canibalismo por la esclavitud; cuando los judíos concluyeron de vagar por el desierto, y reposando en la tierra de Canaán se hicieron propietarios, aparecieron la servidumbre, la miseria y estallaron las maldiciones de los iluminados; cuando el cristianismo llegó al poder, desapareció la pureza de las primeras comunidades; los grandes santos, con el asco en el alma, huyeron a los páramos y a las selvas; el catolicismo, al hacerse propietario, se volvió usurero y verdugo. No seamos formulistas al punto de discutir la sublime unidad de nuestras luchas sólo por no haberse, en tal o cual período, negado de una manera explícita el concepto jurídico de la propiedad y sus excesos. Miremos más alto, más hondo; no tengamos miedo de hacer la realidad demasiado amplia. El principio de propiedad no puede ser justo; el exceso de lo justo no puede ser injusto. La propiedad es una forma de parasitismo; desarrollada o en germen es un veneno que nos debilita, que nos enferma, que nos hará perecer si no lo eliminamos. ¿Qué médico sería el que se conformara con los bacilos de Koch, y se limitara a corregir los excesos de la tuberculosis? Es el sistema de Roosevelt, de los millonarios filántropos —¡tan filántropos y sobre todo tan millonarios!—; el sistema de la inextinguible «raza de víboras», servir a dos amos, podar hipócritamente las ramas del árbol del mal mientras en sigilo se abona y se riega su infame raíz. Mas ¿qué importa? No se ataca, no se circunviene, no se conmina la obra de la propiedad sin herirla en su centro mismo. Espartaco intenta traer por la violencia el «reino de Dios» a este mundo —es decir, una mejor distribución de la riqueza—; Jesús intenta traerlo por la dulzura a los espíritus: «mi reino no es de este mundo», es decir, del mundo de hoy, pero sí del de mañana.

¿Qué es lo espiritual, qué es el cielo, si no la imagen del porvenir, la visión de la felicidad de nuestros hijos? Ante Espartaco y ante Jesús, ante el golpe y ante la plegaria, la propiedad retrocede. Contemplad el inmenso fresco de la historia; ved la propiedad en perpetua retirada ante el trabajo, cediéndole una parte cada vez mayor de bienestar, de inteligencia y de empuje. Desde los esclavos que faenaban bajo el látigo, con grillos en los pies, hasta los obreros modernos, instruidos, altivos, sueltos y ágiles, con la rebeldía metódica en el cerebro y la victoria final en el corazón, ¡qué enorme camino recorrido! ¡Ved la propiedad cercada y oprimida por millones de brazos atléticos, que la asfixian poco a poco!

¡Qué ingratos seríamos con nuestros padres, si al reconocer que su sangre y sus lágrimas son nuestras, no reconociéramos que nuestro triunfo, la aurora que a

nuestros ojos despunta es la que como un presentimiento divino acarició sus nobles frentes, levantadas en medio de la noche!

Dice el profesor Ritter: «La libertad de trabajo ha sido definitivamente operada por la revolución». Rectifiquemos. A quien la revolución ha libertado es a la burguesía. Refundió los antiguos privilegios en el de la propiedad, y los trabajadores experimentaron en el acto los efectos de la unificación de los despotismos. Se les prohibió asociarse, y desde 1876 se proclamó algo que no se toleraba antes: la legalidad del interés del dinero. El préstamo se hizo honroso. La venta fue venerada. Los papás empezaron a predicar a sus hijos la codicia. El cínico ideal que se nos inculca en el hogar y en la escuela es el del austero Guizot: «¡Enriqueceos, enriqueceos!». La trama de las relaciones sociales está constituida por el despojo recíproco, siempre que se ejecute en el orden marcado por las leyes. Aunque a la larga nunca daña el aniquilamiento de los privilegios, sean los que fueren, es innegable que, por de pronto, los derechos políticos empeoraron la situación de la clase productora. Más tarde, y en una reducida esfera, se utilizaron para obtener la libertad económica, que es la única real, pero su acción específica es lubricar, regularizar, asegurar el formidable mecanismo de la opresión burguesa. La revolución puso al rico en presencia del pobre, armado el uno hasta los dientes, extenuado y desnudo el otro, y les dijo: «ahora el combate es libre; destrozaos, nadie os lo estorbará». Nuestras legislaciones, tan benévolas con el homicidio, son implacables para los atentados a la propiedad.

¿Qué se hizo de aquellas hospitalarias, casi patriarcales atenciones de un régimen bárbaro? Hace muchas centurias, sabían los desheredados que cuanta leña pudieran a hombros llevarse del bosque señorial era suya; en ciertos días festivos los príncipes de Italia tenían que abrir sus palacios a la plebe y los de Alemania sentaban a su mesa a los villanos. Los códigos actuales, inspirados en la Roma fósil y redactados con una ferocidad glacial, encierran monstruosidades como ésta: «Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa...» (Art. 359 del Código Civil español). ¿Y qué diremos de la llamada ley de vagos, que considera la indigencia un delito? Pero hay que ir a las jóvenes repúblicas americanas, tan atónitas de su Constitución que por respeto no la practican jamás, hay que ir a la nación estómago para encontrar la idolatría del oro convertida en demencia. Los jueces de Buenos Aires han castigado con cuatro años de cárcel a un desventurado que había sustraído un dedal, y con seis a otro que se había apropiado de unos calzones... No obstante las ideas avanzan, hasta entre los que ostentan la librea de su toga. Un magistrado de los Estados Unidos, después de absolver a un mendigo que había robado —era en invierno— un trozo de carbón de los almacenes de una compañía ferroviaria, le advirtió que se abstuviera de robar mientras no se le nombrara miembro del directorio. Magnaud, que honra a la Francia más que todos los políticos juntos, dicta desde el modestísimo tribunal de Chateau Thierry sentencias redentoras que extrañan al mundo. Oíd sus máximas: «La probidad y la delicadeza

son dos virtudes infinitamente más fáciles de practicar cuando no le falta a uno nada, que cuando se está desprovisto de todo»; «Lo que no puede ser evitado no ha de ser castigado»; «Para apreciar con equidad el delito del indigente, el juez debe, por un instante, olvidar el bienestar del que goza, a fin de identificarse, cuanto le sea posible, con la situación lamentable del ser abandonado de todos»; «El obrero sólo es quien produce, y quien expone su salud o su vida en provecho exclusivo del patrono, el cual no puede comprometer más que su capital». He aquí un regulador de conflictos sociales que no es un juez, que no es un muñeco siniestro, sino un hombre, es decir, un ser de comprensión y de solidaridad.

2. Evolución del socialismo

¿Cuál es, a punto fijo, la opinión del doctor Ritter sobre la influencia presente de las doctrinas de Marx? Afirma que han pasado de moda y más adelante escribe que «hoy en día, después de sesenta y dos años, son aceptadas como palabras de evangelio por las docenas de millones de los socialistas de la tierra». El hecho es que los socialistas, más o menos ortodoxos, aumentan sin cesar; el socialismo va invadiendo los países jóvenes —América Latina—; las ediciones del *Manifiesto Comunista* se suceden, publicadas en todos los idiomas. No obstante, bajo el epígrafe de *La derrota del socialismo científico*, el doctor Ritter se complace en acumular tales objeciones sobre la obra de Carlos Marx, que la indiscutible vitalidad del marxismo se hace inexplicable.

Los hechos contradicen a Marx, que se contradice a sí propio. Es cierto; y nos sería fácil alargar la lista de contradicciones preparadas por el doctor Ritter. El prefacio del *Manifiesto* —edición de 1872— enmienda el capítulo II de las anteriores; culpa de la *Commune*. Loria, con razón, acusa al tercer volumen de *El Capital* de haber arruinado la teoría de la «plusvalía». Etcétera. ¿Y qué? «El hombre absurdo, ha dicho alguien, es el que no cambia». Lo interesante no es enumerar las contradicciones de una mente genial, sino interpretarlas. Tomemos las de más bulto. Según Marx, el proletariado se empobrece progresivamente. Ha sucedido en realidad lo contrario. El doctor Ritter no se quejará de que confirme sus datos con los míos. En un diagrama norteamericano, de origen oficial, se muestra que el alza de los salarios, durante las últimas décadas, coincide con la baja de los precios. March, director de la Oficina Internacional de Estadística, expuso en la sección de Economía Social, de la Exposición de 1900, un gráfico que resume a este respecto la marcha del siglo XIX: mientras el costo de la vida sube de 45 a 55, la media de los salarios en oro sube de 45 a 105. ¡Los salarios efectivos se han duplicado! El profesor Denis lo corrobora para el caso especial de Bélgica. Las ciclópeas investigaciones de d'Auvenel (*Campesinos y obreros desde hace setecientos años. Historia de los precios* [cinco volúmenes], *Los ricos desde hace setecientos años*) arrojan este resultado: de dos siglos acá, las entradas de los nueve millones de familias que

componen el bajo pueblo francés se han hecho el doble de lo que eran antes. Pero seamos justos con Marx: mientras los pobres duplican sus ingresos, los 420 000 burgueses acomodados triplicaban o cuadruplicaban los suyos, y los 1200 extrarricos los sextuplicaban. La divergencia «relativa» entre la clase capitalista y el proletariado se acentúa. Sin embargo, si consideramos sobre todo el florecimiento obstinado de la pequeña agricultura y de la pequeña industria en multitud de lugares, hay que reconocer que la polarización de la riqueza, la miseria absoluta del trabajador con la hipertrofia monstruosa del capital en pocas manos, el proceso, en fin, diagnosticado por Marx, no lleva trazas de realizarse.

¿Luego, las ideas de Marx carecen de valor...? ¡Nada de eso! La media de los salarios se ha duplicado, mas una cifra «media» encierra un caos donde hay extremos elocuentes. El alto salario proviene del incremento vertiginoso de la total fortuna humana; de tierras vírgenes, materiales y mentales, incesantemente puestas en explotación; de la demanda de operarios más técnicos cada vez y técnicos con mayor diversidad; por fin, de la organización defensiva y ofensiva que convierte al proletariado, sesenta años atrás disperso y vencido, en una marea compacta que acabará por cubrirlo todo, y ante cuyo empuje retroceden sin término los capitalistas. Las continuas instalaciones de industrias nuevas, por otra parte, engendran nuevos enjambres de pequeñas industrias accesorias. He aquí un régimen inestable, «abierto», una dinámica que obedece a factores no previstos por Marx, el cual, si se me permite la expresión, estudió la lucha de clases en frasco cerrado. Pero examinemos ahora el bajo salario, que al combinarse con el alto produce la media, el salario marxiano, el «salario de hambre». ¿Dónde aparece?

El frasco cerrado de Marx: en los distritos de intensa civilización, en las industrias viejas y uniformes, de técnica no muy especializada, o abaratada ya por la enseñanza semigratuita, allí donde los obreros no han sabido asociarse contra los patronos. Las mujeres, en las grandes poblaciones, no consiguen sino salarios de hambre, porque su técnica es vulgar, y porque son rechazadas despiadadamente de los sindicatos. Ejemplo: las costureras ganan en París un franco con veinticinco céntimos (0,25 pesos oro). He aquí su presupuesto: alimento, sesenta y cinco céntimos, un traje de cinco francos, dos camisas de un franco con setenta y cinco, dos pañuelos a cuarenta céntimos al año. La aprendiz, con un pesado cartón al brazo, es enviada desde la mañana temprano a hacer *reassortissement*, muy lejos; cuando vuelve, fatigada, se le dice: «Pequeña, te has olvidado una cosa...» y se la envía de nuevo. No tiene tiempo de comer; en el camino compra un bollo; a veces toma un vaso de alcohol. Al cabo de pocos meses se le hinchan los tobillos y entra al hospital. (Paul Acker, *Oeuvres sociales des femmes*). Muchas costureras, para no sentir tanto el hambre, cosen en la cama todo el día (D. Haussonville, *Salaires et misères des femmes*). Más significativo que el salario de hambre es el salario nulo, la miseria negra, que no se encuentra sino en los centros extracivilizados: Berlín, Londres, Nueva York, Chicago, París. No me refiero a los degenerados, «contingente del

abismo», de que habla Wells, sino a obreros robustos y entendidos, lanzados en cientos de miles al arroyo por el maquinismo y la crisis de producción. Ejemplo: los sin trabajo, *chomeurs*, rompe-huelgas, eran en Inglaterra 926 000 hace tres años; durante el verano de 1908, el *Board of Trade* confesaba la tremenda cifra de 1 125 000. En 1901, había inscriptos, solamente en las oficinas de beneficencia de París, 350 000 indigentes válidos. Los horrores de Londres son demasiado conocidos. No le va en zaga Nueva York, *The Relentless City* —la ciudad despintada, como la llamó Lafcadio Hearn. Upton Sinclair ha popularizado la dantesca *Packingtown*, el barrio de las fábricas de conservas de Chicago, donde 250 000 trabajadores se amontonan sobre un «terreno artificial» compuesto de basuras, detritos y excrementos, entre charcas fétidas cuyo hielo se vende. Estos inmigrantes irlandeses, bohemios, polacos, lituanos, eslovacos, víctimas de los agentes, se organizan mal contra las empresas; tienen todo contra ellos: su candor de campesinos, su heterogeneidad, lo sencillo y rudo de la faena que en ellos se explota. Hombres vigorosos penan en *Packingtown* desde la mañana hasta la noche, en sótanos glaciales, con dos centímetros de agua sobre el suelo; otros, durante seis o siete meses al año, no ven jamás el sol entre la tarde de cada domingo y la mañana del siguiente, sin ganar por ello más que trescientos dólares anuales. Niños de apenas trece años, cuyos padres defraudan la ley para reforzar sus ingresos míseros, ganan menos de la mitad. En invierno, para calentarse, los obreros, cuando no les vigila el capataz, meten las piernas en el tronco recién abierto de las reses. Mientras tanto, millares de sin trabajo se agolpan a las puertas de los talleres, de seis a ocho y media, esperando turno. Por un minuto de atraso se pierde una hora de salario en la fábrica; varios minutos exponen a que se vuelva la placa de cobre del obrero contra la pared, lo que significa que se le despide. Las fracciones de hora no se pagan. Los capataces apresuran la labor, a fin de que no haya que pagar los últimos cincuenta minutos. Eso, en cierta fábrica de Chicago, se llama «trabajar para la Iglesia», porque el dueño sostiene infinidad de obras pías. Los operarios se alimentan de harina de patata, en resumidas cuentas, celulosa; como el uso de este material para adulterar comestibles está prohibido en Europa, se embarca todos los años con destino a América por miles de toneladas. Escasamente habrá algún obrero que no tenga llagas o marcas horribles sobre su persona. Si se araña un dedo, la menuda lesión concluirá por matarlo; las falanges de los dedos se les van, corroídas unas tras otras por los ácidos de las conservas, o por los ácidos que impregnan las lanas para que se desprendan, ya que sólo pueden arrancarse a mano. Entre los cortadores raro es el que conserva el pulgar. Entre los cocedores se sucumbe a los dos años.

Los que transportan cuartos de reses no resisten tres años. En los frigoríficos, el período máximo de resistencia, a causa de los reumatismos, no llega a cinco años. Las mujeres, que manejan latas de carne de catorce kilos, se enferman todas de la matriz. A veces se cae un obrero a uno de los grandes tanques de extraer grasa, rodeados de denso vapor y es inútil buscarle... «Su carne y sus huesos han sido

mezclados con los demás materiales de los tanques y se han vendido como manteca pura de la casa Durham» (*La Jungla*). El último ciclo del infierno de *Packingtown* es la fábrica de abonos, pero hago gracia de él a mis lectores. Semejantes extremos de miseria humana corresponden a la concentración de capitales, más temible anónima que personal; a los *trusts*, de quienes depende hoy el cincuenta por ciento de la producción industrial del mundo, a la delirante idolatría de la riqueza. Nada tan simbólico, en la *Relentless City*, como esas damas de la Avenida de los *millardarios*, que han puesto de moda el retratarse en estatuas macizas de oro puro, y de tamaño natural... Notemos por fin que la máquina, «en cada caso» desaloja al trabajador. Hace ya diez años que el comisariado general del trabajo de los Estados Unidos verificaba que «para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitarían antes 2145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy, con ayuda de máquinas, 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a cincuenta. La fabricación de ladrillos suprime hoy el diez por ciento de trabajadores y la de tejas el cuarenta por ciento. En la zapatería cien hombres producen tanto como producían anteriormente quinientos. En cierta clase de calzado, la máquina ha suprimido el cincuenta por ciento de los obreros». Añadamos los nuevos telares mecánicos, las nuevas máquinas agrícolas, las linotipos, etc. Para formarse idea de lo que será la industria en un porvenir no lejano, conviene leer la descripción que hace Daniel Berthelot de la usina de la Sociedad de Electricidad de Saint-Denis, de la «enorme nave... más vasta que una catedral... donde se divisan, perdidos en aquella inmensidad, un hombre o dos que, silenciosamente, dan vuelta a un tornillo, o mueven una manija... Un hombre solo basta para regular la descarga de ochenta mil kilogramos de carbón por hora».

Dentro, pues, de cierta esfera, quizás imperfectamente definida por él, las consecuencias de Marx son justas. Claro que los factores marxianos están lejos de ser los únicos factores históricos. Las tendencias psicológicas analizadas por Tarde, el papel que desempeñan los *héroes* según Carlyle, la influencia de los genios, cuya aparición misteriosa fecunda los siglos, el vasto residuo irreductible que llamamos azar, todo eso, en la hipótesis de que Dios no se ocupa de nosotros, es también realidad que trabaja. Limitar el marxismo no es empequeñecerlo, sino valorizarlo, hacerlo eficaz.

¿Acaso las leyes físicas no nacen del ambiente artificial de los laboratorios, y no son, consideradas separadamente, una realidad falsa, pero indispensable para comprender o empezar a comprender la realidad verdadera? Los destinos del marxismo son análogos a los del darwinismo. Después de unos cuantos lustros, hemos reconocido que los factores darwinianos son insuficientes para explicar la biología. Hemos descubierto que las especies nuevas pueden surgir de pronto: *¡natura facit saltum!* Nos hemos dado cuenta de que al lado de los fenómenos en que se retrata la lucha por la supervivencia del más fuerte o del más apto, hay fenómenos de asociación, de simbiosis, de alianzas en que el débil subsiste y colabora. Los

volúmenes de *Zoología experimental* que publica Hans Przibran ofrecen al curioso varias categorías de hechos adversos a la teoría de selección. Estas limitaciones del darwinismo le confieren su valor práctico y definitivo. Marx, con su concepto de la lucha de clases y del materialismo histórico, nos ha provisto de un método fácil y seguro, a condición de aplicarlo cuando se debe. ¿Y qué historiador de nuestros días no lo emplea, de Rodgers a Ferrero? La tesis de Marx, en su terreno propio, es tan inatacable como la química de la digestión en fisiología.

En lo que estoy de acuerdo con Ritter es en juzgar poco importante la trascendencia del marxismo en la «acción» humana. El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea del determinismo económico? ¿Obedecerían mejor los astros a la ley de Newton, si tuviesen conciencia de ella? ¿Caería de otro modo el guijarro, si supiera que tiene que caer? De aquí la evolución del marxismo de combate. El proletariado, después de adquirir, según la bella frase de Pelloutier, «la ciencia de su desgracia», se inclina a cultivar los elementos que le prometen el triunfo, que se lo prometerían y tal vez se lo procurarían aunque se tratara de un triunfo ilógico: la disciplina y la fe. De aquí el abandono, más o menos pronunciado, en relación a la psicología de cada pueblo, de las controversias sociológicas y de las discusiones parlamentarias. De aquí el sindicalismo, invasión reciente y formidable de algo que no es ya teoría, sino una táctica austera. El carácter del movimiento es religioso; las grandes transformaciones sociales no se llevan a cabo sin estas magníficas epidemias de fe y de esperanza. En uno de sus primeros libros —*L'Europa Giovane*— Ferrero había observado que «la verdadera forma nueva de la religión es el socialismo alemán». Sorel dice que la huelga general es un «mito» del sindicalismo, y Prezzolini añade: «Como del mito del Reino de los Cielos salió la Iglesia Católica, así del mito de la Huelga General saldrá la nueva Sociedad Proletaria». ¿Y qué es el futuro, sino el Reino de los Cielos venido por fin a la Tierra?

El doctor Ritter presenta con mucha claridad y excelente información el sindicalismo. Pondré tan sólo dos reparos a esta parte de su estudio, que en mi entender es la mejor, y que por causas que ignoro ha quedado trunca. La educación del obrero en los sindicatos es, para el doctor Ritter, ilusoria en cuanto al arte de dirigir empresas. «¿Qué cosa podrán aprender en su sindicato los estibadores en cuanto a la explotación complicadísima de la navegación trasatlántica, etc.?». El doctor Ritter, por su escasa fe, se ahoga en un vaso de agua. Cuando los proletarios dispongan de los medios de producción, el arreglo mutuo para la marcha del trabajo será asunto baladí. Los obreros se encontrarán en su puesto, combinados y encadenados por la faena cotidiana. El estibador y el maquinista y el capitán y el gerente seguirán en consorcio mutuo si así lo desean, y la navegación trasatlántica, si así conviene, seguirá funcionando, precisamente porque todo lo que en el mundo obra es trabajo, y nada más que trabajo. Suprimir el capital no es suprimir a los trabajadores, sean gerentes de empresas o sean simples mozos de cordel. Suprimir el

oro no es suprimir la fuerza ni el talento; es libertarlos. Concedamos crédito a la difusión de la sabiduría y, sobre todo, a los recursos de la naturaleza. Aquellos bárbaros que improvisaron la Revolución Francesa fundaron la política contemporánea. ¿En dónde aprendieron la explotación complicadísima de la industria de gobernar? Cuando la humanidad está de parto, confiemos en lo invisible. No nos aflijamos de que no se enseñe a parir a las madres.

Al doctor Ritter le extraña que los sindicalistas «profesen el mismo ideal que cualquier fabricante de tejidos: el de la más grande producción», y a mí me extrañan esas líneas del doctor Ritter. El profesor Novicov, que suele burlarse cruelmente de los socialistas de todo matiz, declara, después de compulsar estadísticas, que los nueve décimos del género humano padecen en mayor o menor grado el hambre y el frío. De diez semejantes nuestros, nueve no se alimentan ni se visten lo bastante. Seamos, pues, «prosaicos» hasta el punto de exigir la más grande producción de ropas y de pan, y no temamos profesar los ideales del burgués, el cual no se preocupa de las necesidades ajenas ni de la más grande producción, sino de la más grande ganancia, que es a veces lo contrario. ¡En esta sociedad absurda y hambrienta, ocurre que un exceso de pan ocasiona desastres! Cuentan los biógrafos de Fourier, que, hallándose en Marsella, los dueños del establecimiento en que servía diéronle el encargo de arrojar al mar un considerable cargamento de arroz que habían dejado pudrir con el único fin de mantener el alto precio a que por entonces se vendían en Francia los artículos de primera necesidad.

Y es desde aquel día que Fourier, lleno de noble ira, se consagró por entero a su apostolado reformador.

Dos palabras sobre el anarquismo. No hay que hacerse ilusiones; una clase crece siempre más de prisa en fuerza material que en fuerza moral. El proletariado, al volverse más fuerte, se vuelve más violento. Por desdicha, es probable que triunfe por la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las violencias estériles por las violencias fecundas.

El anarquismo, extrema izquierda del alud emancipador, representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. No haré a mis lectores la ofensa de suponerlos capaces de confundir, a semejanza de lo que *fingen* muchos burgueses interesados, anarquista y dinamitero. Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o León Tolstoi, anarquista místico, nos lancen alguna bomba. Hay una cosa quizá más grave que los explosivos; es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakunin: «Destruir es crear».

Se condena la violencia, pero somos hijos de ella, y por ella nos defendemos de los criminales y de los locos, y mediante ella dominamos los espasmos del mar y del viento. Eliminar la violencia es un quimérico ideal; el mundo tiene un aspecto mecánico, en que necesariamente sobreviven las energías, no por ser más justas, sino

por ser mayores. Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia; desprenderla del pasado y vincularla al porvenir. Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia. Jamás ha mejorado su situación por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo. «En Francia, dice Buyll, la legislación social ha sido impuesta pieza a pieza por los movimientos de la calle o por la agitación de las reuniones y de la prensa... El proyecto de la jornada de ocho horas en las minas se aprobó en plena movilización del ejército de hulleros... No se hubiera llegado en Inglaterra a fijar la duración de la jornada legal en las minas sin la imponente organización y la periodicidad de los congresos obreros que allí trabajaban». ¿Acaso hubiera hecho Rusia lo que ha hecho en favor de las masas populares sin el levantamiento de 1905?

Confesémoslo: la violencia hizo prosperar más a las sociedades de resistencia que el dinero. Los mecánicos ingleses gastaron veintisiete millones en socorros, y perdieron la huelga. ¡Ay de los trabajadores el día en que dejen de inspirar terror y no dispongan de otras armas que el llamamiento a la compasión y a la equidad! Merced al terror han conseguido tratar con los patronos de poder a poder. El relato que hace Yvetot del caso de los *dockers* de Cette es instructivo:

«Los patronos, pensando influir sobre el ánimo de los obreros, les invitaron a una entrevista patronal para terminar la huelga.

»Una corta comisión del sindicato, compuesta de hombres sólidos, se presentó. Su contacto no agradaba a los explotadores, que pensaban acabar pronto aturdiéndoles con promesas y subyugándoles por intimidación.

»Después de un rato de discusión seria, sin resultado, los patronos querían despedir a los invitados, pero éstos cerraron las puertas y declararon a los patronos que no saldrían de allí sin el convenio firmado por ellos, como deseaban los obreros.

»En seguida los delegados obreros se pusieron a fumar, a hablar y a cantar, como si estuvieran de sobremesa en un banquete.

»En vista de aquella actitud, extraña pero enérgica, los patronos, aburridos y asustados, se sometieron y firmaron, haciendo después honor a sus firmas.

»Aquellos patronos comprendieron que trataban con hombres».

Las uniones gremiales han alcanzado tal prestigio, que se ha visto en Inglaterra a los obreros del algodón intervenir como árbitros entre los importadores y fabricantes, solucionando el conflicto que se les sometió. Señalemos las generosas iniciativas de los sindicatos, la institución de las «sopas comunistas» y el éxodo de los hijos de los huelguistas a las casas de los trabajadores de otros lugares. Pues bien, tengamos el valor de reconocer que esa potencia, esa especie de autoridad, esa dignificación del proletariado son en parte producidas por la violencia, el boicot, la huelga, las batallas con la policía, el sabotaje, el incendio y la bomba.

¡La bomba! ¡El crimen! Sí; mi sensibilidad se subleva ante el gesto del asesino. Yo concibo sacrificar mi existencia, pero no la ajena. Yo llevo clavada en el alma, como un dardo de luz, la persuasión de que lo esencial no es aplastar los cerebros,

sino poblarlos. Y, sin embargo, me pregunto a veces si mi corazón se equivoca, si es necesario quizás a la humanidad, para que siga marchando, como lo era a Beaumanois para seguir combatiendo, beber la propia sangre. Me pregunto con tristeza infinita si es necesario herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta.

¿Crimen? Sí, y malditos seamos nosotros, hijos del crimen, padres del crimen. Pero si hay diferencias en el crimen, yo digo que el de los anarquistas, que hacen la «propaganda de la acción», el de los que matan por la idea, por «amor» —¡horrible paradoja!—, el de los que eligen ser a un tiempo verdugos y mártires, es un crimen más respetable que los crímenes de tantos *héroes* cuyas estatuas se yerguen en las plazas públicas.

Los atentados anarquistas, que suelen ser pura consecuencia de los atentados de los gobiernos, se suprimen con una ferocidad insensata, causa de nuevos atentados de la oculta desesperación universal. En Rusia, donde no hay pena de muerte para los delitos comunes, se considera el anarquismo delito político. Allí, de 1905 a la fecha, TRES MILLONES de personas han sido ahorcadas, confinadas o deportadas. En otros países donde no hay pena de muerte para los delitos políticos, se considera el anarquismo delito común. Se instala el estado de sitio, los procedimientos inquisitoriales, se dictan leyes *ad hoc*, se viola la ley. Recordad los siniestros procesos de Montjuïc, en que perecieron docenas de inocentes. Recordad a Ferrer. Hace pocos meses que en Buenos Aires, con motivo del asesinato del coronel Falcón, mil quinientos o dos mil proletarios fueron perseguidos. Dos mil familias cayeron en la miseria. Y no recojo los rumores insistentes de fusilamientos en los calabozos, de ataúdes sacados de las cárceles en el silencio y las tinieblas de la noche.

El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquellos morían. Éstos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor que, a través de las válvulas, revela la incalculable presión de las calderas. Y, ¡detalle curioso!, el antagonismo entre anarquistas y socialistas es la última carta de la burguesía. La gran Internacional, que hizo vacilar a Europa, fracasó por la divergencia entre los discípulos de Marx y los de Bakunin. Si la actual Internacional lograra la unión de las dos ramas en el terreno relativamente neutro del sindicalismo, los minutos que le restan de vida a la sociedad capitalista, estarían contados.

3. La cuestión social en el Paraguay

Que haya cuestión social en el Paraguay le parece al doctor Ritter una broma de mal género.

«¿En el Paraguay, dice, en el Paraguay, cuyas tres cuartas partes no han salido

todavía de la economía natural? ¿Donde una gran cantidad de relaciones jurídicas y económicas: arrendamiento, locación de servicios, compra-venta, se rigen, no por la ley escrita, sino por la costumbre, y se liquidan, no con dinero, sino *in natura*? ¿En el Paraguay, donde en todo tiempo, fuera del de la crisis, la demanda de brazos supera a la oferta, de suerte que es el obrero quien impone sus condiciones y exigencias a los patronos, y no al revés? ¿En el Paraguay, donde el carpintero, el albañil y cualquier obrero manual gana el doble y el triple del maestro de escuela, del empleado público, del periodista?... ¿Cuestión social, aquí, en el Paraguay? ¡Vaya..., vaya!».

No veo sino un modo de que no hubiese cuestión social en el Paraguay, y es que la sociedad paraguaya fuese perfecta.

¿La cree perfecta el doctor Ritter? ¿Se puede negar el estado miserable de la población? Recientemente un adversario me atribuyó el aserto de que el Paraguay es el pueblo más hambriento de la tierra. Yo no he aludido al hambre sino a la alimentación deficiente, lo que es muy distinto. La alimentación tiene que servir para algo más que para matar el hambre. El campesino paraguayo se nutre de maíz, mandioca, un poco de sebo y carne vieja y unas cuantas naranjas. Lo que contribuye a mantenerlo en su abatimiento semipatológico no es precisamente la escasez, sino la odiosa uniformidad de la comida. Hay en Europa presidios en que el *menú* es más variado que el de nuestros trabajadores, y no obstante ocasiona, si no se cambia de cuando en cuando, esa inanición especial de las cárceles. No insistamos, porque sería cruel, en el abandono de las masas, en su ignorancia, en su, a veces, bochornosa resignación. ¡Pobres paraguayos, desvalijados por abogados y procuradores, apaleados por los jefes políticos, arreados a patadas al cuartel! ¡Cuántas dolencias sufre este noble país, donde, según el doctor Ritter, no hay cuestión social!

Si el carpintero gana más que el maestro de escuela y que el empleado público, deduciremos simplemente que también hay una cuestión social para los empleados y los maestros de escuela. En todas las naciones se agrega al proletariado obrero el proletariado de los intelectuales y el de los funcionarios.

Es inevitable la cuestión social donde rige el principio de la propiedad privada. Admitimos que el Paraguay no padece hoy los excesos del capitalismo. Mañana los padecerá, traídos forzosamente por lo que llamamos democracia, civilización, progreso. El planteo de la cuestión social sería tanto más ventajoso cuanto que es siempre más fácil prevenir que curar. La renovación humana podría ser aquí una evolución, y no una revolución. Al lado tenemos a los argentinos; hace pocos años eran sus condiciones económicas semejantes a las nuestras. Y ya han entrado en la era de la dinamita.

Pero ni siquiera nos es permitido consolarnos con la *envidiable* situación del operario paraguayo. A las costureras de blanco se les paga en La Asunción tres pesos papel por una docena de camisas de hombre. El comerciante lucra el quinientos o seiscientos por ciento. Harto estoy de escandalizarme del sueldo de los peones de estancia, condenados a la ruda faena del rodeo y del lazo, pasándose días en ayunas y

al sol: ¡veinte pesos, ocho francos al mes!, y los obrajes, los quebrachales, los yerbales... He denunciado al público, en 1908, que 15 000 paraguayos son esclavizados, saqueados, torturados y asesinados en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Nadie manifestó el menor afán de verificar los hechos y remediar tanta infamia. Ni el gobierno cívico ni el radical se ocuparon del asunto. ¿Paraguayos esclavizados?

¡Valiente novedad! El patriotismo tiene otros negocios que atender. El único ciudadano —¡ironías de la suerte!— que se dirigía a las autoridades —vanamente—, reclamando ayuda para los parias del Alto Paraná, era... monseñor Bogarín, a quien oí decir en broma una vez: «Lo que necesitan aquellos infelices es que les visiten unos cuantos anarquistas». Las publicaciones de Julián Bouvier, desde Posadas, y las mías, decidieron al gabinete argentino a enviar una comisión que examinara los yerbales de Misiones. Más ha de agradecer el proletariado paraguayo a los gobiernos extranjeros que al suyo.

Convenga el doctor Ritter en que si los obreros de los yerbales se hubiesen organizado en sindicatos, habría una vergüenza menos en América.

Escribe el doctor Ritter: «Aquí, en el Paraguay, siempre atrasado (¿lo “adelantado” es conformarse con el capitalismo?), algunos intelectuales, hace poco, han procurado importar el socialismo, pero, como era de prever, sin ningún resultado».

No conviene juzgar precipitadamente la influencia de las propagandas. El porvenir dirá. Observaré tan sólo que habría deseado que el gobierno, compartiendo la opinión del doctor Ritter, no me hubiera dado importancia. Me hubiese ahorrado así dos meses de hospital en Montevideo.

Ni el Paraguay, ni el último rincón del globo se sustraen ni se sustraerán a un movimiento humano de la trascendencia de la emancipación económica. Se trata de una ola más alta y más profunda que la extensión del cristianismo en los siglos xv y xvi, que la extensión de la democracia en el siglo xix. Es el clima social del planeta lo que se transforma; ¡aunque alcéis en torno muros de diez millas, no detendréis la primavera! Nada detendrá la marcha del pensamiento en busca del dolor, y el dolor está en todas partes. Nada detendrá al tiempo.

¡Ojalá que un día, el espíritu amplio y penetrante del doctor Ritter, cediendo a la fe, madre de las cosas, acabe por acompañarnos en nuestra ascensión a la luz!

EL PROGRESO

Creo indispensable empezar declarando que con estas conferencias, o, mejor dicho, *causeries* leídas, no hago ni pretendo hacer política. No basta estar alejado de ella: hay que parecerlo; ¡y qué difícil es parecerlo en los países latinos! Cuando las intrigas públicas encaminan las negociaciones amorosas y deciden la elección de las corbatas, bueno será expulsarlas expresamente de la pluma y de la lengua. He venido aquí a ejercitar el albedrío de la razón. Cierto que las ideas son subversivas sólo por ser ideas, pero ¿qué importa? La política no cede más que a los hechos. La verdad, inofensiva cuando nace, necesita, como los ríos, vagar mucho por el mundo antes de ser capaz de fecundarlo, embellecerlo o arrasarlo. Este puñado de pensamientos que os ofrezco no dislocará el orden existente; acogedlos de buen talante, defiéndalos la inocencia de su poca edad.

Quisiera hablaros de la conciencia moderna, de los gestos generales del espíritu contemporáneo; quisiera bosquejar una psicología del siglo. No me juzguéis presuntuoso; no temáis nada parecido a un tratado de sociología. En primer lugar, no sé verdaderamente ni si el siglo tiene *una* psicología, ni si hay *un* espíritu contemporáneo; son modos de expresión valederos por su comodidad. Se me figura, sí, que la humanidad es más una, más organizada que en otro tiempo; que hay en ella más ecos y más reflejos; que es más transparente y más ágil, que la vida corre más de prisa por su ardiente y agitada superficie; de ahí no paso. Conocéis, sin duda, el procedimiento de superponer millares de fotografías para obtener un tipo medio de raza o de nacionalidad; pues bien, suponed superpuestas las imágenes de los cerebros que han vivido en los últimos ciento cincuenta años; imaginad la mentalidad total más o menos condensada en puntos distintos, a la manera de las sombras que modelan los rostros; añadamos a ese claroscuro el colorido de las pasiones que han llenado centuria y media; se nos presentaría un cuadro sintético muy diferente del análogo en la época de las cruzadas, de Julio César o de Sesostris. El método en cuestión, a ser hacedero, nos marcaría las fronteras y las cumbres de la inteligencia social; nos revelaría la intensidad y los matices de la sensibilidad de la especie; nos dejaría sospechar aquí los tonos purpúreos y sombríos del ocaso, allí la virgen claridad de la aurora. Mi objeto es muy semejante; subrayar los rasgos moribundos o nacientes del alma de hoy.

Dios me es testigo de que no os amenazo con ser completo; ser completo es ser inútil; existimos para completarnos los unos a los otros. No examinaré más que los aspectos que me han interesado especialmente y que me han sugerido reflexiones originales. Deploraría que vuestra benevolencia llegara al extremo de aceptar en seguida mis fórmulas. No deseo llevar la convicción, sino despertar la duda. Me complace que vuestro intelecto siga funcionando después del mío, aunque sea contra el mío. Mi proyecto es provocar en el interior de vuestros conceptos y de vuestra moral un pequeño temblor de tierra; conseguir desnivelar un cimiento, agrietar un

muro. Me encantará que no salgáis de esta sala satisfechos y tranquilos, sino inquietos y quizá algo irritados.

Siempre es más bello desplegar las velas que anclar en las aguas dormidas. Siempre es más fructuoso sembrar en los corazones la angustia que la paz. «Mis únicos discípulos auténticos, decía Renán, son los que se han atrevido a contradecirme»; palabras admirables.

El hombre, animal curioso que está en camino de renovar el Universo y que ha inventado la inmortalidad practicando el suicidio, no ha variado sensiblemente de armazón en el curso de la historia. Las florecidas y marchitas civilizaciones, ráfagas que han exaltado o consumido a los pueblos, estaciones irregulares del clima humano, ritmos oscuros de la gran armonía secreta, aparecen y desaparecen devorando sus ruinas sin descanso. Son la expresión ondulante de la humanidad, las vestiduras diversas bajo las cuales palpita una desnudez idéntica a sí propia. Contemplad nuestros cuerpos, ¿quién nos adjudicará mayor salud, mayor robustez, mayor hermosura que hace mil, dos mil, cuatro mil años?

Contad nuestros huesos, nuestras uñas y nuestros dientes, medid nuestra talla y la longitud de nuestros saltos; apreciad la potencia de nuestros músculos y la resistencia de nuestros órganos. Los gladiadores del imperio y las lanzas torneales de la Edad Media harían ganar mucho dinero a un Barnum resucitado, pero tampoco harían mal papel en los juegos olímpicos nuestros deportistas de profesión, y en un asalto de lucha romana donde interviniera Paul Pons, no se apuntaría quizá las mejores apuestas Milón de Cretona. Mas no sólo permanecemos invariables en nuestras energías brutas, sino que nuestra figura mantiene un parentesco evidente con nuestros abuelos de la tradición. El suelo no es el lecho natural y definitivo de las naciones. No hay cielos bastante indulgentes, primaveras bastante suaves, cosechas bastante copiosas en abundancia y en delicia para retener a la multitud. No hay sierras escarpadas, abismos bastante profundos, mares bastante pérfidos para detenerla. No hay dique al terror que la enloquece, a la ambición y a la codicia que la transfigura, a la curiosidad que la irrita, al tedio que la envenena. Caravanas que transportan el oro y expediciones que transportan el saber, hordas de pillaje y tribus fugitivas, lo que acomete, huye, vaga, arrebatada o busca, los nómadas de ayer y de mañana, el Ahasverus inmortal es el que abre con sus pies doloridos los senderos del universal tránsito y tiende la red que cubre las latitudes y amalgama las plebes. El odio confunde las sangres en los campos de batalla y el amor las torna a confundir sobre los tálamos. El globo es un crisol donde las generaciones hierven. Y sin embargo, no hemos visto surgir del globo un tipo nuevo. No hemos sacado del crisol otras sustancias que las que en él entraron. La química de las épocas es impotente. Las razas, como el aceite y el agua, se mezclan sin combinarse. La inmensa y pintada trama de las poblaciones sobre los continentes está tejida con unos pocos hilos irisados y tornasolados, con infinita variedad, y nos es preciso, para descubrir su intrínseca sencillez, acercarnos a la enorme tela y mirar el cable recién cortado,

teñido aún de su color primero. Así se yergue de pronto ante nosotros en la calle o en la senda campesina, un modelo de Fidias, un germano que acaba Tácito de retratar, un asiático de nariz aplastada y pómulos salientes, un árabe cuyos anchos párpados no se entornan ya bajo los pliegues del turbante. Inesperadamente, se manifiesta lo persistente de nuestra estructura. Somos, por lo común, en el caos étnico de nuestra era, formas fragmentarias, turbias e inestables, pero en nosotros está depositada la originaria medida y, por eso, a veces resplandece aislada y pura. Cantan en nosotros rumores confusos, hechos siempre de las mismas siete notas; por instantes, una de ellas se desprende de su prisión pasajera y alza en el espacio su grito inconfundible. «Todo hombre, piensa Montaigne, lleva la forma entera de la humana condición».

Hay más todavía. Corre una leyenda vulgar. Mucho antes de que los caducos narradores guardaran las remotas reminiscencias que engarzadas en fábulas heroicas y pueriles nos alcanzaron apenas; cuando eran océanos las llanuras, islas los lagos, las montañas precipicios y geografía nuestra geología; cuando el planeta sufría intemperies y ardores esculpidos para nosotros en su rugosa piel, y animales de especies desvanecidas erraban por paisajes fantásticos donde hasta el firmamento era otro y tenían por cementerio, vaciados y fotografiados en las rocas, las entrañas futuras de la tierra, colocamos como antepasado nuestro un cuadrumano primo de los antropoides de África y de la Polinesia que brincaban a lo alto de extraños árboles y se transformaban después en el aborigen peludo habitador de cuevas. Es leyenda. Para un extenso público, Darwin habrá demostrado esa tontería, que descendemos del mono. Los sabios más probos no se libran del sucio contacto de la popularidad. Vulgarizadores de pacotilla y periodistas sin asunto han propagado un ridículo sólo favorable a los cristianos que descienden modestamente de Dios Padre Todopoderoso. Y siendo lo ridículo con visos de novedad brillante el alimento habitual de las inteligencias corrientes, se cree en estaturas primitivas colosales, en bíceps y masas inverosímiles. Los que imaginaron al final de la escala de los mamíferos un ojo en medio de la frente, no conciben la edad de piedra sin miembros recios como la piedra, y se figuran las cavernas albergando a seres capaces de disputar a los osos su domicilio. No obstante, ningún dato de buena ley confirma que nuestros abuelos fueran titanes: todo lo contrario.

Las contadísimas osamentas suyas que, a modo de pedazos de granito pulimentados por el paso perenne de las aguas, han resistido al abrumador torrente del tiempo, sin fondo y sin orillas, nos evocan tipos muy parecidos a los australianos actuales, de escaso desarrollo anatómico.

Y lo raro es que esos salvajes absolutos, anteriores al recuerdo humano, no eran tan salvajes como los de ahora. Los muros de sus viviendas pétreas están aún cubiertos de pinturas y grabados naturalistas, representando bestias tales como el mamut y el *ursus spelaeus*, que se han extinguido para siempre, sin lograr sobrevivir al ligero trazo que las describía. En vez del mono padre, nos encontramos con el hombre hermano, no sólo hermano en el cuerpo, sino en el espíritu; embriagado ya

por las visiones de su fantasía y presa del afán irresistible de proyectarlas sobre el más allá tenebroso que le acechaba y nos acecha. No deduzcamos exageradamente: ¿qué sabemos de aquel pasado casi impenetrable? El polvo recogido rascando aquí y allí la corteza terrestre, es poca cosa para reconstruir cientos de siglos. La paleontología, ciencia informe y monstruosa como su objeto, presenta hechos de índole diversa y de alcance problemático. Establece, por ejemplo, al desenterrar el portentoso espectáculo de la evolución de algunos terrenos, que mientras el hemisferio boreal desplegaba soberbiamente la vida, el austral la retardaba y empobrecía, concluyendo que, por la virtud de causas ignoradas, una mitad del mundo es, sin comparación, más fecunda que la otra. Y establece también hechos no imponentes y vagos, sino maravillosamente precisos y perfectamente inútiles, v. g., que el estado magnético del globo se halla, por decirlo así, archivado en las arcillas de las vasijas prehistóricas, de suerte que nos es dable medir el ángulo que hubiera señalado hace miles de años la brújula, si alguien en aquel entonces la hubiera usado. El instrumento de investigación es, pues, rudimentario y caprichoso, pero si algún resultado arroja es, sin duda, el de la identidad física de nuestra especie, el de la actualidad continua de nuestro molde plástico.

Nuestra carne es la misma, lo mismo serán nuestros instintos fundamentales, crueldad, astucia, lascivia, parada, que son el forro de la carne. El cuerpo es la estatua del alma, y si para el idioma misterioso y apenas deletreado de la fisiología hubiera diccionarios, dibujaríamos la arquitectura íntima de nuestras virtudes y de nuestros vicios. Las líneas de la estatua no se alteraron en el breve plazo de la historia; no se alteraron tampoco las líneas de la conciencia. La escultura antigua conserva su prestigio de documento vivo. Y pedimos lecciones a los moralistas inmemoriales del Oriente. No hemos perdido la adaptabilidad de nuestra diestra y dócil musculatura, ni la compleja vitalidad de nuestra mente susceptible de moverse en direcciones simultáneas. Tampoco hemos perdido un adarme de nuestra ferocidad combativa y sexual, de nuestra vengativa paciencia, de nuestro egoísmo indispensable. Yo no afirmaré jamás que el cerebro de Pasteur sea superior al de Arquímedes, el de Tolstoi al de San Pedro, ni el de Spencer al de Santo Tomás. Yo no propondré jerarquía alguna entre Maquiavelo y Chamberlain, Zola y Homero, Praxíteles y Rodin, Whistler y Leonardo de Vinci. Pero no admitiré que Bonaparte sea menos sanguinario que Atila... El sublime capitán de bandidos, cuando delante de la hoguera de Moscú, doblemente trágica en medio de la helada estepa, comprendió que no sólo de carneros se componía la Europa, y que su desprecio de gigante no bastaba a la desesperación de sus víctimas, olvidó un momento la farsa terrible de su cariño al soldado y la comedia de su patriotismo. Citaré textualmente una carta de José de Maistre, escrita en Rusia a Blacas el 13 de noviembre de 1912: «Los franceses, en los últimos tiempos, han comido carne humana. Se la ha encontrado en la mochila de varios prisioneros. El general Korff ha visto a tres que asaban a otro. Lo ha atestado en una carta que está aquí, y el emperador lo confirma». Carta del 24 de diciembre:

«Imaginad, querido conde, un desierto de mil verstas cubierto de nieve sin ningún rastro de habitación humana; he ahí la escena. Allí la humanidad y la caridad misma son impotentes. Los franceses han cesado hasta de ser salvables, pues si se les calienta se mueren, y si se les da de comer se mueren también. Un médico francés, hecho él mismo prisionero, ha dicho que lo mejor que se podría hacer con ellos sería fusilarlos. Alimentados desde largo tiempo execrablemente, exhalan tal olor que no puede uno acercarse a ellos a diez pasos, y que dos o tres de estos desgraciados son suficientes para hacer una casa *inhabitable*». De la misma carta: «Bonaparte, en el paso de la Beresina, apenas hubo puesto el pie en la orilla derecha, mandó quemar el puente. Se le hizo notar todo lo que dejaba al otro lado, unos veinte mil hombres y todos los bagajes. Respondió: “¿Qué me importan esos sapos? Que se arreglen como quieran”». Y después de Napoleón vino Bismarck. Con qué alegría indecente prendieron fuego a París los cañones del vándalo Bismarck; frente a la noble mansión del pensamiento y del arte, bañada en la gloria de diez siglos como en una claridad augusta, era el jefe del Norte que divisa estremecido de concupiscencia y de cólera bajo el cuero tosco de sus arreos, los tibios jardines de Italia, donde la voluptuosa blancura de los mármoles y la luz dorada de los frutos sonríen entre los sombríos laureles. El fiero testuz del invasor, demasiado espeso para entender, embiste para aplastar; sus dedos de ogro, demasiado groseros para la caricia, se desahogan en el estrangulamiento. Cuenta Plutarco, que cuando la Atenas del Ponto, Amiso, fue incendiada por las tropas de Lúculo, el general se precipitó a los mercenarios ebrios de saqueo ordenándoles, implorándoles que cesaran sus profanas violencias, que respetaran aquella obra insigne de una cultura adorada por Roma. Lúculo era un civilizado, mientras que Bismarck era un bárbaro, bárbaro de genio, como le llamó Gaetano Negri, pero bárbaro ante todo. Inquisidor sin dogma, a raíz de la capitulación de Metz negó el cloroformo a los heridos franceses, imponiendo las torturas del bisturí y de la sierra a aquellos infelices manchados ya con la derrota. ¿A qué continuar revistando conquistadores?

¿No es la guerra crueldad? La crueldad guerrera alegaría la prolongación del oficio, el lujo del valor, la abrasadora temperatura que acompaña al meteoro. Convence mejor la crueldad reposada de los poderes normales, la crueldad administrativa. Es más instructivo bajar a las minas de Siberia, cruzar el vasto Imperio del martirio burócrata para echar una ojeada a los cuarteles prusianos y a las fábricas latinas y descansar del viaje en el hospitalario castillo de Montjuïc, donde los guardianes civiles de S. M. retuercen los testículos a los presos.

Me dirijo a un auditorio compuesto en su mayor parte de personas cuyas familias emergen apenas de una noche de horror, y esto me dispensa de insistir en lo que se refiere a las repúblicas americanas, las cuales, gracias a la circunstancia pintoresca de las constituciones liberalísimas, resaltan en toda su limpieza la crueldad caudillesca de los departamentos. Son hijas legítimas de España, de la España neta de los pronunciamientos, de aquella España en que Narváez moribundo contestaba al cura

confesor que le exhortaba a perdonar a sus enemigos:

—No los tengo, padre.

—¿Cómo, hijo mío?

—Sí; los he hecho fusilar a todos.

Es más eficaz aún para palpar nuestra crueldad perdurable, confrontar la de los débiles con la de los poderosos, espiarla en el funcionamiento regular de las costumbres, olfatearla bajo la hipocresía rapaz de las relaciones sociales. Observaremos la descomposición general de los hogares, donde los esclavos del despotismo económico alivian la exasperación de sus nervios con la injuria a las mujeres y a los niños; notaremos que la máscara a medias de la cortesía deja filtrar miradas siniestras y que el encanto de los salones reside principalmente en el progreso de la difamación y en la habilidad de la calumnia; comprobaremos que el chantaje sostiene a los dos tercios del periodismo; tocaremos constantemente este hecho universal: la honda sensación de bienestar que nos produce la desgracia ajena. El síntoma fulminante de la crueldad colectiva es que las únicas fiestas capaces de juntar a los mendigos y a los millonarios, a los lacayos y a los príncipes, a los imbéciles y a los intelectuales, son las fiestas de peligro, de sangre y de muerte: corridas de toros, riñas de gallos, de boxeadores, de fieras; gimnasias asesinas, en que una distracción, un titubear imperceptible son la catástrofe. El que no ha presenciado en un *hall* de París o de Londres el *Círculo de la Muerte*, ese desplome delirante de un cuerpecito de muchacha lanzado al despeñadero artificial; el que no se ha fijado en el sudor lúbrico de los rostros, en el rayo implacable de las pupilas hambrientas, en la tensión estallante de dos mil seres modernos, pertenecientes a todas las clases, a todos los países, a todas las carreras, magnetizados por la inminencia del desastre, no sospecha la reserva de crueldad estancada en nuestro organismo, ni el infierno silencioso de nuestras pasiones comprimidas. Al circo de la campaña rusojaponesa asistió la humanidad que lee los diarios, seducida por la matanza; cada día el telégrafo distribuía por la redondez de la tierra una ración fresca de barbarie, devorada en seguida, mísera pitanza para tantas garras y fauces ociosas. Pero las conquistas coloniales son síntesis perfecta de la crueldad común. Enfrente de razas indefensas, el colono de sable, lejos de la metrópoli y de los hábitos ciudadanos, escapa a los lazos tenaces y múltiples que desmenuzaban su crueldad disimulándola, y se entrega a excesos increíbles. Así, a fines de la Edad Media, los católicos «hicieron reaparecer la esclavitud con el tráfico de negros y el trabajo en las minas de América; de tres millones y pico de desdichados, cincuenta mil fueron arrojados al agua, mientras que el resto era condenado a una miseria y sufrimientos crueles en las minas o a gemir bajo el látigo en los cañaverales y arrozales» (Blavatzky). Según Bancroft, en nombre de la Santísima Trinidad firmó el gobierno español más de diez tratados autorizando la venta de quinientos mil seres humanos. Ahora ocurre poco más o menos lo mismo. Si la gente de Pizarro o de Cortés corría a los indios con perros de presa, los yanquis, de cuyas empresas contra los filipinos tendremos pronto

noticia detallada, se ensayaron en los pieles rojas, aprendiendo de ellos a desollar cadáveres, y los oficiales franceses matan el aburrimiento en Madagascar cazando panteras, para lo cual ponen de cebo, atada en un tronco, una niña indígena. El refinado del siglo XIX, ante las tribus salvajes que ha ido a redimir, se ha mostrado lo que es verdaderamente: un salvaje, un hombre. «Los pueblos que llamamos bárbaros —dice Anatole France en su libro reciente— no nos conocen todavía más que por nuestros crímenes». ¿Crímenes? No. La crueldad es necesaria, y lo necesario no puede ser malo.

No seguiré con la rapsodia paralela de la crueldad sexual y de la astucia: el balance sería equivalente. Veríamos que hemos ennoblecido la prostitución y que hemos consagrado la mentira denominándola diplomacia, la cual, por boca de Talleyrand, murmura que «el lenguaje es dado al hombre para disfrazar su pensamiento». Dos mil años después de contratar para la deshonra de Cicerón a aquella desenfadada Clodia «que había adquirido en los bordes del Tíber una quinta donde los jóvenes iban a bañarse desnudos y que en su casa vendía y compraba la lujuria, haciéndose pagar de una parte de sus amantes lo que le costaba la otra», conseguimos aniquilar al ilustre Parnell envolviéndolo en un proceso por adulterio que es un prodigio de saña. Iguales complots domésticos, iguales complots políticos. Los procedimientos cambian, el carácter perdura. Jamás los escándalos se han preparado con tal maña; jamás se han tendido los individuos y los pueblos trampas tan viles. Los Estados Unidos están en este momento robando a Cuba; cierto que es burda su estrategia y que los pretextos que aducen hacen reír, mas la cuestión de Oriente, esmaltada de trecho en trecho por las carnicerías de Armenia y Creta, acumula desde medio siglo atrás la más extraordinaria lista de discretas infamias que hayan nunca cometido embajadores cristianos. Y el Vaticano, ¿acaso no fue siempre una insuperable cátedra de jesuitismo? Lammenais no esperó la novela del defensor de Dreyfus para escribir a su amiga la condesa de Senft; «Roma es un desierto moral... ruinas bajo las cuales se arrastran, como inmundos reptiles en la sombra y en el silencio, las más viles pasiones humanas». Lammenais se indigna tanto porque no reflexiona que en todo tiempo ha pasado lo propio, y no solamente en la sagrada Roma.

El progreso no existe. Habrá existido prehistóricamente, existirá tal vez, pero no existe. Si el hombre tuviera una intuición más clara de su destino; si su alma hubiera abordado el alma de la Naturaleza y su dolor al dolor hermano; si el enigma de la muerte y la furia de la vida hubieran levantado en las brumas de su espíritu imágenes más serenas y más altas; si la incertidumbre hubiera purificado su conducta; si hubiera incorporado su vientre sobre el barro y su razón sobre su vientre; si fuera siquiera más feliz, hubiera progresado. Es axiomático que el arte no progresa; para su divino fruto no hay sino un otoño, y su simiente invisible no puede acapararse. Es que el arte está más próximo a nuestra realidad interior. La inteligencia no es nada; una herramienta inmóvil. El problema del mundo es un problema moral. Por eso, a pesar

de nuestro dominio creciente sobre la materia y de las dimensiones monstruosas de nuestra civilización, la silueta de Jesús está siempre en la cumbre inaccesible; Jesús era una energía estrictamente moral. Nadie ha penetrado en las regiones donde él penetró; después de él nada nuevo ha sucedido a la humanidad. El contraste entre la esterilidad de nuestra conciencia y la suntuosidad de nuestras riquezas exteriores ha engendrado nuestra filosofía pesimista y nuestra literatura humana. Somos como el potentado a quien persigue una dispepsia o un remordimiento, del que sus millones no le logran desembarazar. No es sorprendente que Laclos, un segundo Chamfort por sus ironías, achaque a flojedad orgánica la aparente moderación de nuestra cultura, y estampe «que todos los hombres son igualmente perversos en sus planes; la parte de debilidad que ponen en ejecución, la llaman honradez». Pierre Loti dice que el progreso se reduce a «la propagación del alcohol, de la desesperación y de los explosivos». Considerad que Loti y otros desengañados no son apóstoles; no partieron con el designio de fundar secta, sino de extraer lo bello; no son de esos ascetas iluminados que conminan su siglo, sino escritores observadores y prácticos, familiarizados con la acción. Loti es un oficial de marina que ha paseado por los rincones del planeta sus ojos escrutadores y fríos, su sensibilidad aguda y cultivadísima. Su temperamento de poeta instruido le ha facilitado una impresión integral penosa, preñada de fealdades y contradicciones. No se le ha ocultado que nuestra opulencia mecánica y nuestro cesarismo capitalista están yuxtapuestos a una miseria ética y estética indiscutible. Y con él, aunque no acertemos a expresarnos tan vivamente, sentimos todos los que hacemos algo más que digerir. Sentimos que nuestro florecimiento metálico y nuestras victorias ciclópeas son un fenómeno externo: que nuestro progreso no es humano. Comprendemos que los pueblos se desarrollan sucesivamente sin enterarse de que son las condiciones del medio social y del medio geográfico las que determinan el porvenir; de que la flexibilidad estupenda del sistema nervioso y la galería sin fin de las fórmulas intelectuales se adaptan con igual soltura a cada obstáculo que se presenta. Nuestra mente es un luminar que camina: según nos rodea el vacío desolado o las mil gemas de la gruta, así caminan también en torno de nosotros tinieblas opacas o resplandores mágicos. El río de la humanidad en que ruedan siempre las mismas lágrimas de sufrimiento o de esperanza, refrena o acelera su corriente, según roza la arena o el peñasco; muda el tenebroso cuadro que refleja según se aclara u oscurece el cielo. Nuestra especie parece haberse fijado; es una especie en el sentido anterior a Lamarck, sentido desacreditado después y que, por reacción contra las exageraciones de Haeckel, recobró mucho de su boga. Otras especies, ya posteriores, ya desmesuradamente más viejas, se han petrificado en su efigie obstinada; mas si la abeja edifica perpetuamente sus panales, de igual modo el hombre tampoco cambia de efigie. ¿Y quién sabe si la decadencia de las naciones y de los individuos proviene de que se arriesgaron a alejarse excesivamente de sí mismos y se perdieron y se volvieron incapaces de moldear el mundo? Entonces Proteo abdica. Las probabilidades concluyen y las

salidas se cierran. La marea del mar insondable le ahoga. Para sus voces de socorro no hay oídos. Quizá le salvarían los genios, pero son incomunicables, como las estrellas. La quimera del progreso se derrumba. El ciclo aislado que cada civilización cumple se acaba, y otra comienza o ha comenzado ya. Y nosotros, ¿qué ciclo iniciamos? ¿Qué elemento extraño, venido del caos, avanza hacia nosotros, destinado a ser nuestro siervo o nuestro verdugo? La máquina.

Si comparamos la humanidad presente con la antigua, un hecho que se destaca al primer aspecto es el aumento de población, sobre todo en los países que exigen mayor actividad, en los países fríos. Notamos luego que los hombres, considerablemente más numerosos, se mueven mucho más deprisa. La gente que se mueve más deprisa es la de la City, en el corazón de Londres, de la ciudad corazón del globo. En esta víscera cuyas pulsaciones ponen en marcha la mayor parte de la circulación económica universal, la gente corre, se empuja, se atropella, se agita frenéticamente en todas direcciones, es, en fin, la encarnación del movimiento. Nada detiene la palpitación de la City en las horas de trabajo sino una cosa: la niebla, esa lúgubre niebla negra como la tinta, imperforable a la electricidad y al sol, la niebla que a las doce del día tapa la infinita ciudad con un sudario absoluto. Todo se paraliza, es el síncope enorme. La naturaleza, jamás vencida, ha atacado otra vez, pero la niebla pasa y el hombre queda. Apartando el análisis del hombre mismo para aplicarlo a las energías mecánicas que ha hecho suyas y empezando por los animales que le sirven, vemos que los abandonan poco a poco, no por ser demasiado débiles, sino por ser demasiado lentos. El transporte y la tracción a sangre están condenados a desaparecer; y es curioso que nos hayamos ocupado de los caballos sólo para crear una raza, la inglesa, de caballos de carrera, cuya especialidad es la rapidez vertiginosa. Aquí me gustaría abrir un paréntesis a propósito del perro. También él vuela sobre los hielos arrastrando el trineo eslavo, mas no es su trabajo el que examino sino su significación moral y metafísica. Nadie ha hablado del perro tan profundamente como Maeterlinck. Escuchad: «El hombre ama al perro, pero lo amaría más si considerara, en el conjunto inflexible de las leyes de la Naturaleza, la excepción única de este amor que consigue atravesar, para acercarse a nosotros, los tabiques en todo otro lugar impenetrables que separan las especies. Estamos solos, absolutamente solos sobre este planeta de azar, y entre todas las formas de la vida que nos rodean no hay una, fuera del perro, que haya hecho alianza con nosotros. Algunos seres nos temen, la mayor parte nos ignoran y ninguno nos ama. Tenemos, en el mundo de las plantas, esclavas mudas e inmóviles, pero nos sirven a pesar suyo. Soportan simplemente nuestras leyes y nuestro yugo. Son prisioneras impotentes, víctimas incapaces de huir, pero silenciosamente rebeldes, y en cuanto las perdemos de vista se apresuran a hacernos traición y vuelven a su libertad salvaje y malhechora de otro tiempo. Si tuvieran alas las rosas y el trigo, huirían a nuestro paso como huyen los pájaros. Entre los animales contamos algunos servidores que no se han sometido sino por indiferencia, por cobardía o por estupidez: el caballo, incierto y

poltrón, que no obedece más que al dolor y que no toma cariño a nada; el burro pasivo y tristón que no se queda junto a nosotros sino porque no sabe qué hacer ni dónde ir, pero que guarda, sin embargo, bajo el garrote o bajo la albarda, su idea detrás de las orejas; la vaca y el buey, felices con tal de comer y dóciles porque desde hace algunos siglos no tienen un pensamiento suyo; el carnero aturdido que no tiene otro dueño que el espanto; la gallina fiel a su corral porque en él se encuentra más maíz y más afrecho que en el bosque próximo. No hablo del gato, para quien no somos más que una presa demasiado grande e incomible, del feroz gato cuyo oblicuo desdén no nos tolera sino como parásitos incómodos en nuestro propio domicilio. Él al menos nos maldice en su corazón misterioso, pero todos los demás viven al lado de nosotros como vivirían al lado de una peña o de un árbol. No nos aman, no nos conocen, nos notan apenas. Ignoran nuestra vida, nuestra muerte, nuestra partida, nuestro retorno, nuestra tristeza, nuestra alegría, nuestra sonrisa. No oyen siquiera el sonido de nuestra voz desde que no los amenaza más, y cuando nos miran es con la turbación desconfiada del caballo, por cuyo ojo pasa todavía el enloquecimiento del ciervo o de la gacela que nos ven por vez primera; o con el yerto estupor de los rumiantes que no nos consideran sino como un accidente momentáneo e inútil a su paso...

»Y en esta indiferencia y en esta incomprensión total en que permanece todo lo que nos rodea, en este mundo incomunicable donde todo tiene su objeto herméticamente encerrado en sí mismo, donde todo destino está circunscrito en sí, donde no hay entre los seres otras relaciones que las de verdugos a víctimas, de comedores a comidos, donde nada puede salir de su esfera estancada, donde la muerte sola establece crueles lazos de causa a efecto entre las vidas vecinas, donde la más ligera simpatía no ha dado jamás un salto consciente de una especie a otra, sólo, entre todo lo que respira sobre esta tierra, un animal ha logrado romper el círculo fatídico, evadirse de sí para saltar hasta nosotros, franquear definitivamente la enorme zona de tinieblas, de hielo y de silencio que aísla cada categoría de existencias en el plan incomprensible de la Naturaleza. Este animal, nuestro buen perro familiar, por sencillo y poco asombroso que nos parezca hoy lo que ha hecho, al acercarse tan sensiblemente a un mundo en el cual no había nacido y para el cual no estaba destinado, ha cumplido, sin embargo, uno de los actos más insólitos y más inverosímiles que podamos encontrar en la historia general de la vida». Hay que decir aún más: no es sólo la vida lo que tocamos en la mirada del perro, no es sólo con una especie con la que comunicamos, sino con todas las especies, las plantas, la tierra, los astros. No es la inteligencia de nuestro amigo, muy inferior a la de la hormiga, lo que le ha designado para su anunciación extraordinaria; es otra cosa. Está en sus ojos la probabilidad de que la Naturaleza no nos es adversa; en ese fulgor fugitivo luce una esperanza. Para el que se ha inclinado una vez sobre esas pupilas húmedas, no es un sueño vano la unidad del Universo.

Cierro el paréntesis y continúo estudiando las energías que el hombre ha

conquistado. Hasta ahora comprobamos que el incremento del total disponible y de la velocidad obtenida caracterizan nuestra época. A estos dos rasgos se añade otro: la economía, que ha originado la regularidad y la delicadeza de los mecanismos. Esa ley de aprovechamiento, correlativa del teorema físico de la mínima acción, es el alma de la máquina. Si hemos salido del artefacto elemental, palanca, rueda, polea, tornillo; si estamos renunciando al empleo rudimentario de nuestros músculos y los de los animales, del empujar incierto de los vientos y de las aguas, no es por un superávit de potencia, sino por un déficit que había que escamotear con disposiciones ingeniosas, obligados como estábamos a hacer frente a contrarios cada vez más temibles. El frío y la aridez de los países sajones son padres de sus ingenieros. Los esclavos orientales introdujeron en Roma innovaciones incesantes, la naturaleza mecánica y el secreto del éxito de los jesuitas en todas las latitudes consiste en que son buenos arquitectos y buenos industriales, en que la disciplina brutal de la compañía los ha convertido en herramientas insustituibles. La más fútil y graciosa de las ornamentaciones modernas es hija de alguna necesidad insoportable. Cuando contempléis un detalle de construcción inesperado, un motivo decorativo oportuno, una acertada ocurrencia de metal o de arcilla, pensad: alguien ha sufrido. El más leve y alado destello de vida procede de la muerte que apremia. Así el vasto batallar del hombre consigo mismo y con la casualidad rebelde le ha hecho ahorrar sus recursos, y afilarlos como un arma para abrirse paso. Hay demasiada piedra en las Pirámides; la columna, el arco y la ojiva han ido espiritualizando la roca, y el hierro del siglo XIX ha sabido reunir, en el menor peso posible, la mayor cantidad posible de inteligencia. La torre de Babel, levantada para desafiar a Dios, haría sonreír a los contemporáneos de la torre Eiffel. Y lo que ocurre con la masa ha ocurrido igualmente con la fuerza. Las máquinas antiguas nos sorprenden por el derroche de trabajo malgastado. Son torpes y ruidosas. El adelanto, más aún que en aumentar la energía, reside en distribuirla mejor. Los físicos se aplican a reducir los choques, las vibraciones, los rozamientos que absorben sin provecho alguno la potencia disponible. Por eso los formidables mecanismos modernos, avaros de su poder, son tan brillantes, tan rápidos y tan silenciosos.

El dinero, esa energía social que un lazo lógico ata a las energías naturales, ha evolucionado análogamente: crecimiento, velocidad, precisión. El activo del mayor imperio antiguo no pasaba de unos doscientos millones de francos, menos que Suiza o que Bélgica. Francia, por ejemplo, tiene su presupuesto de cuatro mil millones y la fortuna privada de los franceses asciende a doscientos veinte o doscientos veinticinco mil millones. Advierto que el valor del oro no ha variado mucho, por haber crecido proporcionalmente a las producciones de todo género. En el fausto exorbitante del siglo IV, había capitalistas de tres o cuatro mil millones como ahora. Pero la diferencia está en que esas moles se movían poco, mientras que las actuales circulan velozmente. Los tesoros dormían en los palacios; a la muerte de Julio César se hallaron en su casa cien millones de sestercios. Dormían sobre todo en los templos. Nuestros templos son los Bancos; en ellos se aglomeran tesoros incalculables, que en

lugar de ser testimonios rígidos de un ideal religioso son agentes inquietos de un ideal materialista, y fluyen sin reposo. El oro era grasa, hoy es sangre, y su riego alcanza hasta los confines del globo. El dinero marcha también hacia la máquina.

A medida que el dilema de Hamlet nos estrujaba contra el surco extranjero, nos acorralaba en los pozos de las nuevas minas o nos aventaba a playas remotas, la aventura nos hacía costear precipicios siniestros en cuyo borde no crece la hierba, testigos de convulsiones posibles a cualquier instante. Vimos cráteres en ruinas, cenizas errantes del fuego jamás apagado, que acá y allá, sobre las viñas y los olivos clásicos, entre las nieves inaccesibles de las cimas o a través de las aguas del mar, asoma de repente su cabellera fulgurante. Y atendimos a la palpitación secular de la corteza terrestre: orillas que se van sumergiendo, ciudades muertas bajo las olas, montes que llevan en su antiquísimo lomo el osario curioso de los animales marinos, continentes dislocados poco a poco, islas que surgen y lagos que se ensanchan, toda la respiración enorme del monstruo dormido. Y todo era movimiento. Nuestros pies incansables y la quilla heroica de nuestros barcos abrazaron la tierra y la suspendieron; el planeta se desplomó en el piélago sin arriba ni abajo, en el abismo total. Su estela solemne fue la elipse que esperaba, prisionera en los libros desde hace dos mil años, el advenimiento a la dinámica: fue la línea inmóvil que se convirtió en trayectoria, y que dejó de representar la forma para representar el movimiento. Y aprendimos que el sol nos arrastra con él a lo largo de una órbita de centro ignorado, y que las estrellas no son clavos de cabeza dinámica, hundidos por la mano de Dios en la bóveda celeste, sino colosales antorchas lanzadas vertiginosamente a través del negro espacio. Y las nebulosas, en los archipiélagos del océano sideral, giraron en espirales de soles sin número. Lo infinitamente grande era movimiento. Ese movimiento se insufló en la estatua vacía de la razón, conmoviendo los moldes de nuestra inteligencia, y nos fue dado marcar y prever con exactitud maravillosa los episodios del firmamento. Al mecanismo de los astros respondió el mecanismo de las matemáticas. Se estremecieron los símbolos. Las curvas fueron rastro de proyectiles; nació el concepto de fuerza; y los algebristas se pusieron a construir instrumentos. Galileo ensayaba el telescopio y echaba los fundamentos de la estática, Huygens perfeccionaba los relojes y Newton, el relojero de los mundos, sembraba la física futura en la *fluxión* con el cálculo de las variaciones infinitesimales omnipresentes. Nuestros sentidos conmutados en el de la vista, que es el analítico por excelencia, caminaron por los tubos y las redes de los aparatos y llegaron al extremo opuesto de la creación. Y no hallaron más que movimientos combinados. El microscopio reveló la agitación incesante de todas las granulaciones abandonadas a sí mismas en el seno de los líquidos. La química nos compelió a adivinar las moléculas, astros al revés que se deslizan, pasan y se precipitan perdurablemente, que en los gases bombardean a velocidades locas las paredes que los encierran. Los cuerpos sólidos fueron destituidos de su solidez. Las sustancias que nos parecen más inertes, el vidrio y los metales, ocultan en sus macizas entrañas una vida sorda y tenaz, según la cual

durante meses y años, viajan los átomos a distancias increíbles, cambiando la estructura de la masa. Y en el corazón mismo de la materia, en el átomo al principio idéntico e indestructible, sospechamos una transformación continua, una organización compleja y mudable, una vibrante gama de eléctricas pulsaciones, bellas quizás como las conflagraciones solares más soberbias. Lo infinitamente pequeño era también movimiento. Y el movimiento reaparecía en nuestro esqueleto desmontable, en la sangre que latía en las arterias y en la voluntad y el pensamiento que acudían por las fibras nerviosas con velocidades que supimos medir. En el terreno biológico renegamos la noción de especie inamovible para adquirir la de especie cambiante, elásticamente dócil a incontables causas de mudanza. Huxley, Wallace, Darwin, anglos como Newton, se atrevieron a diseñar las órbitas de los seres en la inmensidad del tiempo. El Universo, las plantas, los animales y los hombres, fueron otras máquinas.

Una máquina es una unidad. La elevada preocupación de la unidad cosmológica había presidido a las concepciones religiosas del Oriente y había inspirado la más ingenua entre aquellas escuelas de la Grecia ilustre, comentada después por los gnósticos y por los teólogos cristianos. La unidad mecánica de todo exigió a nuestra mente arranques desesperados. Había que pasar de lo cualitativo a lo cuantitativo; no era con palabras con lo que había que guerrear, sino con hechos: había que traducir esa unidad en cifras. Las balanzas y los termómetros tenían que delatarla, las agujas tenían que señalarla con sus índices agudos, los lentes y los prismas tenían que retratarla con trazos y colores. Y así fue. A lo largo del calvario lento fuimos identificando el calor y las reacciones químicas con el movimiento molecular, la luz con el movimiento del éter, el calor con el trabajo cinético, el magnetismo con la electricidad, la electricidad y el magnetismo con la luz, y con las afinidades químicas, el calor y el movimiento.

El rojo se diferenció del azul por un guarismo, y por otro se diferenciaron el rayo de la tempestad y el melancólico rayo de luna. Los elementos simples en que se habían descompuesto los cuerpos todos estaban apresados por la ley de acero de Mendeleiev. Leverrier, alzando la cabeza de sus fórmulas, decía a los astrónomos: mirad hacia aquel rincón del cielo sombrío, encontraréis un mundo cuyo peso tengo aquí escrito de antemano. También Mendeleiev decía a los centinelas del laboratorio: buscad hacia ese lado de la materia, encontraréis una nueva sustancia. Pero no bastaba; no bastaba que el espectroscopio, tamizando en un tejido de apretadas rayas la ola luminosa, mensajera del infinito, nos anunciara que los astros que nos contemplan desde los confines de lo creado tienen hidrógeno, carbono y hierro como nosotros. No bastó la identidad de los elementos en su primer origen. Hace veinticinco años que *Sir* Norman Lockyer descubrió en el sol un elemento desconocido, el helium. Mucho después Rayleigh estableció que por nuestra atmósfera vagaba un gas que en la proporción de uno por ciento había sido hasta entonces confundido en el hidrógeno. Resultó que no era sólo un gas inerte el que

había escapado a la penetración de los químicos sino cinco, el último de los cuales era precisamente el helio. Era lógico que así como cuerpos conocidos en la tierra se obtenían más tarde en el sol, se obtuvieran cuerpos extraños en el sol que más tarde se volvieron a obtener sobre la tierra. Más extraordinario es lo siguiente: en 1904 Ramsay y Soddy demuestran que el helio se forma de una emanación gaseosa del radio. Fenómeno único: «El sueño de los alquimistas, si no realizado, al menos justificado. Bajo nuestros ojos un elemento se convirtió en otro elemento». La identidad de la materia se apoyó en una evidencia experimental. Y no obstante se había hecho ya algo mejor que identificar la materia: se la había suprimido. Lord Kelvin borró la materia de la realidad y se quedó con el éter. Los átomos no son sino nudos, remolinos de éter que conservan largo tiempo su actividad y su forma, puntos semisimbólicos donde se condensan las cargas eléctricas. Nada resta del Cosmos más que la infinidad del éter, cruzada, sacudida, surcada, retemplada con la innumerable multitud de ondulaciones, emanaciones y radiaciones estudiadas y por estudiar. Síntesis fulmínea en que apareciendo el éter como un simple soporte dialéctico, el Universo se reduce a movimiento puro. ¡Qué sacrificios para alcanzar la cumbre! Nuestra sagrada inteligencia se destrozó en la lucha; se metamorfoseó sucesivamente en todos los mecanismos que creaba: alerta siempre, se somete hoy a un esfuerzo más para interpretar el desconcertante problema del radio, enigma ubicuo que ha venido a arruinar el principio de la conservación de la energía; se crispa otra vez para comprender la aparición repentina de las especies en las capas geológicas y en los experimentos del insigne Vriles, inventor del concepto de mutación que quizá sustituya al de evolución. Nuestras ideas de espacio y de cantidad se retorcieron para marcar el relieve terrible de los fenómenos. Hubo que violar el postulado de Euclides, imponer a los sentidos deformados la cuarta dimensión, hincar entre lo infinito y lo finito la cuña de lo transfinito, manejar lo imaginario y desarrollar lo absurdo con método inflexible. Pascal, que lo ha dicho todo, profetiza que un día el principio de contradicción estará de sobra. Y ciertamente que por dar la unidad al mundo hemos en ocasiones atentado a la unidad de nuestro ser. El concepto de verdad mismo se ha desvanecido; la ciencia es un desfile sin fin de hipótesis, moldes cada vez más amplios, destinados a cuajar mayor número de hechos. Todas las hipótesis son verdaderas, todas son falsas, ondas que se ensanchan y mueren unas detrás de otras lejos de la esperanza y de la paz. La realidad es lo que las máquinas opinan. No hay sino el rodar desmesurado y eterno de la máquina, el rodar mortal en que la razón humana no sabe si es la honda o es la piedra.

Y la humanidad se hace máquina ella misma. Es que las máquinas salieron del apetito, de la codicia y de la ambición. Es que ellas trajeron el pan y el lujo, la victoria y la venganza. Es que ellas nos emanciparon del miedo y nos narraron al oído el sueño sublime de encadenar a la Naturaleza. Es que ellas han hecho que los torrentes devastadores se paren a regar jardines y que los vientos indómitos empujen las carabelas inmortales; han despertado a golpes de pico el negro titán que dormía en

las entrañas de la tierra; han aprisionado la centella salvaje, que en vez de asesinar lleva el pensamiento por un hilo, y en vez de cegarnos un instante ilumina confidencialmente las noches de estudio, de dolor o de ensueños; han barrido a los invasores y han agujereado las montañas; han hecho el perenne milagro de aniquilar el tiempo y la distancia, y de multiplicar el alimento y la vida. Nos han persuadido de que el Universo es nuestro cómplice, y de que jamás encontraremos en las retortas nada que nos disminuya. La energía de las máquinas nos parece una prolongación de nuestra voluntad, de nuestra dirección y de nuestro designio. Embarcados en ellas hemos avanzado en la sombra, hemos descendido al abismo, hemos arrancado al misterio cosas informes para esculpir las después. Armados de ellas hemos agrandado la armonía alrededor de nuestra inteligencia, y por cada paso nuestro hacia adelante, ha retrocedido otro la casualidad. El fuego, la pólvora, el vapor y la electricidad cumplieron lo que prometían, lo que jamás hicieron las divinidades y los reyes. Por eso los hombres se consagran a la máquina; por eso cada hombre será una rueda y su deber consistirá en un engranaje. Por eso el mecanismo regular del oro va sustituyendo al mecanismo espasmódico de la guerra, y la sociedad entera va organizándose como una imponente empresa industrial.

La máquina fue quien mató a los monarcas y a los dioses: el movimiento mata a lo inmóvil y lo que trabaja mata a lo imposible. Una tras otra cayeron y caerán nuestras rigideces inestéticas, chicas o grandes, religiosas y públicas. Los bloques de una pieza sobre los cuales construimos nuestros efímeros reductos morales fueron aislados, socavados y cubiertos por la inundación dinámica. Oíd la inmutabilidad de Dios cantada por Fenelón: «Vos sois, y se ha dicho todo... Yo no soy, Dios mío, lo que es; ¡ay!, yo soy casi lo que no es; me veo como un medio incomprendible entre la nada y el ser; yo soy lo que ha sido, yo soy lo que será, yo soy lo que ya no es lo que ha sido, yo soy lo que todavía no es lo que será; y entre estos dos, qué soy, un yo no sé qué, que no puedo coger, que se escapa de mis manos, que ya no es desde que quiero cogerle o percibirle; un yo no sé qué, que acaba en el instante que comienza, de suerte que no puedo ni por un solo momento hallarme fijo a mí mismo, presente a mí mismo, para decir simplemente: yo soy; así mi duración no es otra cosa que un perpetuo desfallecimiento». Hoy, el creyente de la máquina, diría: «Soy un perpetuo desfallecimiento, y tú eres lo inmutable; por lo mismo yo soy necesario y fecundo, tú eres inútil. Existes y se ha dicho todo; por lo mismo no existes». Y los dioses parásitos desaparecieron. Las flechas de los campanarios están en soledad. Las oraciones no llegan hasta ellas. Los templos, a veces rebosando de cuerpos, están vacíos de almas. Se es católico por costumbre o por política. De una secta que dominó la civilización no queda más que un partido, un negocio. Se acabaron los santos y los herejes. Somos ya incapaces de construir una catedral que no sea ridícula, y de escribir un libro místico que no sea grotesco. El colosal cadáver está tibio aún, pero nadie se engaña.

Si los dioses no lograron resistir a la máquina, ¿cómo resistirán los que imperan

en nombre de los dioses, y representan la autoridad incomprensible y arbitraria de lo absoluto? Los gobiernos son todos malos, porque están encargados de mantener el orden, es decir, de estorbar el movimiento. Se conservan con una relativa estabilidad donde se han comprometido seriamente a no hacer nada. Mas no es esto suficiente. En medio de la circulación universal son obstáculos pasivos e irritantes, que el torrente humano se cansa de rodear todos los días. De cuando en cuando las máquinas de muerte que pusieron en manos esclavas, se vuelven contra ellos, y la misma dinamita que raja los montes para las locomotoras, hiende el cráneo estúpido de los que tardan en marcharse. No es el ejemplo de Rusia el que viene a mi memoria, sino el tipo medio del gobernante, el que se destierra de la verdad, rodeado del enjambre de zánganos cuyo único oficio posible es la política. Luis XVI acostumbró desde adolescente a consignar en un cuadernito los acontecimientos diarios. Nada tan sugestivo como la ausencia mental de este desgraciado, que nunca se enteró de lo que pasaba en su país. La ocupación favorita del Rey era la caza. Según las estadísticas que él mismo preparaba, Luis XVI mató en trece años 189 251 piezas y acostó 1274 ciervos; el 28 de junio de 1784 mató 200 golondrinas. Anota en su diario los 43 baños que le recetan en 26 años, dos indigestiones, varios resfríos y ataques de hemorroides. Cuando no hay caza, audiencia ni indisposición, se contenta con escribir: «Nada». Las convulsiones de Francia no llegan hasta él. En todas las fechas famosas de 1789 y de 1791 se encuentra en el cuadernito la sempiterna palabra: Nada. El ungido de Dios no sabía nada. La guillotina, que es también una máquina, despidió esta cabeza huera al cesto de las cosas inservibles.

El hombre rechaza por fin las tutelas humanas y divinas. Nos quedamos solos porque fuimos más fuertes.

Hemos aceptado la plena responsabilidad de nuestro futuro. Hemos rasgado el cielorraso mitológico que nos separa del firmamento vacío y al cabo miramos el Universo cara a cara. Hemos rehusado la ayuda de los dioses y de los vicarios de los dioses: mucho les debíamos pero les hemos despachado bien pagados. No queremos depender de la misericordia ajena, sino ser nosotros mismos los sembradores del porvenir.

Señores: jamás ha sonado en la Historia hora tan trágica. Todas las luchas de ayer, luchas de conquista religiosa o de conquista guerrera, fueron luchas humanas; ahora la humanidad comienza la lucha con algo extrahumano: la Naturaleza. Se concluyen o están por concluirse los combates dentro de la isla; se acerca el gran combate con el mar tenebroso. Toda nuestra evolución pasada parece en vista del duelo definitivo. Y al primer contacto, amor u odio entre la Naturaleza y el hombre, se engendró la máquina, monstruo híbrido que enrosca en el seno del caos las raíces oscuras de su materia y de su energía cautivas, y en cuya forma resplandece la inteligencia humana. La mole cierra el horizonte y se agiganta cada día. No podemos comunicar con el más allá, batirlo y enamorarlo sino a través de la máquina; el más allá a través de la máquina nos acecha, nos seduce o nos amenaza. La máquina es la frontera común, el

arma, el escudo y el signo recíprocos, la puerta por donde entra la vida o la muerte, el extremo inteligente de la realidad y el extremo real de nuestra alma. Muy necesaria debió ser la máquina a nuestro destino y al destino de la Naturaleza misma, para hacernos renunciar al progreso humano y resignarnos a la servidumbre cruel del trabajo automático. Muy necesaria era cuando nos arriesgamos temerariamente a maniatar los instintos fundamentales de nuestro ser y a represar en nuestros débiles depósitos las fuerzas misteriosas de lo desconocido. Sobre el abismo tendimos un puente. En la máquina chocarán, quizá mañana, dentro de mil siglos, nuestro verdadero espíritu y el verdadero espíritu de la Naturaleza. ¿Quién sabe? Vivir es creer. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Nos sentimos en marcha, en marcha eterna. El soplo de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

LA TIERRA

Primera conferencia a los obreros paraguayos

Os pido perdón por lo desordenado y rudo de estas frases, que siquiera tendrán el mérito de ser muy breves; fueron escritas al vuelo, cuando faltaban pocas horas para ser pronunciadas. Me había invitado a hablar la Unión Obrera, y acepté en seguida, porque yo también soy un obrero, y no quiero ser otra cosa.

¡Obrero! No han pasado en vano los siglos, puesto que puedo pronunciar este nombre con orgullo. Antes un obrero que no era un esclavo o un lacayo era una excepción casi increíble y hasta cierto punto criminal. Hoy vemos ya claramente que es una iniquidad y un absurdo que la mayor parte de los obreros sigan siendo esclavos y lacayos. Obrero no quiere decir esclavo; quiere decir creador. Todo lo han hecho, todo lo han creado los de nuestra raza, los que vivieron con la herramienta al puño, azadón, cincel o pluma; los siempre miserables, siempre fatigados del áspero camino, siempre abrumados por la indiferencia del cielo y la crueldad del prójimo, siempre empujados por la grandeza oculta de lo que hacían; los que empaparon el lodo de sudor y de sangre; los que, bajo el látigo, arañaron y mordieron y cavaron en las entrañas del suelo, no una oscura madriguera para esconder su desnudez sino la magnífica vivienda futura de la humanidad. Tenemos por fin conciencia de que todo está inmóvil y muerto menos nosotros; de que solamente nosotros llevamos el mundo sobre nuestras espaldas.

Y obrero no significa únicamente el que obra la materia muerta, el que batalla para recular las fronteras físicas de lo posible, y para perseguir, aprisionar y domar las ciegas energías de la naturaleza; significa, sobre todo, el que obra la materia viva; el que amasa la arcilla y también la carne y el espíritu; el que edifica con dura roca la ciudad del porvenir, y también con su propio cuerpo, con su propia razón; el que lanza al azar, a la noche fecunda, la simiente de la cosecha invisible, y la idea a las almas desconocidas, remotas, que nos miran en el silencio y en la sombra. Por eso lanzo hacia vosotros la vitalidad y la fe de mis palabras.

Socialistas, anarquistas, neomísticos, neocristianos, espiritistas, teósofos... ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué quiere decir esta universal reacción hacia lo religioso, esta filosofía que se vuelve sentimental y profética, esta literatura preocupada del más allá, estos poetas, historiadores y críticos que se hacen reformadores sociales, estos propagandistas de unas bellezas que se habían declarado inútiles? ¿Qué quiere decir este renacimiento de la inquietud, del misterio, de la sagrada angustia salvadora de gérmenes?

¡Que somos desgraciados! No por culpa de la naturaleza, más y más sometida cada día a nuestra voluntad y a nuestro genio, sino por culpa de nosotros mismos. Esta sed de cambios profundos es sed de perfección. Un vago remordimiento nos entristece. Nos sentimos inferiores a nuestros ideales. Arrastramos, encerrada en el

fondo de nuestro ser, la radiante realidad de mañana y, embriagados de ella, nos humilla y nos mancha y nos exaspera la realidad de hoy. Somos desgraciados porque vamos a dejar de serlo. Sufrimos porque vamos a curarnos. Nuestro dolor es el de los nervios sanos y fuertes; es el dolor de la vida en marcha. Desgraciados, sí, todos desgraciados, por suerte nuestra. Desgraciados los que trabajan, y mucho más desgraciados los que no trabajan. Desgraciados los que sueñan la belleza intangible y mucho más desgraciados los que no sueñan. ¿Pobres y ricos? No: ¡todos pobres! La riqueza, la verdadera riqueza está haciéndose; los verdaderos tesoros están desenterrándose. Y nosotros, los inclinados sobre el surco, los que tenemos las manos llenas de tierra, somos los primeros que tocaremos el oro nuevo, el oro inagotable y justo. ¡Ah, lo haremos brillar al sol! Pero no para que nos lo arrebaten garras indignas. Eso no: eso habrá terminado. Todos tendremos nuestra parte de paz y de alegría; todos seremos en el paraíso.

Y ese oro simbólico, esa linfa generosa que correrá para todos, que no se apartará de la desdicha para seguir a los falsos dichosos, ni huirá del hambre para halagar la hartura, ni abandonará la desesperación y la agonía para colmar el tedio y la ociosidad, ¿de dónde la sacaremos? ¿Por dónde fluye su corriente secreta? ¿Qué peña hay que herir? ¿A qué firmamento debemos clamar?

¿Llamaremos al corazón de nuestros hermanos? Algunos corazones son cofre de avariento, que guarda el oro contaminado. No os molestéis en llamar a las puertas de la avaricia, altas y negras como las de la muerte. Jesús llamó, y las puertas temblaron, pero no se abrieron. Antes se abrirán hasta abajo las aguas del mar y las arenas del desierto.

¿Y qué obtendríamos? ¿Qué es lo que nos hace falta?

¿Capital?

Pero el capital no es el enemigo, y en esto desearía fijar vuestra atención. El capital, es decir, el elemento de cambio y de tráfico, las instalaciones industriales, los depósitos y la maquinaria, no es más que trabajo acumulado; por lo mismo correrá la suerte del trabajo. Estad ciertos de que donde el salario es intolerablemente exiguo, el interés del capital lo será también; donde el salario se eleva, el interés se eleva. Abrid los ojos, id a las cumbres de la civilización, a las grandes ciudades europeas y norteamericanas. Veréis que allí el capital no produce casi nada, y que el obrero apenas consigue lo estrictamente preciso para no sucumbir en seguida. En los países sin saquear aún, los intereses son buenos y los salarios también. La existencia es fácil y por lo tanto digna. No se insulta a la condición humana con la degradación del obrero mendigo. Pero dejad que nos civilicemos, dejad que progreseemos; ya vendrán, arriba el lujo feroz, abajo la miseria y el crimen. Ya se repetirán las escenas dantescas de Chicago y de Londres; los vagabundos delirantes se romperán el cráneo contra los muros de los palacios. Tendremos la vanidad de contar, como Nueva York, treinta suicidios en un día. Los intereses bajarán constantemente hasta el 3, hasta el 2 por ciento anual, y los siervos cuya labor es más terrible y más necesaria, serán

precisamente los más torturados; perecerán de inanición, de podredumbre y de congoja en rincones inmundos, donde nadie llega a la vejez, y donde los niños nacen viejos, o nacen difuntos, donde el amor se hace grotesco y vil, donde la mujer, vaso de elección, sonrisa del destino, se convierte en un animal idiota que al engendrar la vida no engendra más que el sufrimiento. ¿Para qué intentar otra distribución del dinero? Cambiará de bolsillos, pero no de leyes; habremos removido la masa del dolor social sin disminuirla en un ápice.

No, no es el capital el enemigo; no es el capital a donde hay que volver la vista, ni a la caridad de nuestros semejantes, ni a la ciencia, cortesana del oro y de las armas, insensible mecanismo a la disposición de todas las tiranías. No son el interés ni los salarios los que absorben la enorme cantidad de riqueza que los trabajadores vuelcan cada día sobre el mundo, riqueza suficiente para una humanidad diez veces más populosa y más refinada, sino la *renta de la tierra*. La renta es el vampiro formidable y único. El propietario es el que todo lo roba, reduciendo a la última extremidad al trabajo y a todo lo que representa trabajo. Es que la tierra es lo fundamental; sin la tierra no hay nada. El dueño de la tierra es el que impone la ley; él, y sólo él, es el déspota invencible. En el centro de París, donde os repito que el capital no vale gran cosa, y donde es tan hacedero morir de no comer, encontraréis que un metro cuadrado de terreno cuesta una fortuna. Lo mismo ocurre en todos los distritos de alta civilización. ¿Por qué los capitales prosperan en los estados poco civilizados de América, de Sudáfrica, de Australia? ¿Por qué en ellos viven con más desahogo los trabajadores? Sencillamente porque las tierras son baratas, porque hay muchas tierras, porque aún quedan tierras. Se habla con asombro de la *raza yanqui*. ¡Qué raza! Tierras y más tierras. ¡Bonita está la famosa raza donde el propietario empieza a sacar el jugo a la tierra y a los que trabajan la tierra! Hay que contemplar la célebre raza en los barrios sórdidos de Nueva York. No se diferencian, no, los espectros neoyorquinos de los londinenses, ni de los andaluces, ni de los sicilianos. Son siempre los espectros del hambre. ¿Y acaso los fundadores de la portentosa potencia actual de los Estados Unidos no fueron en gran parte los irlandeses, los mismos esclavos que a duras penas, después de quince horas de tarea, conseguían un puñado de patatas?

¿Esclavos? Los irlandeses del 40 hubieran pedido, hubieran suplicado serlo. Un esclavo valía una cierta suma, pero un irlandés, uno de los ocho millones de hambrientos sometidos a la rapacidad de los propietarios británicos, no valía nada. Atarle al yugo costaba menos que dar pienso a un caballo. Y vive Dios que si hubieran sido ocho millones de norteamericanos los tratados así, en lugar de ocho millones de irlandeses, el resultado hubiera sido igual.

¿A qué indignarse contra los apacibles capitalistas, especie de cheques ambulantes? Indignémonos contra el propietario. Él es el usurpador. Él es el parásito. Él es el intruso. La tierra es para todos los hombres, y cada uno debe ser rico en la medida de su trabajo. Las riquezas naturales, el agua, el sol, la tierra pertenecen a

todos. Apodérese de la tierra el que la fecunde; así nos apoderamos de la mujer. Goce de la tierra el hombre en proporción de su esfuerzo. Recoja la cosecha el que la sembró y la regó con el sudor de su frente y la veló con sus cuidados. Y todo nuestro poder, ¿qué es sino cosecha? Todo surge de la tierra y nosotros mismos somos tierra. Parecidamente al vapor que, desprendido de los mares, errante por la atmósfera, cuajado de los espacios sobre la frialdad de los altos montes, baja hecho nieve y fuente y ríos hasta sepultarse otra vez en el Océano para tornar a evaporarse, una maravillosa circulación de vida se cumple entre la tierra y nosotros por mediación de las plantas; nutridos de los jugos que ellas elaboran con las sustancias de la tierra, devolvemos a la tierra nuestros cuerpos para que transformados de nuevo alimenten las generaciones futuras. Hijos de la tierra, sentimos que poseerla sin trabajarla, es decir, sin acariciarla y servirla; dejarla estéril, rodeada de un cerco, para especular con ella y enriquecerse así en la holganza, es un acto sacrílego y salvaje que desmoraliza más a los verdugos que a las víctimas. Tened por seguro que cuanta crisis económica se declara en los pueblos, aumentando más todavía la opresión y el desaliento general, no reconoce otra causa que estas especulaciones esencialmente culpables. Emancipemos la tierra, con sus gemas y metales escondidos y selvas y bosques y jardines, sustentadora de cuanto alienta, fuente de inmortalidad. Es necesario que los que pensamos en algo que no es presente, pero que lo será, y confiamos en las realidades que se acercan y miramos hacia la aurora próxima y la cantamos cuando aún es de noche, defendamos la tierra. Defenderla es defender la felicidad de nuestros hijos. No toleremos que un zángano, a quien bastarán seis pies de sepultura, necesite leguas y leguas para extender, cuando vivo, su ociosidad, más dañosa que la de los muertos. Los que viven sin trabajar no son hermanos nuestros; antes lo son las abejas y las hormigas y el pájaro que teje su frágil nido. Los que viven sin trabajar no existen; no son hombres, son sombras. No toleremos que nos aprisionen las sombras. No toleremos que la tierra, en cuya faz venerable hemos esculpido nuestra estupenda historia, sea de quien no la merece. Luchemos por conseguir que cada hombre, al nacer, encuentre su parte de herencia natural, la parte de tierra a que tiene derecho. Luchemos por conseguir que la tierra sea de quien la trabaja, y que no haya otra riqueza que la del trabajo. Me diréis que esto es de sentido común. Pero no hay nada más revolucionario, más anarquista que el sentido común.

El sentido común establecerá la paz sobre la tierra cuando nadie acepte asesinar ni ser asesinado por motivos que no entiende o que no le importan, y el sentido común llevará a cabo la revolución capital, la conquista de la tierra. Cuanta sangre y cuanto pensamiento se gasten en llegar a esta tierra prometida, que no nos aguarda del otro lado del horizonte, sino bajo nuestros pies, serán pensamiento y sangre bien gastados. Y estoy convencido de que esta conquista se hará en América, donde los obreros son y serán más fuertes y más libres. Aquí será devuelta la tierra a la humanidad. Aquí, al entrar en la era de luz y de orientación definitivas, nos reconciliaremos todos con la tierra, la santa tierra, la madre inmortal, doblemente madre, porque después de darnos

la vida, nos ofrece el reposo.

LA HUELGA

Segunda conferencia a los obreros paraguayos

Quiero decir algunas palabras sobre la huelga, sobre la naturaleza y el alcance de este instrumento de emancipación.

He oído decir mil veces, como habéis oído vosotros, que tal huelga es justa y tal injusta. Yo nunca he entendido semejante frase: «huelga injusta». Todas las huelgas son justas, porque todos los hombres y todas las colecciones de hombres tienen el derecho de declararse en huelga. Lo contrario de esto sería la esclavitud. Sería monstruoso que los que trabajan tuvieran la obligación de trabajar siempre. Sería monstruoso que la infernal labor de los pobres tuviera que ser perpetua, para hacer perpetua la huelga de los ricos. Yo sé que ha sido negado mucho tiempo este derecho de huelga colectiva, que supone el derecho de asociación. La Revolución Francesa, que como un corcel impaciente despidió de su lomo los privilegios monárquicos y eclesiásticos que nos oprimían tan sólo con el peso de las cosas muertas, se quedó a mitad de camino. Sacudió el yugo aristocrático y político, pero no el yugo económico, el más despiadado de todos los yugos. Volcó el peso de las coronas y de las mitras, pero no pudo volcar el peso del oro, metal pesado que baja al fondo de las conciencias, y una losa de oro nos aplasta todavía. La Constituyente prohibió a los obreros asociarse, y bajo ella la protesta de hoy sería disuelta a tiros y a sablazos. Lentamente hemos conquistado, en los países que se llaman civilizados y no son en realidad sino menos bárbaros que los otros, los derechos de asociación y de huelga; no los perdamos, porque son preciosos; si no los tuviéramos, sería nuestro deber el tomarlos. No hay pues huelgas injustas. Solamente hay huelgas torpes.

La huelga torpe es la que hace retroceder al obrero en vez de hacerle avanzar. La que se resuelve en derrota en vez de resolverse en victoria. La que hace que los siervos devuelvan a la horca el flaco cuello para poder seguir arrastrando su existencia miserable. Ninguna huelga debe declararse mientras no esté organizada en vista de una larga resistencia. A vosotros os ayudan la suavidad del clima y los recursos del suelo, pero no excuséis una fuerte organización. Sería locura negar lo que han conseguido las huelgas bien organizadas. Cada progreso de la clase trabajadora tiene su origen en una huelga. Sin las huelgas formidables que pusieron en peligro a las grandes compañías, jamás, por ejemplo, hubieran arrancado al gobierno los mineros franceses la jornada de ocho horas. La energía esencial de un gremio que declara la huelga reside en la solidaridad con otros gremios que declararán también la huelga si no se hace pronta justicia a las reclamaciones del primero. Una confederación con reservas suficientes a sostener un paro general de una semana se lo lleva todo por delante. Es que no tenéis más que retiraros un momento para que la sociedad se desplome. ¿Qué puede lograr el capital si no lo oxigena continuamente el trabajo? Todo el oro del universo no bastaría para comprar

una migaja de pan el día en que ningún panadero quisiera hacer pan, mientras que para hacer pan no hace falta oro, porque aquí está la sagrada tierra que no se cansará nunca de ofrecer el oro de sus trigos maduros a la actividad de nuestros brazos. Y éste es el premio de tantos miles de años de servidumbre bañada en lágrimas y en sangre; vosotros y sólo vosotros, sois los árbitros del destino. ¡Vuestra presencia, oh manos humildes que todo lo ejecutan, es la condición indispensable de la vida!

Extraordinario es que se discuta aún la legitimidad de la huelga. La huelga es un procedimiento omnipotente pero pacífico; su carácter es provisorio. La huelga concluye cuando el capitalista —y entiendo también aquí por capitalista al propietario de tierras— cede a la equidad y alivia la suerte de los asalariados. Aunque la riqueza no cambie de distribución y de forma, empresa venidera, es preciso que el capitalista se persuada de que el operario no es su esclavo, sino un socio, y un socio más respetable que él. Es preciso que renuncie a la cómoda teoría del salario mínimo, y a figurarse que con matar malamente al hambre y la sed puede un ser humano darse por satisfecho. Hoy los hombres aspiran a que se les trate un poco mejor que a los perros. ¡Y esto es una subversión, un delito! ¡Ah!, no son los principios de orden lo que los poderosos defienden, sino sus apetitos y sus pasiones. No defienden las ideas, sino el vientre. El obrero tiene derecho a fiscalizar el negocio en que trabaja, y a exigir su parte en las ganancias del capitalista. «Pero yo me puedo arruinar, dice el capitalista, y tú no. Mi parte ha de ser mayor». «Qué ventaja la mía, contestará el obrero, obrero manual o inventor, qué ventaja la de no poder arruinarme! No me puedo arruinar porque ya estoy arruinado. Me has arruinado tú. Cuanto posees es mío. Yo he levantado tus edificios, he fabricado tus máquinas, he arado tus tierras, y rascado tu oro con mis uñas a las entrañas de la roca». ¿Será censurable en los trabajadores el emplear la simple abstinencia, la huelga, para mejorar su triste situación, cuando los diplomáticos y los banqueros emplean para dirimir sus cuestiones la práctica del asesinato? Porque la guerra es la práctica del asesinato. Se pretende con ella labrar la prosperidad de una patria, a expensas de la de otra. Pero ¿en qué patria de ambos hemisferios no habrá una innumerable multitud de infelices, desheredados y explotados? Estos explotados forman por toda la superficie del planeta una inmensa patria dolorosa. Lo que urge es la prosperidad de esta gran patria, y no la de las patrias chicas. Vuestros verdaderos compatriotas y hermanos no son vuestros patronos ni vuestros jefes, sino los obreros de Londres, San Petersburgo y Nueva York.

La huelga es la peor amenaza para el capital. La huelga desvaloriza inmediatamente el capital, y revela la vaciedad de la farsa que lo creó. El capital, que no es sino trabajo acumulado para utilizar en mejores condiciones el trabajo subsiguiente, se aniquila en cuanto el trabajo cesa. El capital sin el trabajo se convierte en un despojo, en una ruina, en una sombra. Se ha pretendido que un paro universal destruiría a las masas obreras antes que al núcleo capitalista. Se ha dicho que los ricos resistirían más tiempo que los pobres a los efectos de la huelga mundial.

¡Error! Las riquezas de los ricos no les servirán para resistir. Cuando no haya quien saque a la tierra el sustento cotidiano, los ricos no tendrán qué comer, por ricos que sean. El mundo vive al día. La humanidad cuece su pan todas las noches. De nada servirán, cuando se declare el paro, los depósitos existentes. ¿Quién preparará esos escasos víveres para la alimentación, quién los transportará a donde hagan falta? ¿Los soldados? ¿Creéis que les será posible protegerlos y a la vez reanudar el trabajo? ¿Creéis que los que no saben sino matar sabrán criar y producir? Pero ¿creéis siquiera que no dejarán sus fusiles en cuanto vosotros dejéis vuestras herramientas? ¡No! La desolación será instantánea, y la especie humana, reducida a sí misma, desnuda y despojada de todas las armas y las insignias de su falsa civilización, será devuelta de repente a la augusta naturaleza de donde ha salido.

¡Juicio final de donde surgirá la sociedad futura! Al fin todos los hombres serán iguales, todos conocerán el dolor, el abandono, el supremo cansancio, la inclemencia del cielo y la inclemencia más dura aún de los corazones. Como en un naufragio en que de pronto, ante el abismo abierto, se muestran las virtudes y los vicios fundamentales de cada uno, el paro manifestará el valor real de lo que cada uno es y de lo que cada uno tiene. Se restablecerá la justicia, porque lo justo es que nos repartamos todos el sufrimiento y la debilidad de nuestra especie frente a lo desconocido. Se remediará la estúpida injusticia de haber hecho caer todos los sufrimientos sobre una sola clase de hombres. Y en la nueva vida los ricos verán de qué poco les ha valido su riqueza. Los niños de los ricos tendrán por fin hambre, ¡hambre!, como la han tenido desde tiempo inmemorial los niños de los pobres, y, ¿qué les darán de comer? Billetes, joyas, el mármol de sus estatuas y el trapo de sus tapices. Morderán el oro, y descubrirán llorando que del oro no se vive, que el oro asesina. Los ricos se extraviarán en sus latifundios. Las selvas y los campos ocultarán las osamentas de sus propios dueños y a los pobres los redimirá su número infinito, y el hábito de sostenerse con poco y de soportar todos los males. Ellos, los que penaron siempre bajo el riesgo de sucumbir y bajo la tenaza de la desesperación, resistirán más que los ricos. Pero no se prolongará mucho la experiencia. El capital anulado pasará al proletariado: los excapitalistas no vacilarán en suplicar a los obreros que resuciten la riqueza, restablezcan el trabajo y pongan otra vez en marcha el mundo. Habremos dominado toda una región del porvenir.

He aquí el papel probable de la huelga en los destinos humanos. Su acción es todavía de corto radio. Usáis de la huelga en pequeños conflictos, en problemas locales, pero no olvidéis que su trascendental misión es llegar al paro terrestre. Todo lo que se haya mantenido en pie hasta entonces se derrumbará. Y la sociedad se transformará de una manera definitiva.

¡Cuántos méritos necesitáis para cumplir tan arduo programa! ¡Cuánto valor, viviendo como vivís bajo la opresión de la fuerza, de esa fuerza encargada de velar por las arcas de los avarientos! ¡Cuánta fraternidad, cuánto tesón para uniros robustamente y caminar juntos hacia la aurora! No se vence a los fuertes sin ser

fuerte, y sin serlo de otro modo. Tenéis que ser fuertes a fuerza de ser buenos y justos. No venceréis el hierro por el hierro, porque ese triunfo es efímero: hay que vencer por la razón. Vuestra fuerza está en la invisible ola de opinión que hace enmudecer a los reyes y paraliza los ejércitos. Deberéis la victoria a la fatalidad de las cosas y no al azar de las armas. Ante vosotros se disolverán las viejas leyes y se desvanecerán como fantasmas los despotismos, cuando en la conciencia universal esté que ellos son la mentira, y la verdad vosotros.

Luchad, pero que no os impulse la codicia. Todos nos damos cuenta de que una sociedad en que por cada miembro con la existencia asegurada hay miles y miles de condenados a la enfermedad, a la degeneración, a la angustia y a la muerte prematura, y donde son precisamente estos centenares de millones de siervos macilentos los que trabajan y producen, todos comprendemos que esta sociedad está absurdamente constituida, y que si no se regenera de abajo arriba, la alcanzará sin remedio la bancarrota y el desastre. Pero la raíz de todo no es otra que la crueldad y la codicia. La codicia y la crueldad han hecho que en todos los siglos una exigua minoría invente y usurpe el poder, sacrificando a la mayoría indefensa, y que la historia sea una repugnante serie de crímenes. La codicia y la crueldad hacen que cada adelanto de la industria, lejos de favorecer a las clases desvalidas, aumente su tormento. Si sois también codiciosos y crueles, no traeréis nada nuevo al mundo. Si queréis hacer desaparecer el oro, no imitéis a los ricos; no ambicionéis ser ricos. No améis el oro. Amar el oro es odiar a los hombres, y no es el odio lo que ha de inspiraros, no es el odio el fecundo, el que engendrará las generaciones nuevas, sino la compasión y la justicia.

Me contestaréis que es difícil ser paciente cuando aquí mismo, en un país casi virgen y de benignos rasgos como el Paraguay, se os hace a veces la vida insoportable. Fuera de la capital, donde ahora, no obstante, la crisis sume en la miseria a los trabajadores mientras los que no trabajan gastan tranquilamente sus economías, se le explota al obrero sin piedad. Los obrajes son dignos de negreros, y los yerbales son la vergüenza del Paraguay y una de las mayores vergüenzas de América. Sin duda cuando recordáis que un millón de compañeros vuestros, padres de familia, vagan sin trabajo en Inglaterra, y que de los Estados Unidos decenas de miles de inmigrantes, desalojados por las máquinas, regresan al bártro europeo; cuando recordáis que vuestros niños nacen sentenciados y que su débil aliento está colgado del vuestro, mientras que un paso más allá nacen niños con un capital a su nombre en el Banco, la ira os ciega. Ira justa, porque si es terrible que haya hombres ricos y hombres pobres, que haya niños ricos y niños pobres es infame. Pero sed héroes en la emancipación, ya que lo fuisteis en la esclavitud. Grande es amar a nuestros hijos, pero es más grande amar a los hijos de nuestros hijos, a los que no conocemos, a los del radiante mañana. Elevad hasta el firmamento nuestros ideales. No combatamos por codicia, ni por venganza, sino por la fe irresistible en una humanidad más útil y más bella. No os desalentéis; empleemos noblemente nuestras

vidas pasajeras. Si es cierto que no veremos los más hermosos frutos de nuestra obra, ya florecen bajo nuestros ojos flores de promesa. Los más ilustres pensadores del globo, desde Tolstoi a France, están de vuestro lado. A pesar de las bayonetas, habéis arrebatado ya muchas posiciones al enemigo; posiciones materiales en la contratación del trabajo, y posiciones morales. Se siente universal inquietud. Los menos perspicaces aguardan graves sucesos. Se teme, se espera. Algo salvador descende por segunda vez a este valle de llanto. Y entre las próximas recompensas de vuestro disciplinado esfuerzo, contad con la paz internacional. No son los cuatro burócratas miopes que sesionan en La Haya los que fundarán la paz, sino la huelga. Los soldados os seguirán y se declararán en huelga. Vosotros los libertaréis del peso de sus armas y trocaréis sus herramientas de matanza por las herramientas de unión y de trabajo.

EL PROBLEMA SEXUAL

Tercera conferencia a los obreros paraguayos

Queréis ser fuertes y justos: queréis abolir el odio y establecer la humanidad sobre la tierra.

Para esta obra no basta la masa trabajadora que cubre hoy los continentes, sufriendolo todo y realizándolo todo. No sois sino una ola del amargo mar irresistible que lavará las cosas y las conciencias. ¿Cuánto viviréis? Un segundo. No basta el espacio: es necesario el tiempo. No basta llenar el mundo con vuestra carne dolorosa y vuestro pensamiento ávido. Es necesario llenar el siglo.

Hay que renacer sin descanso. Tenemos contra la muerte el amor. Detrás de nosotros están nuestros hijos.

Nuestros hijos: el sueño logrado, la promesa que se cumple, la esperanza de pie.

¿Qué generación se atreverá a llamarse fuerte y justa si no deja hijos fuertes y justos?

¿Existir? Sobre todo durar.

El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo.

Mirad en torno de vosotros, y no veréis sino el designio formidable de la renovación universal.

Es para asegurar el porvenir de los gérmenes que la raíz se hunde bajo las piedras y la hoja respira. Si los árboles ensanchan su ramaje es para multiplicar con el número de frutos las probabilidades de la reproducción. Si las flores agotan en sus cálices la purísima paleta del arco iris, es para seducir a los insectos y confiarles el mágico polen que engendrará las flores de mañana. Hay alas temblorosas, suspendidas un instante en un rayo de sol. Aparecen, se fecundan y se desvanecen. Dieron la existencia casi al recibirla, pues no es existir lo que importa, sino volver a existir. No es ser lo que importa, sino avanzar. Y morir es avanzar a través de la sombra. ¿Por qué tejen con tanto cariño sus nidos las aves parejas que se adoran a veces con fidelidad de esposos? Porque los pajarillos al romper asustados el huevo están desvestidos e inermes; exigen protección, y proteger es amar. Todo el amor, todos los amores, los que sentimos hacia los seres más extraños a nosotros, hacia los objetos inanimados, hacia lo inaccesible, lo ausente, lo difunto, lo olvidado; hasta los amores que sentimos hacia lo que no conocemos y hasta aquello mismo que nos odia, salieron del nido, de la debilidad sagrada de nuestros niños que es preciso salvar, pequeñas naves que cruzarán el tiempo, vencedoras de la muerte.

Y notad que ese amor es tanto más indispensable cuanto mayores son los peligros que amenazan el nido. Si se disminuye su solidez material, forzoso es aumentar su solidez moral. El amor heroico brota del extremo riesgo. Hace miles y miles de años, cuando ya en la frente del hombre resplandecía el genio, sin habernos aún

desprendido completamente de los misteriosos limbos animales, eran grandes enemigos nuestros el frío y las fieras. Nos refugiábamos, mitad bestias, mitad Prometeos, en cavernas alumbradas por los salvajes resplandores de la llama; la llama, lo único que habíamos arrancado a la naturaleza hasta entonces, la llama que hace retroceder a los glaciales fantasmas del caos, la llama, imagen de nuestro espíritu. Nuestro nido era de fuego y de luz. El hogar, más que una fortaleza, era una antorcha. En él, iluminados por la llama, defensora de nuestros niños, nos hicimos robustos y amorosos, y empezamos a conquistar el universo.

No nos hemos contentado con sobrevivir a otras especies; hemos extendido nuestros dominios naturales de tal modo, que los proyectos más locamente grandiosos son posibles a nuestra imaginación. Hemos recorrido un trozo de infinito.

¿El fuego? No sólo le hemos aprisionado; le hemos domesticado y amaestrado; es nuestro dócil, poderoso, múltiple e inagotable sirviente. ¿Fieras? Nos divertimos en cazarlas.

¿Hielo? Lo fabricamos, nos lo comemos en verano y por deporte viajamos hacia el polo. ¿Torrentes? Los hacemos pararse a regar nuestros jardines. ¿Tempestad? Un vidrio la detiene. ¿Rayo? Le hemos reducido al silencio, le hemos encerrado en un hilo, le hemos obligado a velar dulcemente nuestras noches de estudio o de ensueño, y a llevar nuestras órdenes bajo la inmensidad de las aguas. Delante de lo tenebroso no hay ya en nosotros miedo, sino desafío. Al abismo ha contestado la mirada.

¡Ay! Toda esa seguridad, todo ese orgullo, toda esa victoria no es para todos, sino para unos cuantos. Una minoría traidora ha despojado al resto; los tesoros que la energía común arrebatava a lo desconocido cayeron en poder de los que nada tenían sino la codicia y lo cruel; el hierro y el oro y la ciencia fueron escamoteados por los que nada construyeron, nada descubrieron, nada adivinaron; el palacio magnífico de la civilización fue salteado por ellos, más y más inexpugnables mediante la ajena desdicha y expulsada de los altísimos muros con su sangre amasados, desnuda y abandonada a la eterna intemperie, quedó casi entera la humanidad. Para ella, es decir, para vosotros los que nada poseéis y todo lo creasteis, no han pasado los siglos. Vosotros siervos del desierto ruso, harapientos acosados hasta dentro de Grecia por la ferocidad genízara, lúgubres habitantes de las cuevas bretonas, mineros enterrados vivos bajo todas las patrias, larvas de los subterráneos de Berlín, de Viena y de Londres, Jobs de los estercoleros de Chicago, campesinos moribundos de Italia y de España, esclavos de los gomales y de los yerbales de América, presidiarios de todas las industrias, huesos triturados por las máquinas, apestados del planeta-miseria, infierno sobre el cual se asientan los Estados, pálido pueblo de suicidas, sin más venganza que el crimen, vosotros estáis aún en la remota edad de las cavernas, peor todavía, porque en vuestras cavernas no hay siempre la llama: vuestros niños se hielan; la llama de vuestro espíritu la apaga la desesperación. Y es que hay algo más terrible que conquistar la Naturaleza: conquistar el hombre. Hay algo más rebelde que la roca, más frío que los témpanos, más despiadado que las fieras y las tempestades, y

más negro que todos los abismos: el corazón del avariento.

Innumerables pues, innumerables y malditos, tenéis que reconstituir lo humano, ya que estáis solos en medio de lo que no es humano. Tenéis que triunfar por vuestros hijos. Tenéis que contraer alianza con la mujer, alianza íntima y suprema, sin la cual de nada sirve la alianza de los hombres entre sí. Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen. Amadlas, y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra. Si le hacéis traición se hará traición a vuestros hijos. Si no tenéis compasión de ellas, no habrá compasión para vuestros hijos. Si las abandonáis, abandonáis el mundo a la casualidad, y la casualidad no tiene entrañas.

¡Piedad para las mujeres pobres! ¿Qué es vuestra miseria comparada con la suya? Para el capitalista la mujer es sencillamente una bestia más barata que el hombre y el niño una bestia más barata que la mujer. Miles de obreras, en las principales ciudades, se sostienen con sesenta y cinco o setenta céntimos de franco al día. Si el trabajo se encarece consiguen no perecer con veinte céntimos. ¿Sabéis a cómo se paga la costura de corsés en Alemania, en la gran Alemania? A céntimo y medio la hora. Muchas de estas infelices cosen acostadas, para no padecer tanto de la falta de alimento. Su suerte no es preferible a la de esas jóvenes que en las estrechas galerías de las minas arrastran, medio desnudas y a cuatro patas como perros, las vagonetas de carbón. ¿Pero son tantas las mujeres que trabajan?, preguntaréis. ¡Ah! Solamente en Francia, en la ilustre Francia, trabajan cerca de siete millones.

No es lo espantoso que el hambre de la mujer sea peor que la del hombre, lo espantoso es que al hambre femenina se agrega una plaga especial, la prostitución. Era lógico que los más débiles entre los débiles fueran los más cobardemente torturados. Al macho que combate se le puede arrancar la salud, la razón, la existencia, no el sexo. A la mujer se la arranca todo, y además el sexo. Se le arranca el sexo mediante la ignominia. A tal grado de horror hemos llegado, a envenenar el amor en sus fuentes, a convertir la santa ánfora de la felicidad y de la vida, la mujer, es decir, la madre, en una cosa obscena, donde todos escupen riendo. La triste y ronca prostituta que pasa, es el espectro mismo de la humanidad. Prostituta, hermana nuestra, en tus ojos no hay ya lágrimas, en tus cabellos no hay brisa, ni juventud en tu boca, ni esperanza en tu corazón. Han destruido a puñaladas la fecundidad de tu vientre. Todo lo has perdido, hasta el recuerdo, hasta el dolor y el deseo de morir. Te crees tal vez un cadáver que anda. Pero nosotros, hermana, tendremos esperanza por ti y te devolveremos cuanto te quitaron y te resucitaremos.

Oíd. Donde la mujer no es respetada ni querida no hay patria, libertad, vigor ni movimiento. ¿Por qué es esta raza una raza de melancólicos y de resignados? ¿Por qué aquí todos los despotismos, todas las explotaciones, todas las infamias de los de arriba se ejecutan con una especie de fatalidad tranquila, sin obstáculo ni protesta? Es que aquí se le reservan a la mujer las angustias más horrendas, las labores más rudas; porque no se ha hecho de la mujer la compañera ni la igual del hombre, sino la sirvienta; porque aquí hay madres, pero no hay padres. Y estos hombres a medias,

mientras no completan su virilidad en el hogar, están sentenciados al desastre.

No engañéis pues a la mujer, no la empujéis hacia la sima. Vuestras manos, que se robustecieron en la lucha, que se ennoblecieron en la humilde labor cotidiana, no están hechas para ayudar a caer sino para ayudar a levantarse. ¡Amad!, eso es todo... Amad, y seréis divinamente compasivos. El que ama es verídico, fiel, incommovible. ¿A qué más código? ¿A qué más sacramento? No hablo del amor libre porque el amor siempre fue libre, y si no es libre no es amor. No es la cuestión libertar el amor, sino tenerlo. Amad pues, y despreciaréis las fórmulas y las ceremonias. Y los gratuitos juramentos ante el altar y ante el juez. El amor es más grande que todo eso. Amad, y basta. Amad y fundaréis la familia invencible. Esperad el amor, no derrochéis en estériles caprichos el capital genésico de que sois depositarios. Esperad y la mujer vendrá, la elegida, la que os dará el más sano y copioso fruto, los mejores hijos, los triunfadores de mañana. Vendrá la mujer única, la vuestra. Y cuando la poseáis sentiréis que lo que contra vuestro pecho palpita es la estatua ardiente del destino.

Sed fecundos. Dejad que los ricos, dejad que los poderosos, después de haber robado a la humanidad, pretendan robar a la naturaleza, limitando la prole a una cantidad convenida, y transformando el amor en un vicio solitario. Dejad que aparezca en ellos este signo de la decadencia irremediable. Es como si un instinto de enfermos advirtiera a los plutócratas de la inutilidad de su sexo. Es como si comprendieran que están condenados a la desaparición y que lo más sabio es no tomarse la molestia de nacer, y agotar entre pocos cuanto antes el resto de su miserable historia. Pero vosotros no sois los despojos del pasado, sino la semilla de lo venidero. Sacudid al viento vuestro polen generosamente. Sed el ejército que no acaba nunca ni en ninguna parte. Sed incontables como las estrellas del cielo. No vaciléis ante las penas que aguardan a vuestros hijos. Si los engendrasteis con amor, no temáis. No hagáis caso de los que atribuyen la miseria al exceso de población. No es la población lo que empequeñece la tierra, sino el egoísmo. Amad y la tierra se ensanchará sin límites. A pesar del dolor y de la injusticia la vida es buena. Debajo del mal está el bien; y si no existe el bien lo haremos existir y salvaremos al mundo aunque no quiera.



RAFAEL BARRETT ÁLVAREZ DE TOLEDO, nació en Torrelavega (Cantabria) en 1876, y murió en Arcachón (Francia) en 1910. Hijo de un británico y de una española descendiente de la vieja nobleza, gozó de una exquisita educación; se mezcló con la bohemia madrileña, y tuvo que exiliarse —primero a Argentina y después a Paraguay— tras un incidente, ya legendario, en el que azotó públicamente al duque de Arión. Hombre de una extrema sensibilidad y poseedor de una inmensa cultura, fue un pensador radical y un escritor que se batió en corto.

Partiendo en muchas ocasiones de un acontecimiento concreto y haciendo uso de diferentes géneros narrativos, Barrett desmenuzó con fina ironía el alma humana, sus móviles más profundos y sus anhelos más grotescos. En apenas siete años produjo una obra considerable (cuatro volúmenes, que conocemos) de una calidad excepcional, cosa que Borges, entre muchos otros, no tardó en reconocer.

Aun así, Rafael Barrett es posiblemente el escritor español más injustamente ninguneado. Afortunadamente, gracias a la labor de un puñado de entusiastas a ambos lados del Atlántico, su obra no ha sido olvidada.

Notas

[1] Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino: Memorias*, Barcelona: Planeta, 1970, Vol. I, págs. 562 y 563. Citado en el apéndice del Tomo IV de Rafael Barrett, *Obras Completas*, Asunción: RP Ediciones, 1988. <<

[2] Para un completo análisis de este episodio, decisivo en la biografía de nuestro autor, remito al lector al exhaustivo estudio sobre Barrett de Francisco Corral, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett*, Madrid: Siglo XXI, 1994. <<

[3] Eduardo Galeano, *Memoria del Fuego. El siglo del viento*, Madrid: Siglo XXI, 1986 <<

[4] Esta cita, como la inmediatamente anterior, está tomada de sus «Cartas Íntimas», incluidas en las *Obras Completas*, ob. cit., págs. 310-387. <<

[5] Barrett, que fue también un notable pianista, se interesó tanto por las matemáticas que incluso llegó a mantener correspondencia con Henri Poincaré, al que ofreció una fórmula para determinar el número de los números primos inferior a un límite dado. Poincaré, al parecer, le escribió felicitándole por una fórmula de «alta matemática» que había encontrado «perfecta». <<

[6] Primera carta a Peyrot, 1909, en «Cartas a Peyrot», Rafael Barrett, ob. cit., pág. 389 <<

[7] Agradezco a Francisco Corral desde estas páginas el que, hace ahora cuatro años, pusiese en mis manos la obra de Barrett y aprovecho para remitir de nuevo al lector a su libro ya citado *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett*, única investigación exhaustiva de la vida y pensamiento del escritor hispano-paraguayo. Sin ella, por lo demás, no me habría sido posible redactar esta introducción. <<

[8] Rafael Barrett, ob. cit., Volumen II, págs. 311-322. <<

[9] Las citas de Barrett de las que no se ofrece referencia bibliográfica pertenecen a textos incluidos en esta selección. <<

[10] Rafael Barrett, ob. cit., «Intelectual», pág. 105. <<

[11] Rafael Barrett, ob. cit., Volumen II, pág. 131. <<

[12] Rafael Barrett, ob. cit., Volumen III, pág. 58. <<

[13] Luciano Canfora, *Crítica de la retórica democrática*, Barcelona: Crítica, 2002, pág. 107. <<

[14] Rafael Barrett, ob. cit., «La guerra», Volumen IV, pág. 78. <<